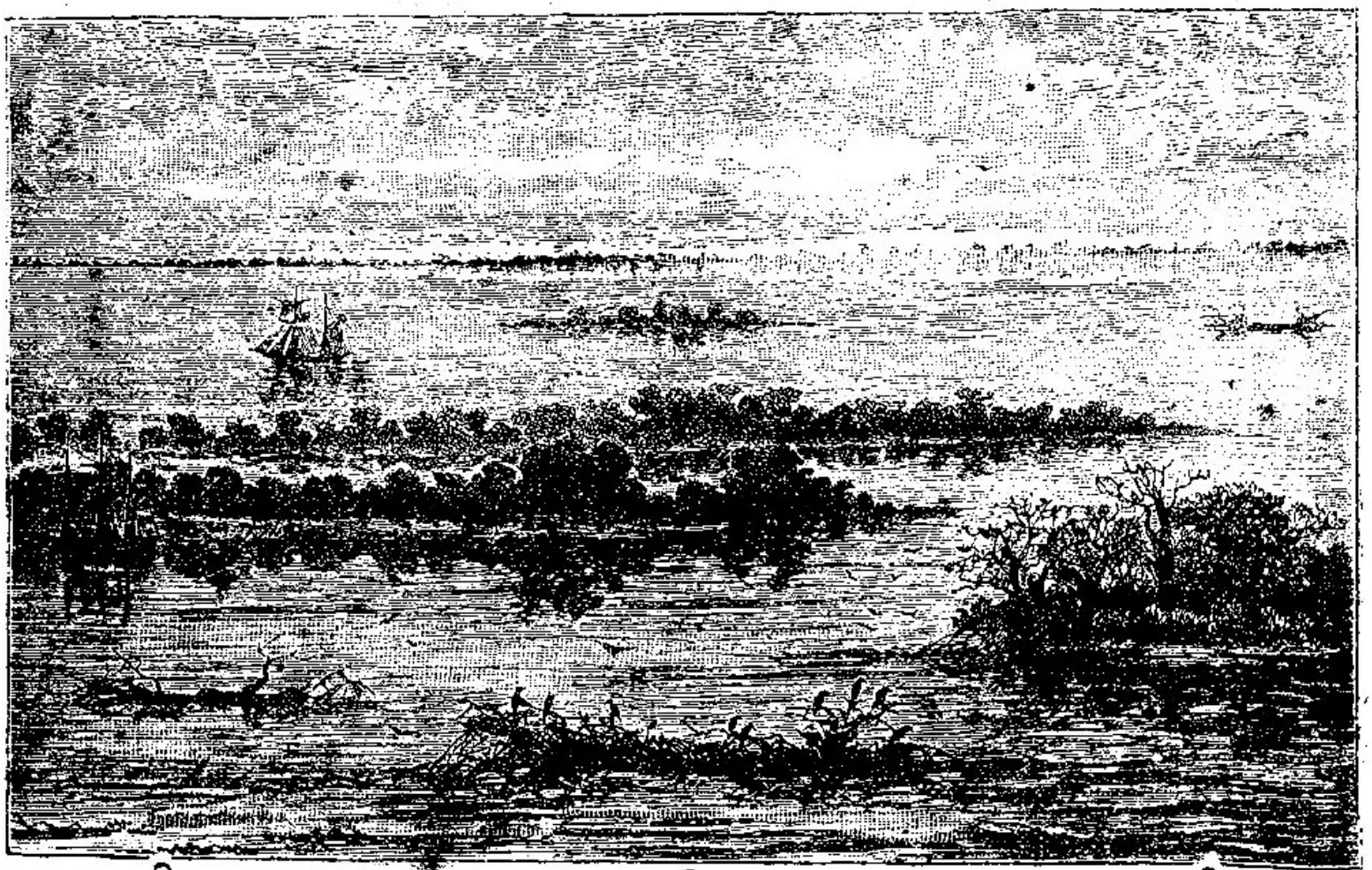
EL

TEMPE ARGENTINO





A-1452

EL

TEMPE ARGENTINO

POR

D. MÁRCOS SASTRE

ADOPTADO COMO LIBRO DE PREMIO Y DE LECTURA
POR EL GOBIERNO DE BUENOS AIRES

NUEVAMENTE APROBADO POR EL CONSEJO NACIONAL
DE EDUCACIÓN

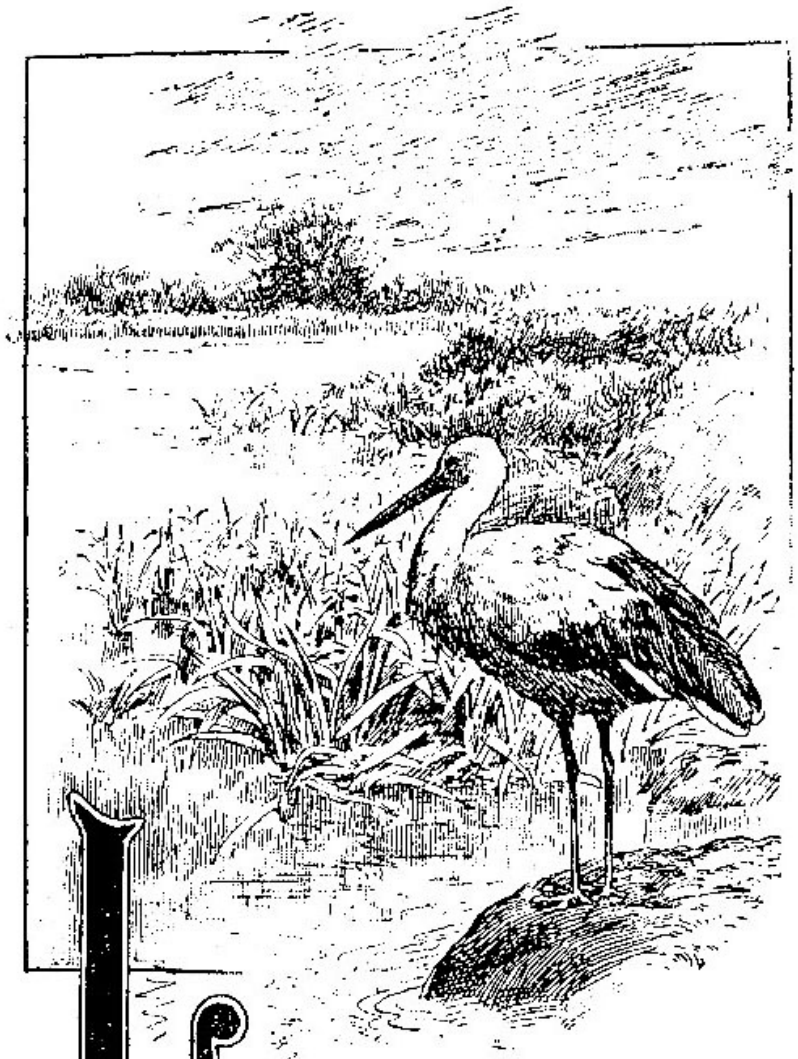
UNDÉCIMA EDICIÓN ILUSTRADA



BUENOS AIRES

IVALDI & CHECCHI, EDITORES

1900



Los admirables resultados del cultivo de las islas, las observaciones y los estudios científicos posteriores á la aparición del TEMPE ARGENTINO, han venido á confirmar la propiedad y exactitud de los cuadros y aseveraciones que parecían más exagerados é inverosímiles. Hoy sale á luz la undécima edición enriquecida con datos que los hechos y la ciencia han ofrecido para completar la descripción de nuestro rico y delicioso TEMPE.

CAPÍTULO I.

Introducción.

No lejos de la ciudad de Buenos Aires existe un amenísimo recinto agreste y solitario, limitado por las aguas del Plata, el Paraná y el Uruguay. Ninguno de los que frecuentan el pueblo de San Fernando habrá dejado de visitarlo; á no ser que sea un hombre indiferente á las bellezas de la naturaleza y ajeno á las dulces afecciones. Todo el que tenga un corazón sensible y tierno, lo sentirá inundado de las más gratas emociones al surcar sus plácidas corrientes, bordadas de la más lozana vegetación; se extasiará bajo sus frondosas arboledas, veladas de bejucos, y verá con delicia serpentear los numerosos arroyuelos que van á unirse con los grandes ríos.

En mi infancia, arrancado por primera vez de los muros de la ciudad natal, me hallé un día absorto y alborozado en aquel sitio encantador. Mas tarde, en la edad de las ilusiones, lo visité impelido por los placenteros recuerdos de la niñez, y creí haber

hallado el edén de mis ensueños de oro; y hoy, en la tarde de la vida, cuando la ignoble rivalidad ha oscurecido la aureola de mis esperanzas, lo he vuelto á visitar con indecible placer; he vuelto á gozar de sus encantos: he aspirado con dulce expansión interior las puras y embalsamadas emanaciones de aquellas aguas saludables y de aquellos bosques siempre floridos. Este recinto tan ameno, ceñido por los tres caudalosos ríos, son las islas que forman su espacioso delta. ¡Quién pudiera describirlas!

Una mansión campestre, en un clima apacible, embellecida con bosques umbrosos y arroyos cristalinos, animada por el canto y los amores de las aves, habitada por corazones buenos y sencillos, ha sido y será siempre el halagüeño objeto de la aspiración de todas las almas, en la edad en que la imaginación se forja los más bellos cuadros de una vida de gloria y de ventura. Y después de la lucha de las pasiones, de los combates de la adversidad y los desengaños de la vida, en los términos de su carrera, es todavía la paz y el solaz de una mansión campestre, la última aspiración del corazón humano. Por eso la tabloza y la lira de los genios de la Grecia consagraron los más bellos colores y armonías para pintar la amenidad de su valle del Tempe; y por eso también serán algún día celebradas por los ingenios argentinos y orientales, las bellezas y excelencias de las islas deliciosas que á porfía acarician las aguas del Paraná, el Plata y el Uruguay, y que, situadas casi á las puertas de la populosa Buenos Aires, se encuentran solitarias y sin dueño.

Mil sitios habrá en el globo más pintorescos, por las variadas escenas y románticos paisajes con que

la naturaleza sabe hermosear un terreno ondulado y montañoso; pero ninguno que iguale á nuestras islas en el lujo de su eterno verdor, en la pureza de su ambiente y de sus aguas, en la numerosidad y la gracia de sus canales y arroyuelos, en la fertilidad de su suelo, en la abundancia y dulzura de sus frutos.



CAPÍTULO II.

Un paseo por las islas.

Sencilla es mi canoa como mis afectos; humilde como mi espíritu. Ella boga exenta y tranquila por las ondas bonancibles sin osar lanzarse á las olas turbulentas del gran río. Bien ve las naves fuertes naufragar, bien ve los verdes camalotes fluctuantes, que separados de la dulce linfa natal, al empuje de las corrientes, vagan acá y allá, ora batidos y desmenuzados contra las riberas, ora arrebatados por el océano de las aguas amargas hasta las playas extranjeras.

¡Paraná delicioso! tú no me ofreces sino imágenes risueñas, impresiones placenteras, sublimes inspiraciones; tú me llamas á la dulce vida, la vida de la virtud y la inocencia. ¡Cuántos goces puros! ¡cuán deleitosas fruiciones plugo á tu Hacedor prepararnos en tu seno! En medio de tus aguas bienhechoras, de tus islas bellísimas, revestidas de flores y de frutos; entre el aroma de tus aires purísimos; en la paz y la quietud de la humilde cabaña hospitalaria de tus bosques... allí, allí es donde se encuentra aquel edén perdido, aquellos dorados días que el alma anhela!

La leve canoa, al impulso de la espadilla, se desliza rápida y serena sobre la tersa superficie que

semeja á un inmenso espejo guarnecido con la cenefa de las hojosas y floreadas orillas, reproducidas en simétricos dibujos. El sol brilla en su oriente sin celajes; las aves, al grato frescor del rocío y del follaje, prolongan sus cantares matinales, y se respira un ambiente perfumado. Las islas por una y otra banda, se suceden tan unidas, que parecen las márgenes del río; pero este gran caudal de agua que hiende mi canoa no es más que un simple canalizo del grande Paraná, cuyas altas riberas se pierden allá, bajo el horizonte.

Á medida que adelanta la canoa, nuevas escenas aparecen ante la vista hechizada, en las caprichosas ondulaciones de las costas, y en los variados vegetales que la orlan. Á cada momento el navegante se siente deliciosamente sorprendido por el encuentro de nuevos riachuelos, siempre bordados de hermoso verdor; sendas misteriosas que transportan la imaginación á eliseos encantados.

Al paso que se desarrollan las vueltas salientes de las costas, vanse descubriendo nuevas abras y canales arbolados, y continuados bosques; no como aquellas selvas vetustísimas, donde los resquebrajados troncos seculares levantan sus copas infructíferas, jamás penetradas por el sol, sofocando bajo de sí toda vegetación, y ofreciendo el reino de la noche y del silencio. No: sobre este suelo de reciente formación, surcado por una red de corrientes cristalinas que fluyen sobre lechos de flores; se elevan bellos árboles y arbustos que protejen los raudales, coronando sus orillas de ópimos presentes de Flora y de Pomon; bellos árboles variados, de mil formas y matices, que la vista contempla embebecida.

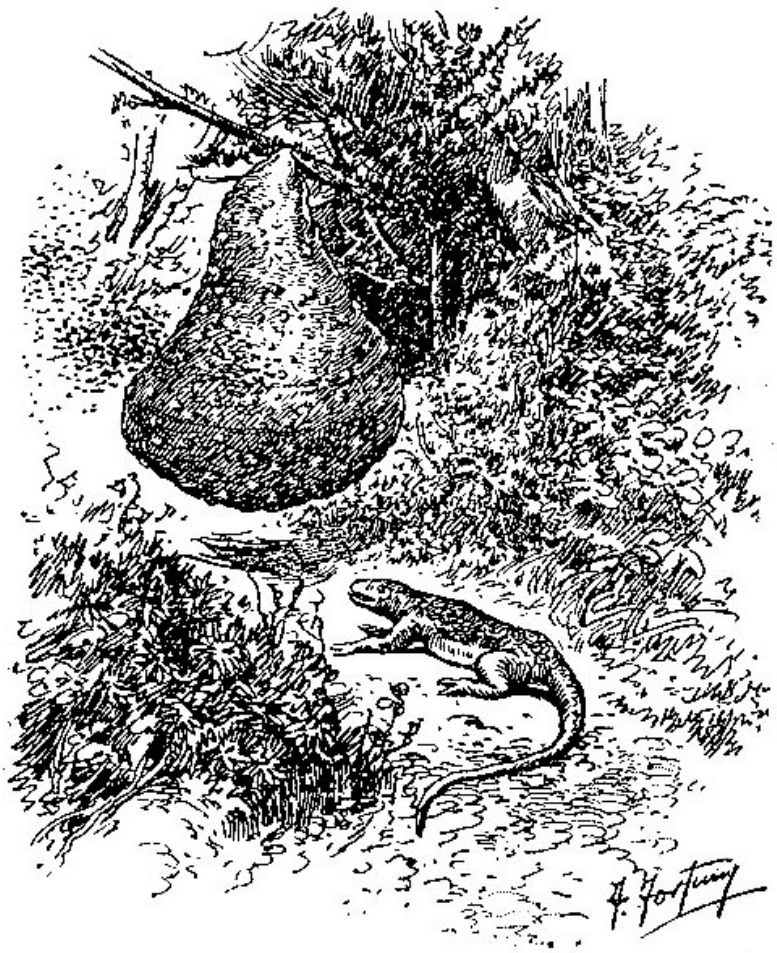
Ya, separados por familias, ó bien, entremezclados forman acá y allá espesos boscajes, interrumpidos por claros espaciosos que dejan gozar libremente de la luz y hermosura de los cielos. Unas veces desplegando libremente su ramaje, se muestran con la fisonomía peculiar á cada especie; otras veces en densos grupos, forman sombríos embovedados; y otras, se encorvan sobre las aguas, oprimidos con la muchedumbre de sus frutos.

Aquí el naranjo esférico ostenta majestuoso su ropaje de esmeralda, plata y oro; allí el cónico laurel de hojas lucientes, refleja el sol en mil destellos; allá asoman sus copas el álamo piramidal, la esbelta palma, el enhiesto aliso y el sauce de contornos aéreos, que mece sus cabellos al leve impulso de los céfiros; más allá los durazneros, de formas indecisas, compiten entre sí en la copia y variedad de sus pintados frutos; y por todas partes el seibo florido, patriarca de este inmenso pueblo vegetable, muestra orgulloso sus altos penachos del más vivo carmín y extiende sus brazos á las amorosas lianas, que lo visten de galas y guirnaldas, formando encumbrados doseles, graciosos cortinados y umbrosas grutas que convidan al reposo y al deleite.

Aun los árboles privados de su verdor y de su savia se ven vistosamente adornados de agáricos y líquenes, festonados de bonitas enredaderas, y embalsamados por la flor del aire, planta inmortal que vive de las auras.

Los globosos panales del camuatí y la lechiguana, cual desmesurados frutos, cuelgan aquí y allí, doblegando los arbustos con el peso de la miel más pura y delicada.

Si en la edad dorada los troncos y las peñas destilaban los tesoros de la abeja, escondidos en sus huecos, aquí se brindan al deseo en colmenas de admirable construcción, pendientes de las ramas de



un arbusto. Y no es la tosca bellota, ni las bayas desapacibles el regalo que ofrecen estos montes, sino las más gustosas y variadas frutas.

En estas aguas y verjeles, innumerables peces y anfibios se solazan; prodigiosa multitud de aves, con el brillo y variedad de sus colores, la gracia y belleza de sus formas, adunan el concierto de sus

cantos, con la alegría y viveza de sus giros para acrecer los embelesos del paisaje.

Sigue la canoa de arroyo en arroyo hasta las últimas ramificaciones de las aguas que, ora salen del seno de las islas, ora penetran en él, estrechándose cada vez más, hasta tener que surcar sobre las plantas acuáticas que de orilla á orilla entretejen sus tallos y sus flores. Algunos de estos arroyuelos, cuando ya parece que van á terminarse, desembocan en una cancha dilatada, produciendo una sorpresa inexplicable. El que surca mi canoa, corre recto, como un canal, sombreado de árboles cubiertos de lianas.

Aquí se empieza á oir con el silencio el blando murmullo de las aguas. Las aves han cesado ya en sus cantos. Sólo resuena alguna vez la caída de la capibara que se somormuja con estruendo, ó se escucha el arrullo compasado de la tórtola, que con tiernas emociones nos inspira.

Allá á lo lejos se avista entre los sauces una pequeña choza sobre el borde del raudal; es el rancho solitario del carapachayo, el hombre de las islas. Bajo de ese humilde techo pajizo residen el sosiego, el contento y la benevolencia. Aquí es donde se encuentra en toda su pureza la índole suave y el carácter noble de los hijos de la región del Plata, inteligentes, animosos, sufridos, sobrios, generosos y hospitalarios. ¡Con cuánto interés escucha uno las animadas narraciones de estos hijos de la naturaleza! ¡Qué interesante es la descripción de sus exploraciones, del acopio de maderas y construcción de sus hangadas, de la recolección de frutas y de mieles, de sus sementeras, cacerías, pescas y otros ejercicios en que se emplean agradable y útilmente, proveyén-

dose de lo necesario para una vida frugal é independiente! ¡Con cuánta facilidad y placer se acomoda uno á sus sencillos usos y á su rústico menaje! ¡Cuán gustosamente participamos, al lado de su hogar, del mate aromático, inocente vínculo de la sociabilidad entre los pueblos del gran río! ¡Costumbres puras y sencillas de la patria! ¡cuánto imperio tenéis sobre un corazón que os idolatra!

Sí, en medio de estas cabañas solitarias, es donde reinan la seguridad, la calma y la armonía; bienes debidos, no al freno de las leyes, sino á la influencia de la religión, de la libertad y la naturaleza. Esta madre liberal é inagotable prodiga en estos ríos y estos campos, como en el siglo de oro, sus bellezas y sus bienes. Todo parece aquí preparado para las satisfacciones y el bienestar del hombre, sin el trabajo abrumante que por todas partes lo persigue. Todo le induce al fácil cultivo de tan fecundo suelo; todo le inspira el amor á la paz y la confraternidad.

¡Libertad anhelada! ¡dulce reposo! ¡deliciosa correspondencia de las almas ingenuas! ¡placeres puros, bálsamo del corazón! ¡al fin os he encontrado! ¿En dónde construiré mi humilde choza? Fluctúo sin resolverme entre tanto sitio encantador, como el picaflor que gira sin decidirse á elegir el ramito de que ha de colgar su pequeño nido.



CAPÍTULO III.

El río Paraná.

El río Paraná, el Nilo del Nuevo Mundo, llamado por algunos el Misisipí de la América del Sud, ha recibido como éste, de los aborígenes, un nombre que expresa su amplitud y magnificencia. Paraná, en la lengua guaraní, significa *padre de la mar*, y Misisipí, en la de los Natchez, *padre de las aguas*. No parece sino que esos dos pueblos indígenas, de los opuestos continentes hubieran sentido la misma impresión de asombro, al contemplar por primera vez sus grandiosos ríos, para significarla con palabras que en su respectivo idioma exprimen el mismo pensamiento.

Para formarse una idea clara del gran Paraná, sería necesario comprender en su conjunto el vasto sistema fluvial de que él forma el cauce mayor, é inventar un nombre que conviniese á ese gran todo. Por falta de esa palabra, los geógrafos denominan ya río Paraná, ya río Paraguay, ya río de la Plata, la cuenca principal de esas aguas.

Figuraos un árbol desmesurado, tendido sobre una vasta llanura. Su pie es bañado por las aguas del océano atlántico del Sud á los 36º de latitud. Con una prolongación de seiscientas leguas, las extremi-

dades de sus ramas alcanzan á los 13°, penetrando en Bolivia, en el Brasil, en el Estado Oriental del Uruguay, en todo el norte de la República Argentina, y entrelazándose con las vertientes del caudaloso Amazonas.

Su dilatada copa, tan ancha como elevada, abraza en todas sus ramificaciones una superficie de ciento ochenta mil leguas cuadradas, que encierra los territorios más ricos y los mejores climas de la tierra.

Su tronco de sólo cincuenta leguas de elevación y de base desproporcionada, mide sesenta leguas de anchura en su unión con el mar, y diez en su primera bifurcación formada por sus dos mayores brazos, el río Uruguay y el río Paraná, los cuales tienen por ramas secundarias numerosos tributarios, tan caudalosos como los mayores ríos de Europa.

El Paraná, que es la continuación del tronco, forma con el Paraguay la segunda gran bifurcación, recibiéndole á la altura de trescientas leguas, frente á la ciudad de Corrientes.

El río Paraguay, á la manera del Misuri norteamericano, al unirse al Paraná, parece una prolongación de éste: por la identidad de dirección y su copioso caudal; con todo eso, su concurrente es el que ha participado del nombre del principal, porque como éste, se dilata por entre innumerables islas. Así también el Misuri, aunque mayor que su confluente el Misisipi, no ha recibido el nombre del que le debe la mayor parte de sus aguas.

El río Paraguay atraviesa, de norte á sud, los ricos territorios brasileros de Matto Groso y Cuyubá. Sus numerosos afluentes navegables que bajan del

este, facilitan la comunicación con los distritos minerales de oro y diamantes del Brasil, y más abajo con los de la República Paraguaya, abundante en maderas preciosas y en los ricos productos intertropicales.

Sus mayores afluentes del oeste son el Pilcomayo y el Bermejo, que nacen de los Andes, corriendo el primero por el territorio boliviano y el segundo por el argentino y atravesando ambos la vasta extensión del Gran Chaco, desaguan en el río Paraguay, más abajo de la ciudad de la Asunción.

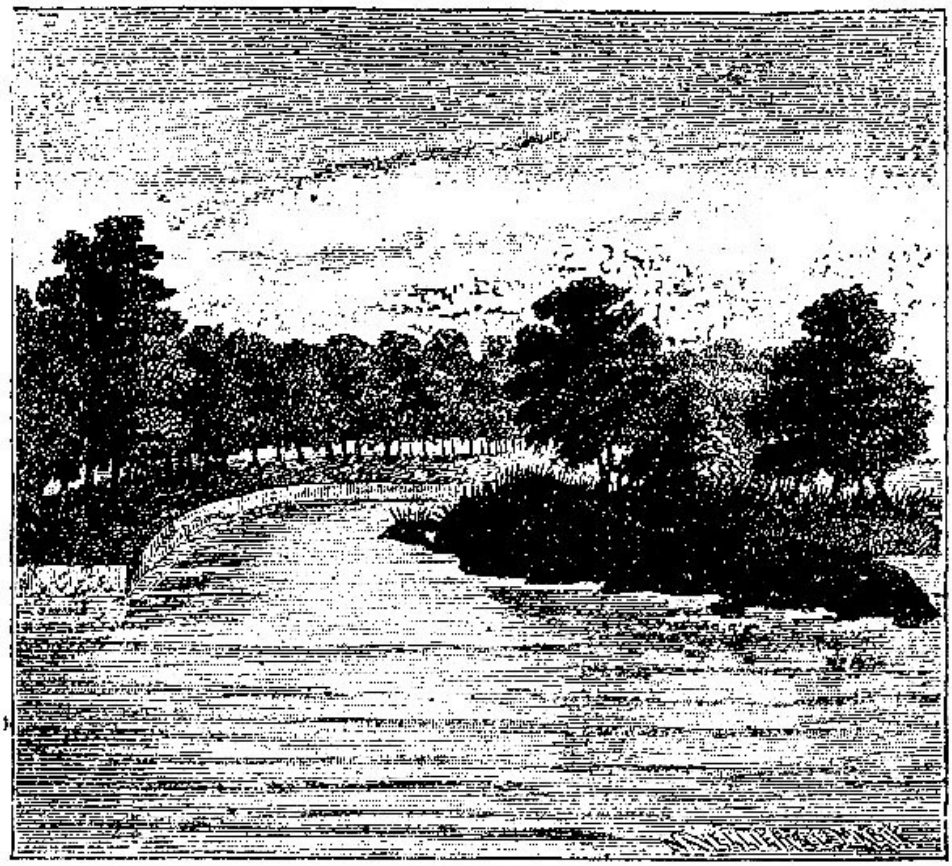
El gran río Paraná, que rivaliza en extensión con su afluente el Paraguay, tiene su orígen en la Sierra do Espinazo, de riquísimas minas de diamantes, al N. O. del Río de Janeiro, y su dirección general es hacia el S. O. Es engrosado por varios grandes ríos que recibe del este entre los cuales los más notables son el río Grande ó Pará, el Tieté, el Paraná-Pané y el Curitibá.

En las fértiles llanuras que atraviesa el Paraná es donde florecieron las célebres Misiones de los Guaraníes, establecidas por los Jesuítas.

Mientras corre por los distritos montañosos del Brasil, no es navegable, á causa de sus muchas cascadas y saltos que están más arriba de los pueblos de Misiones, especialmente una llamada el Salto Grande ó de Guairá, que merece mención especial, porque es una de las maravillas que dan celebridad á nuestro río.

El Salto de Guairá está cerca del trópico de capricornio en los 24º. « Es una catarata espantosa, digna de ser descrita por los poetas. El Paraná, que en este paraje puede decirse que está en los princi-

pios de su curso, tiene ya más agua que una multitud de los mayores ríos de Europa reunidos. Poco antes de precipitarse tiene cerca de una legua de ancho con mucho fondo. Esta enorme anchura, se reduce de pronto á sesenta varas en un paso peñas-



Río Pilcomayo.

coso desde el cual se arroja con tremenda impetuosidad y atronador estrépito, por un plano inclinado de una altura perpendicular de veinte varas. El ruido se oye de seis leguas, y al aproximarse se cree sentir temblar bajo los pies las rocas de la proximidad. Los vapores que se elevan por el choque violento de

las aguas contra las puntas de los peñascos que hallan en las paredes y el cauce del precipicio, se ven á la distancia de muchas leguas como grandes columnas de humo; y de cerca forman á los rayos del sol diferentes arcoiris de los más vivos colores y en los que se percibe algún movimiento de temblor; además estos vapores producen una lluvia eterna en los alrededores [1].» «Á la inmediación de la catarata el aire está siempre tenebroso; su estruendo causa espanto á las aves, pues en los dilatados y espesos bosques de sus orillas no se ve pájaro alguno y todos los animales huyen despavoridos de aquellos sitios [2].»

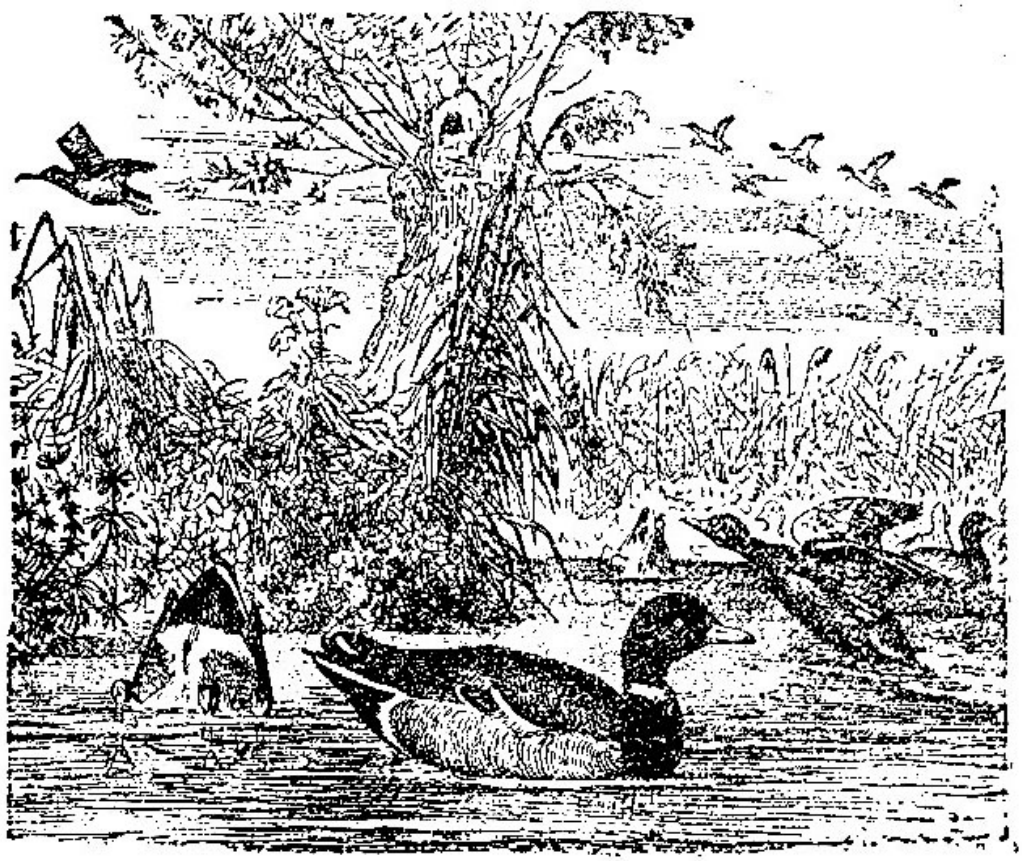
Si la parte superior del Paraná es de una sublimidad imponente, si es impracticable por la multitud de sus cascadas y arreciles; en el resto de su curso ofrece el carácter opuesto, por su hondura, su silencio, su mansedumbre y la belleza de su lecho sembrado de islas cubiertas de naranjos, de palmeras y una gran variedad de árboles, arbustos y plantas desconocidas [3].

¡Quién pudiera abrazar de una mirada todo el conjunto de hermosura, majestad y grandeza del Paraná incomparable! ¡Quién tuviera las alas del cóndor para contemplar desde las nubes, esa inmensa balsa de aguas serenas que reflejan el más hermoso de los cielos, con ese archipiélago prodigioso de innumerables islas de variedad indescribible! Aparecie-

1. Azara.
2. Centenera.
3. En 1854 el herbario de M. Bonpland tenía más de tres mil plantas de la región del Plata, y en su *Flora del Plata* (aún inédita) hay clasificadas ó descritas mil y quinientas plantas desconocidas.

ran aquellos grupos de verdor, profusamente esparcidos por la planicie cerúlea de las aguas, cual colosales cestas de flores y frutas, destinadas á decorar el festín del pueblo venturoso que algún día ha de gozar ¡oh patria hermosa! de tus gracias virginales.

¿Á qué compararé el río espléndido? ¿Cómo des-



cribiré el más grandioso de los ríos? Su aspecto es majestuoso, dilatado su álveo, suave su corriente. Los altos buques despliegan su velamen y surcan libremente por su canal profunda y anchurosa. Extiéndese con sus afluentes caudalosos por miles de leguas sin obstáculos, brindando á la industria y al comercio inmensas regiones, las más salubres y

fértiles del globo, donde algunos pueblos nacientes abren hoy sus brazos fraternales á todos los pueblos de la tierra.

Aun el maravilloso Nilo, árbitro de la existencia de Egipto, al lado del Paraná quedaría oscurecido. Éste como aquél, cada año se espacia por extensas llanuras, aunque la fecundidad que producen sus crecientes es un lujo de la naturaleza, perdido para el hombre en medio de las vastas comarcas que atraviesa, y de las dilatadas y numerosas islas que riega y fecundiza. Sus dichosos habitantes, tan reducidos en número, no disfrutan sino de una porción imperceptible de tantas y tan variadas producciones espontáneas.

Si se emplearan el arte y el trabajo, serían incalculables los beneficios del cultivo de más de cuatro mil leguas cuadradas, abonadas periódicamente por sus aguas.

El Paraná, como el Nilo, se divide en muchos brazos al vaciar sus aguas, y ambos tienen su embocadura en iguales latitudes, aunque en opuestas direcciones.

Su inundación, como la del Nilo, se efectúa en la estación de las lluvias tropicales; no con la violencia de las avenidas de otros ríos, sino por una lenta gradación; de modo que, aunque se eleve muchos pies sobre algunas tierras, los árboles asoman ilesos sus copas por encima de las aguas, cediendo blandamente su follaje á los halagos de la mansa corriente, y todas las islas sumergidas, reaparecen en la bajante con mayor belleza y lozanía.

En un suelo tan ricamente abonado por el paso de las aguas y el detrito de las plantas, la labor se

reduce á reprimir la exuberante vegetación de aquella esponjosa mezcla de lino y de mantillo.

¿Y como se han de equiparar las aguas turbias y cenagosas del Nilo con las del Paraná, tan saludables y tan puras? Aquéllas, antes de la creciente se ven casi agotadas é impotables, cuando los cristales del Paraná son siempre copiosos, puros y exquisitos.

¿Ni cómo puede compararse este clima templado y sano, con el caluroso y mortífero de la región del Nilo? El simún, viento abrasador y ponzoñoso, viene cada año á difundir el terror y la muerte por las llanuras del Egipto, cubriéndolas de inmensos turbiones de arenas ardientes y de miasmas perniciosos que agostan los plantíos y arrebatan la existencia á hombres y animales.

¡Paraná incomparable! tus escenas son siempre risueñas y de vida, tu verdor es eterno, las lluvias, á la par de las crecientes perpetúan la frondosidad de tus riberas y tus islas; nunca empaña el polvo el esmalte de sus frondas ni el brillante colorido de sus flores y sus frutos: jamás el huracán turbó la paz de tus florestas; y si el pampero impetuoso pero benéfico, agita con violencia las ondas del Plata indefenso, apenas frisa tus canales protegidos por la espesura de tus islas, y sólo esparce el bien en tus dominios, depurando los más ocultos senos de tus bosques.

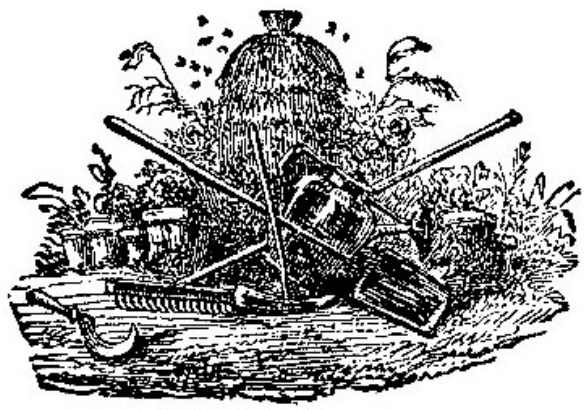
No solamente es admirable el Paraná por lo extenso de su curso, la mole y excelencia de sus aguas, la profundidad y limpieza de su cauce, lo feraz y salubérrimo de sus islas y riberas, la profusión de sus producciones naturales, la benignidad de su temple, y sus inundaciones periódicas, sino

también por tantos afluentes navegables que concurren con el Uruguay y sus tributarios á formar el magnífico estuario del río de la Plata, ofreciendo á la navegación y á la agricultura el más vasto y grandioso sistema de canalización é irrigación, que pueda concebir la mente humana.

Inmensas soledades, ríos caudalosos, bosques interminables, dilatadas pampas, valles donde rebosa la abundancia, montañas henchidas de tesoros... Las más importantes regiones del continente sud-americano todavía están por habitarse; sus más feraces tierras sin cultivarse; sus mayores riquezas aun están por explotarse.

La nueva tierra de promisión, destinada acaso por el Omnipotente, para el asilo de la libertad y de la dicha ¿será la conquista de la iniquidad y de la fuerza? ¿ó el apanaje de la moralidad y la inteligencia? ¿Para quiénes estará reservada después de tantos miles de años?

Tres centurias hace que en medio de este oasis del mundo nuevo, se agita un pueblo valiente y hospitalario, á quien está encomendada su guarda hasta la realización de los altos destinos de esta porción privilegiada de la herencia humana.



CAPÍTULO IV.

El delta.

El Paraná, como otros muchos ríos, tiene en su embocadura un terreno formado de aluviones y otras causas, que se llama *delta* por su figura triangular semejante á la letra griega de ese nombre. El delta del Paraná está comprendido en tres varios brazos denominados Paraná de las Palmas, Carabelas, Paraná Miní, y Paraná Guazú, por los cuales desemboca en el río de la Plata. Es un vasto triángulo isósceles envuelto por el Paraná, el Uruguay y el Plata, que presenta á estos dos últimos su base de unas quince leguas, con una altura que no bajará de treinta, y cuyo vértice está enfrente de la Villa de San Pedro. Éste es el territorio insular, que, careciendo de nombre, he querido designar con el de *Tempe Argentino.*

Dice Ampére, que Lyell ha deducido de un cálculo fundado sobre la cantidad de materia sólida depositada anualmente por las aguas, que han sido necesarios sesenta y siete mil años (67,000) para formarse el delta del Misisipí; y que según Elíe de Beaumont, el delta del Nilo no se ha formado con menos lentitud. Pero estos geólogos discurren bajo la suposición de que en aquellos ríos el alzamiento del

terreno sea debido solamente al depósito de las crecientes anuales. ¿Han averiguado de las tradiciones, ó en el estudio del suelo, si hubo otras causas más activas para su formación? Tal es la alucinación que á veces produce en la mente del sabio la belleza de una teoría preestablecida, que en la observación no ve, no puede ver más que los fenómenos que concurren á realizarla; quedándose muy atrás del vulgo que puede sospechar, sin gran esfuerzo de meditación, que en un río tan caudaloso como el Misisipí, bien pudieron sus impetuosas corrientes haber acarreado inmensa copia de árboles y tierras, que depositados en su embocadura, hayan acelerado la formación de su gran delta. En efecto, el mismo Ampère, que visitó aquellos lugares, asegura que cuando se escava en el del Misisipí, se encuentran muchas capas de troncos de florestas enteras, amontonadas por lechos sucesivos, las unas sobre las otras, y que en una de esas excavaciones se ha encontrado un cráneo humano. Véase pues, como las mismas conclusiones de la ciencia vienen á desvanecer la pretendida vetustez de los deltas; porque si hay alguna cosa demostrada en la geología, es la poca antigüedad de la raza humana sobre la tierra.

Mas, sea lo que fuere de aquella edad fabulosa, para la formación de nuestro delta han concurrido agentes muy activos que rápidamente han estado produciendo su levantamiento y extensión. Aunque, en consideración á la poca fuerza de la corriente del Paraná no se admita la estratificación de leños (de la que tampoco se encuentran vestigios en las excavaciones, aunque no profundas, que se han hecho), tenemos una causa poderosa del incremento de las

islas en las dunas ó depósitos de tierra formados por las *polvaredas* ó tormentas de polvo; en las cuales muy recientemente M. Bravard ha encontrado la explicación geológica de la formación y fertilidad del suelo de la pampa.

La vegetación lujuriante de las islas de nuestro delta por medio de sus raíces y el depósito de sus despojos, las está levantando sin intermisión, lenta pero incesantemente, y la frecuente sumersión, producida por la intumescencia del Plata que deposita estratos de limo, es otra causa más aceleradora de su crecimiento, que las inundaciones anuales, en épocas anteriores; pues al presente, por grande que sea la creciente de arriba, no alcanza á cubrir las islas del bajo delta.

El bajo Paraná, ramificado en mil canalizos que entrelazan sus innumerables islas con una red de hilos de agua, cada día detiene su curso y retrocede para acariciar y estrechar entre sus brazos aquellas hermosas hijas de su seno, á quienes sin cesar acrecienta y enriquece con su abundante sedimento y frecuentes riegos[1]. De este cotidiano retroceso de las aguas, ocasionado por los vientos, resulta que todos los canales y arroyos del delta corren alternativamente en direcciones encontradas, facilitando de tal modo la navegación y los transportes, que no hay sino esperar el momento en que el curso del río sea favorable, para llegar al punto deseado, al solo impulso de la corriente. Así es que aquel celebrado

1. En el país se da el nombre de mareas á las crecientes en sentido inverso á la corriente del río, causadas por el empuje de los vientos sobre el río de la Plata.

dicho de Pascal, que *los ríos son caminos que andan*, puede aplicarse con toda propiedad á esta parte del Paraná, pues que es un camino que conduce á los navegantes hacia rumbos opuestos.

Las valiosas producciones de las islas, que manaron día por día durante siglos, cual ríos de leche y miel, no han bastado para llamar la atención sobre el inagotable venero que las cría. Los habitantes de la campaña construyen sus casas, cercas, corrales, carros y arados con las maderas de las islas, sin saberlo. El negociante europeo paga con estimación las pieles de nutria y capibara, ignorando quizá su procedencia. La cáscara que suministra el tanino para la curtiembre, la leña con que se proveen las fábricas y el hogar, el zumo refrigerante de la naranja, la exquisita miel, los delicados duraznos, son bienes que se disfrutan en Buenos Aires y en las poblaciones ribereñas de una y otra banda de los tres ríos, sin que se conozca el suelo que espontáneamente los produce. Siglos hace que estas islas preciosas están entregadas al hacha destructora del leñador indolente, y son sin tregua esquilmadas por la ciega codicia del hombre inculto, sin el coto de la ley y sin el correctivo reparador de la industria.

¿Cuál es el país tan afortunado como el Tempe Argentino, cuyos moradores vivan exentos de la pena impuesta al hombre *de no gozar sino á costa de sus fatigas los productos de la tierra,* sin más trabajo que alargar la mano para recoger los abundantes dones de un suelo feraz y de sus fecundas aguas? ¿En qué país del mundo, como en este nuevo paraíso se ve la industria y el trabajo reemplazados por la misma naturaleza que, encargada

del abono y riego del suelo, le hace producir las más seguras y abundantes cosechas? ¿Inventó jamás la ciencia un medio tan fácil de comunicación como el de los canales del delta, donde los buques pueden surcar por opuestos derroteros, sin necesidad de la fuerza de los brazos, de los vientos, ó el vapor?

La tan celebrada fertilidad de Egipto, debida á las inundaciones del Nilo, además de requerir la concurrencia del arte en la construcción de lagos y canales, está sugeta á las contingencias de una sequia destructora cuando faltan las crecientes; á los inconvenientes de un clima abrasador é insalubre, y á la pena del asiduo trabajo del labrador. Más en esta región venturosa del Paraná, además de los dones con que nos brinda la naturaleza, la feracidad del suelo será tan constante y perpétua, la fructificación y las cosechas tan seguras como la versatilidad de los vientos que producen el repetido ascenso y descenso de las aguas que lo riegan y abonan repetidas veces en el año.

Tampoco necesita ser removido por el hierro un terreno perfectamente mullido y abonado hasta la profundidad de doce pies; como que todo él es formado del sedimento de las aguas en las crecientes, y del polvo de las tormentas y de los despojos vegetales y animales; obra de dilatados siglos. En los ribazos formados por los derrumbes, y mejor en una zanja que se practique sobre el terreno, es fácil notar este sistema de formación de las sutiles capas alternadas, una de finisima tierra roja, y otra de ojarasca y detrito, que ofrecen la apariencia del ojaldre.

La parte más profunda del suelo no contiene más que un limo rojizo, y debajo de éste un barro arenoso de color plomo oscuro.

En ningún punto de todo el terreno de estas islas puede encontrarse piedra, ni arena sensible al tacto, ni cuerpo mineral alguno que no haya podido estar en estado de impregnación en las aguas ó de suspensión en el aire; porque siendo la formación del terreno obra de la lluvia, de un polvo impalpable y del asiento del líquido, y no de violentos aluviones, la suave corriente no pudo arrastrar ni depositar allí, sino las sustancias que puede traer desleídas ó flotantes.

Una combinación tan hábil y prolijamente preparada por la naturaleza, cual no podría ejecutarla el arte, es de una actividad vegetativa tan vigorosa, que necesita ser reprimida, y no estimulada; es tan suelta y fofa, que no requiere ser aflojada sino comprimida al pie de las plantas. Así es que, al desmontar el terreno, conviene dejar las cepas de los árboles, para que la demasiada labor no aumente la exuberancia de la fertilidad que puede ser nociva á los plantíos.

El sistema de riego, desecación y navegación trazado allí por la mano de Dios, es el más completo que pueda imaginarse. La utilidad y la belleza se ven en él admirablemente combinadas. Nótanse en primer lugar varios canales navegables, capaces de embarcaciones de grande calado, casi paralelos entre sí, que siguen una dirección aproximada á la del cauce ó brazos principales dividiendo el delta en largas zonas; y que entrelazados por otros canales transversales, subdividen aquellas zonas en varias

islas de extensión y formas muy variadas. La parte interior ó central de cada isla es un bajío ó concavidad que constituyen un verdadero estanque de irrigación y desagüe. Desde aquel estanque parten en todas direcciones multitud de regueros ó arroyuelos que van á desaguar en el canal que circuye á la isla, formando todos en su curso los más graciosos giros por entre densas arboledas.

En cada inundación se represan las aguas en aquel grande estanque; de modo que aunque baje el río con rapidez, como ordinariamente sucede, queda la isla rebosando y empapada como una esponja, en tanto que se desagua pausadamente por las regueras ó arroyitos, entreteniéndose así una constante humedad en el terreno. Estas regueras sirven también para mantener en perpetua comunicación las aguas del estanque interior con las del río; por medio de las crecientes diarias que no alcanzan á cubrir el terreno. Con esta continua renovación se hace imposible la corrupción de las aguas, pues jamás están estancadas ni quietas; ni aun puede tener lugar la fermentación pútrida de los despojos del reino animal, porque las frecuentes inundaciones los entregan á la voracidad de los peces que sobreabundan. Libre así la atmósfera de miasmas que la alteren, é incesantemente purificada y embalsamada por las emanaciones vivificantes de los vegetales, ¿cómo no ha de ser el aire de las islas el más puro y sano que pueda respirarse?

Si el alto Paraná ofrece escenas sublimes de magnificencia y de terror, en sus estruendosos saltos, en la impetuosidad de su corriente, en sus altas

barrancas que se desploman en grandes masas á la vista azorada del viajero, en sus selvas tenebrosas y fragosos montes, poblados de tigres, leones, cocodrilos, serpientes ponzoñosas, vampiros sanguinarios y lúgubres buhos, que día y noche atruenan el aire con sus discordantes aullidos; en el bajo Paraná todo es tranquilo, silencioso y risueño.



« La naturaleza (observa Saint-Pierre) no emplea los pavorosos contrastes sino para alejar al hombre de algun sitio peligroso; en todo el resto de sus obras, sólo reune los medios armónicos. » En las plácidas vegas del Tempe Argentino nada hay que se parezca á precipicios, cimas, ni cavernas; su

manto de verdura no encubre plantas venenosas ni lo afean abrojos y espinas; los bosques no oponen á su acceso zarzas, matorrales ó breñas, ni abrigan fieras ó repugnantes sabandijas; en sus aguas ni hay abismos, ni cataratas, ni remolinos, ni torrentes, ni aun oleadas se levantan. Todo allí es apacible, dulce y bello; no se oye sino melodías inefables; no se ve sino objetos armoniosos; concordancias de sonido, simetrías de formas, armonías de colores, de movimientos, de vidas. Las nieblas nunca empañan el hermoso celeste de su cielo; y cuando lo cruzan hermosas nubes, es para embellecerlo con la variedad de sus formas y matices. Y todas estas escenas del cielo y de la tierra, vense primorosamente representadas en el espejo de sus ríos siempre tranquilos. Á su vez el follaje que se mira retratado, imita, al soplo de la brisa, el murmurio de las aguas; se oye el canto de las aves, y los ecos del soto repiten el sentido clamoreo del amartelado chajá que llama á su compañera.

Este cúmulo de tan dulces emociones imprime en el alma un sentimiento inexplicable de bienestar, que uno cree aspirar en el ambiente; que parece que da á nuestro ser un nuevo espíritu de vida, que trae á nuestra memoria todos los gratos recuerdos, y predispone el corazón para todo afecto tierno.

Siendo en las márgenes de los arroyos, donde la vegetación es más vigorosa, siempre corren éstos por entre frondosas arboledas cubiertas de enredaderas floridas, ofreciendo á la vista encantada, ya una hojosa bóveda, bajo la cual pasa silencioso el arroyuelo, ya una magnífica arcada, ya un sombrío cortinado en forma de gruta, que convida con su belleza y su frescura.

En los arroyos de menor caudal no falta para cruzarlo un puente rústico pintoresco, formado por algun corpulento seibo caído, pero siempre engalanado con sus penachos de hermosas flores de terciopelo carmesí y un lujoso tocado de bejucos. Parece que las aves prefieran para establecer su morada los árboles de las orillas. Entre los nidos más lindos llaman la atención el diminuto del picaflor con sus dos huevecitos como dos perlas, y el del boyero, á manera de una bolsa larga, de un admirable tejido hecho con finísimas pajas ó sutiles raíces.

Aunque es constante el silencio de unas aguas siempre apacibles, y lentas en su curso, óyese de vez en cuando un blando susurro producido en un canalizo por el obstáculo de un tronco que oponiéndose á la corriente, forma la única cascada de estos sitios. Pero el silencio del río es frecuentemente interrumpido por el macá que bate la superficie con sus alas y sus remos para ayudarse en su pesado vuelo; por los cardúmenes de peces que azotan las aguas; y por las nutrias y carpinchos que se zampuzan.

Como diariamente se eleva y baja algunos pies el nivel de las aguas de los canales principales, cada día los más pequeños, ora se quedan en seco, ora rebosan; pero los mayores son siempre navegables. Esto hace sumamente fácil la internación y comunicación por todo el espacioso delta, ofreciendo á la industria una ventaja inapreciable, como puede concebirse, suponiendo que todos los caminos de una provincia se transformasen en canales de navegación.

Las tierras más altas y aptas para toda especie de

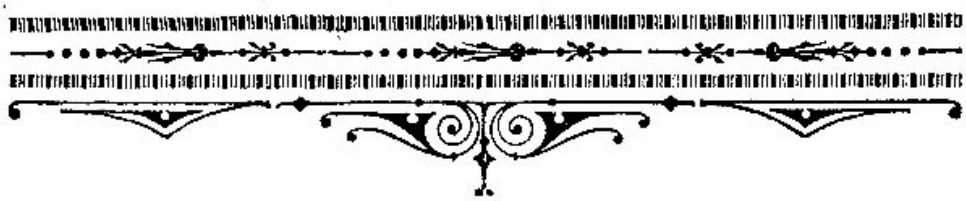
cultivo son las que están á orillas de los canales y arroyos, y se llaman *albardones*, cuya anchura varía desde cinco á seis varas hasta cien ó más. Por lo general son tanto más extensos los albardones cuanto mayores son los arroyos que los orillan, y cuanto más distan las islas de la embocadura del río. Desde lo alto del albardón va descendiendo el terreno hasta formar la concavidad ó estanque interior que se llama vulgarmente *bañado* cuando tiene tan poca agua que se enjuta en el estío, y *laguna* la propiamente tal.

Las tierras más bajas que son las que forman el fondo de los estanques ó *bañados*, y que deben ser excelentes para arrozales y mimbreras, están todas cubiertas de un perenne yerbazal. En muchas de ellas crecen bien los suaces y deben prosperar todos los árboles acuáticos. La aptitud de las tierras altas para todo género de cultivo, sin que la sumersión perjudique las sementeras, está demostrada por la experiencia de los carapachayos ó isleños, que siempre han recogido abundantes cosechas de sus pequeñas huertas, y con ensayos en mayor escala, hechos posteriormente por hombres inteligentes que han empezado á explotar en esa mina desconocida de riqueza vegetal. No hay que imaginarse prodigios de fructificación, en cuanto al tamaño de las producciones, como los racimos de la tierra de Canaan que necesitaba cada uno ser suspendido en una palanca entre dos hombres; pero si, es verdaderamente prodigiosa la multiplicación de los granos y la abundancia de las frutas, y es también indudable que mejoran en calidad y en volumen. El maíz da cuatro mil por uno; y si los vástagos de las cepas gigantes-

cas de la Palestina se plantasen en nuestra tierra de promisión, darían seguramente sus monstruosos racimos.

Las islas de mucha extensión suelen tener tierras elevadas, cubiertas de árboles en el centro de las lagunas, formando otras islas en el seno de cada isla. El descubrimiento de esos montes, jamás hollados por la planta del hombre, es un suceso que colma las aspiraciones, así como constituye la mayor riqueza del carapachayo laborioso, quien dispone como dueño absoluto de las maderas y demás producciones de su hallazgo. Por una convención tácita entre los isleños, es reconocido y respetado el derecho de propiedad en estos casos, mientras el primer ocupante se emplea en la corta ó tiene establecido allí su rancho.

¡Misteriosos bosques, apartados asilos, habitados tranquilamente por la tórtola; donde sólo se oyen sus arrullos amorosos y el susurro de las alas del mainumbí ó el murmurio de los sinuosos arroyuelos!... ¡apacibles soledades! ¡dichoso el que pueda levantar el velo de vuestros secretos encantos; pero todavía más dichoso aquel que los pueda gozar en paz al abrigo de su choza!



CAPÍTULO V.

Habitantes.

Pudiera dudarse de que fueran habitables unas islas anegadas muchas veces en el año, si el hecho de estar pobladas desde tiempo inmemorial, no demostrara que esas inundaciones no presentan inconveniente alguno. Ni las numerosas *ranchadas* (así se llaman las habitaciones temporáneas), ni los *ranchos* estables ocupados por los isleños y sus familias, han sido jamás destruídos por el impulso de las aguas ó los vientos, sin embargo de su débil construcción, y de verse muchos de ellos anegados con frecuencia por no haber tenido la precaución de levantar su piso. Por lo general, una vara de terraplén para el pavimento de la casa es suficiente para que no alcancen á bañarlo las mareas más altas. Teniendo todos su embarcación á la puerta, como vehículo indispensable, encontrarán en ella segura salvación, en el caso de una crecida extraordinaria, que nunca puede durar más que la suestada ó el huracán que la produce, sin que haya que temer nada de las olas, porque allí nunca se forman.

Tan desconocido ha estado el delta para los habitantes de la ciudad, que un escritor distinguido, entusiasta admirador de sus bellezas, aun después de visitar algunas de sus islas, creyó que todavía la familia no había establecido allí su hogar. Los viejos nogales, naranjos y parras que se encuentran acá y allá simétricamente colocados, árboles seculares plantados por la mano del hombre, revelan la antigüedad de su morada estable, que remonta á una época anterior á la conquista. Es tradición entre los habitantes de las islas, que los Jesuitas tuvieron allí grandes establecimientos agrícolas, y es probable que los primeros cultivadores serían sus neófitos los Guaraníes.

Consta de la historia de estas regiones, que las islas del delta en la época del descubrimieuto de esta parte de la América, estaban ocupadas por la nación Guaraní.

Menos incultos que los nómades habitantes de las pampas, los Guaraníes vivían en poblaciones estables, cultivaban sus tierras, cosechaban grandes cantidades de maíz, batatas y otros frutos, y también el algodón, del que sus mujeres tejían las telas necesarias para sus vestidos; hacían inagotables acopios de miel, con la que, como con el maíz, preparaban la chicha; criaban como aves domésticas, patos, pavos, hocos, gallinetas, yacúes ó pavas de monte, araes ó guacamayos; y se aprovechaban de la abundantísima pesca y de una gran variedad de animales monteses de carne sabrosa que abundan en estos ríos. En su índole y costumbres participaban del carácter dulce y apacible de la naturaleza que los rodeaba. Su sencillez y hospitalidad jamás

se desmintió en su trato y comunicación con los primeros pobladores europeos. Estas bellas dotes las conservan aun sus descendientes que forman la masa de la población del Paraguay y de Corrientes, habiendo también conservado su propio idioma. Hasta el día la lengua guaraní, casi con exclusión de la castellana, es la que se habla en la república Paraguaya, en todas las clases de la sociedad.

Como la extensión del delta es más de doscientas leguas cuadradas, el corto número de sus habitantes no puede alterar la fisonomía montaraz y solitaria del país. Ellos, además, eligen para establecerse los arroyos apartados de los canales de la navegación general: así que, no es de extrañar que los viajeros tengan aquellos sitios por inhabitados [1].

En estas nuevas Batuecas existe pues, desde tiempos muy remotos, un pueblo sencillo é inocente, de costumbres patriarcales, donde han reinado imperturbables el orden, la paz y la armonía, sin el apoyo de las leyes, cuya acción no alcanza allí, y sin la intervención del poder público, civil ni religioso, que allí no imperan.

Veinte años hace que frecuento las islas y trato con sus moradores, sin que jamás haya tenido un sí ni un no con ninguno de ellos; sin que jamás haya presenciado la menor desavenencia, ni escena alguna desagradable.

Allí no se usan cerraduras ni trancas en la puer-

1. Escribíamos esto en el año de 1856. Hoy (1900) se hallan ocupadas todas las islas del bajo delta, por un considerable número de hijos del país y de extranjeros, que han acudido de Buenos Aires y de los pueblos circunvecinos.

tas, aunque las chozas quedan solas por muchos días; nadie osa tomar lo ajeno; el hogar y cuanto hay en él está protegido por la religión de la hospitalidad, la cual sólo permite que el forastero que llega á la choza solitaria, tome de ella lo necesario para su inmediato refrigerio y descanse en la cama de su dueño ausente.

Tales son hasta hoy mismo las costumbres envidiables del Tempe Argentino.

La hospitalidad es el rasgo más característico del isleño, como lo es de todos los naturales de la campaña en la vasta región á que dan su nombre el Paraguay, el Paraná, el Plata y el Uruguay. Cuanto menos civilizados son los indígenas de un país cualquiera, y cuanto menos frecuente es la comunicación entre los diferentes grupos, tanto más vigoroso se manifiesta el sentimiento de la hospitalidad. El ha existido y existe en todas las regiones del orbe, tanto entre los pueblos salvajes, como entre los más morigerados, que se encuentren en esas condiciones de segregación y de incultura. No parece sino que la hospitalidad es un sentimiento innato, grabado en el corazón humano por su Hacedor, para conservar la confraternidad entre todos los hombres, y asegurar la sociabilidad, haciendo imposible el aislamiento de los pueblos. Y así como para la perpetuidad de la especie, dió al amor el atractivo del supremo deleite físico; así, para asegurar los vínculos de la sociedad universal, acompañó el ejercicio de la hospitalidad de un placer moral inefable.

Todas las naciones han propendido á fomentar la práctica de la hospitalidad haciendo de ella un dogma sagrado, una ley inviolable. Tanto en la

India, como en la Grecia y el Egipto, era una creencia universal el tránsito y permanencia de los dioses en forma humana entre los hombres. Ese viajero, ese peregrino desvalido que llegaba á las puertas de la casa ¿no podía ser Brama, Osiris, *Orisis*, ú otra deidad aparecida á los hombres para verlos de cerca y experimentarlos? ¿Qué paso más tierno y edificante que el de Filemón y su esposa Baucis, hospedando con la mayor cordialidad en su pobre cabaña á Júpiter y Mercurio disfrazados de peregrinos, que habían recorrido toda la población sin encontrar hospitalidad entre los opulentos y felices de la tierra?

En los campos y en las islas del Paraná, del Uruguay y del Plata, como en los pueblos antiguos, el huésped es siempre acogido con respeto y alegría, servido y obsequiado con perfecto desinterés. Diréis que es de su propia conveniencia el ejercicio de la hospitalidad; para cuando llegue el caso de tener á su vez que reclamarla; que la hospitalidad no es más que la aplicación de aquel precepto que proviene de una previsión egoísta más bien que de una generosidad desinteresada: « Haz con los otros lo que quisieras que hiciesen contigo. » — Bien: por este cálculo no seréis rechazado del hogar, se os proveerá de lo necesario si carecéis de dinero para pagarlo, y se os tratará, en fin, con la frialdad y desconfianza que no puede menos de inspirar un hombre extraño y desconocido. Mas no es esta la hospitalidad del isleño argentino; él os recibe con el cariño de un hermano, de un padre; os introduce al seno de su familia, sin preguntaros quién sois; os cede su propio lecho; os sienta á su mesa con regocijo; parte con vos, sin admitir recompensa, sus escasas provi-

siones; y todo esto lo hace él, lo hacen su esposa y sus hijos con tan buena voluntad y tanto gusto, que os encontraréis contento y feliz y no podréis dudar que aquellos corazones gozan, al serviros, de la más pura satisfacción. He ahí la verdadera hospitalidad, la virtud inspirada por el Cielo.



CAPÍTULO VI.

El rancho.

A la margen de un arroyo encantador, á cuatro pasos de su orilla y á la sombra de un grupo de sauces elevados y coposos, una simple estacada en un ámbito de seis varas en cuadro, sosteniendo un techo de paja con paredes formadas de junco ó de ramas; tal es el rancho del isleño. Es su obra de pocos días, que dura muchos años. Su mueblaje se compone de un cañizo para dormir, y otro más alto para despensa; una mesa de seibo; algunos bancos y platos de la misma madera; asador, olla y *paba* ó caldera de hierro: un *mate* y un saco de camuatí para la sal. He aquí un edificio que con su menaje todo no vale tanto como uno solo de los muebles que el lujo ha hecho necesarios al habitante de las ciudades. Y esa pobre choza con su rústico ajuar comprende cuanto el hombre puede necesitar para su seguridad y reposo, su comodidad y placer...pero que no se aloje en ella el que haya llegado á enervarse al extremo de ser más delicado que el picaflor que la prefiere para suspender bajo su alero la cuna de sus hijuelos.

¡Cuán poco necesita el hombre para vivir satisfecho y tranquilo, cuando las necesidades facticias y

las vanidades del mundo no le han hecho esclavo de mil gustos nocivos é innecesarios, de mil ridiculeces, y de un sin número de costosas bagatelas!

¿Qué artesonado puede igualarse á la pompa y hermosura de un grupo de sauces de Babilonia que abraza en su extensa boveda la cabaña con su patio y el puerto y la *chalana* y el baño, defendidos del sol por sus ramas colgantes frondosísimas? [1].

Aun consultando la variedad y delicadeza de los gustos (si se ha de combinar su satisfacción con la salud) nada de las mesas opíparas se puede echar menos al probar las sencillas preparaciones del fogón de las islas.

Yo hasta ahora no he gustado un plato que supere al odorífero y jugoso asado que solo nuestros campesinos saben preparar. Difícilmente la cocina del rico aderezará un manjar tan sabroso como sano y suculento. Para el sobrio habitante de las islas, el simple *te del Paraguay ó mate*, suple con ventaja para su paladar y su salud, por todos lós licores y pociones conocidas. El agua exquisita que corre al pie del rancho del carapachayo bastaría para hacerlo preferible á las habitaciones ciudadanas con todas sus bebidas peregrinas. El agua del Paraná, tan digna de su fama por su excelencia, quizá sea más eficaz que todas las panaceas y elixires inventados para recobrar la salud y conservarla.

¡Oh, qué hechicera y agradable es la morada del

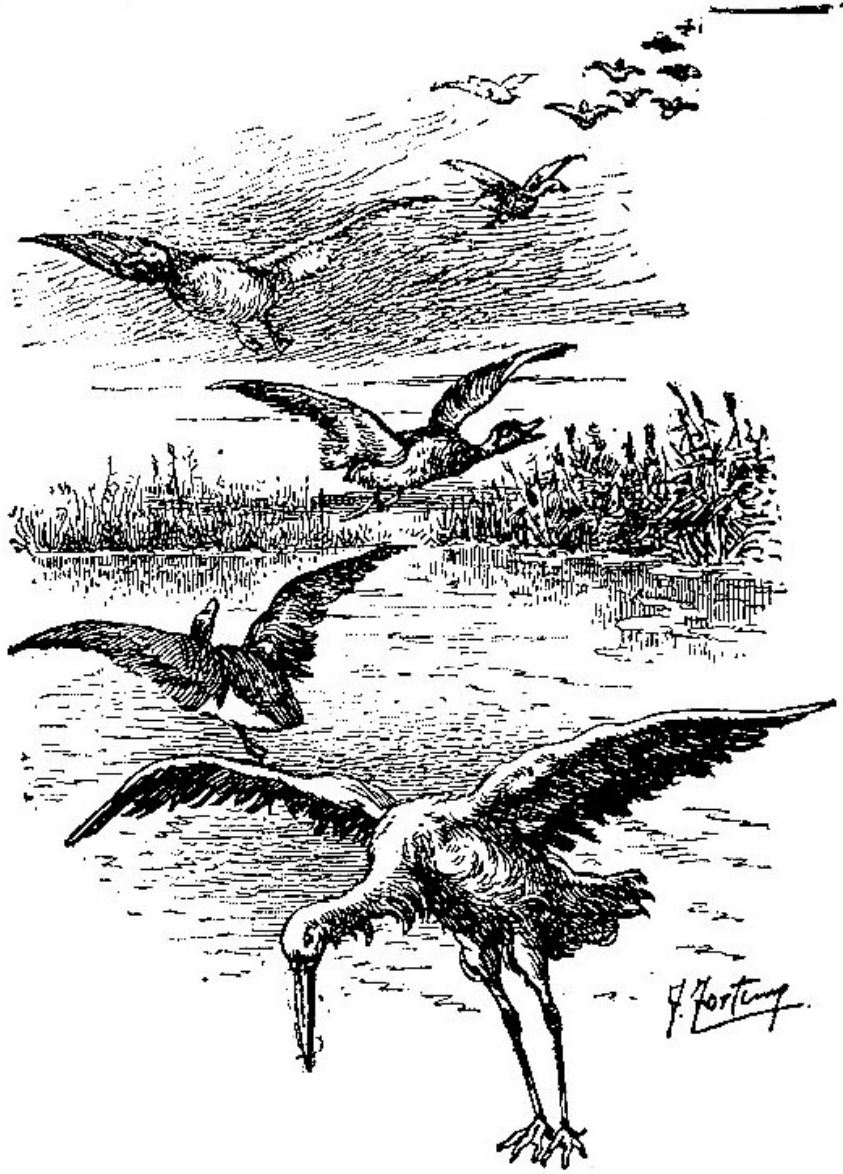
1. Chalana: pequeña embarcación plana, sin quilla, generalmente sin cubierta. Tiene timón y vela (á diferencia de la canoa que no los tiene), y cuando le falta el viento, anda al impulso de un botador. Si es muy chica, se maneja como la canoa con una espadilla ó pala que sirve á la vez de remo y de gobernalle.

isleño á la margen del arroyo, al abrigo de los copudos sauces, con su baño delicioso y su chalana! ¡Qué deleitable contemplar las bellezas de la primavera desde su rústico y pintoresco albergue! ¡Qué grato es aspirar el aire vivificante de la mañana, que penetra en el rancho libremente, incitándonos á gozar el bello espectáculo de la salida del sol!

¡Qué encanto escuchar á la alborada el cuchicheo de los nidos y los alegres preludios de los himnos á la aurora que asoma por el oriente! Todavía no se muestran para el hombre señales del alba, cuando bajo su mismo techo se la anuncia la charla bulliciosa de las golondrinas, seguida muy pronto por las tiernas canciones de la tacuarita, y los gritos del bienteveo repitiendo su nombre. Todas las aves abandonan la espesura que les sirvió de refugio contra los temores de la noche; dejan sin cuidado sus polluelos, y cada una á su modo celebra la vuelta de la luz que les trae la alegría y los placeres! La calandria se remonta por los aires entonando sus inimitables cantos, para anunciar desde el cielo á los dormidos el nacimiento del sol. El hornero, modelo de industria y parsimonia, nos avisa con su ruidoso claqueo, que ha llegado la hora del trabajo. El boyero (pájaro tejedor) parece despertar á los ganados con sus silbidos sonoros que imitan la voz humana. El carpintero, sin pérdida de tiempo, continúa á golpe de pico en un duro tronco la obra laboriosa de su nido, y millares de jilgueros, cantando todos á la vez, aumentan el regocijo de la madrugada con el gracioso desconcierto de sus trinos.

Toda la naturaleza se despierta á gozar el placer de la existencia desde los primeros albores del nuevo día. El verdor del follaje, la frescura de la

brisa, la fragancia y belleza de las flores, el susurro de los árboles, la trisca de las aves y los peces, el rocío, y las aguas que centellean con sus reflejos... todo infunde el más puro alborozo, todo embarga los sentidos y los llena de una deleitación sosegada y pura, todo nos inspira vehementes deseos de fijar nuestro domicilio en la cabaña situada á la margen del arroyo, á la sombra de los elevados y coposos sauces, con su chalana y su baño entre las ramas colgantes y las flores y los pájaros canoros.



CAPÍTULO VII.

Animales útiles.

El hombre se cree autorizado para disponer á su antojo de las obras de Dios; error de su ignorancia, ó vana presunción de su orgullo; humos de su prístina grandeza. El cree que, sin más examen que el de su inmediato provecho, puede entrar á sangre y fuego en los dominios de los reinos animal y vegetal. Y sin embargo, no desconoce el orden admirable que preside en toda la creación; orden que es más palpable en el equilibrio de fuerzas productoras, conservadoras y destructivas, pues nunca se ha perturbado sin gran perjuicio de la familia humana. Pretender el derecho de disponer á su albedrío de esos seres, es abrogarse el derecho de atentar contra ese orden conservador.

En el sistema actual de la naturaleza es necesaria la existencia de los animales carniceros y voraces para neutralizar la excesiva multiplicación de otros vivientes, y para purgar la tierra de los cadáveres pertenecientes á los seres que expiran de muerte natural ó de otro modo, á fin de que no corrompan el aire que han de respirar los que sobreviven. También es necesaria la presencia de los árboles para la conservación de las aguas, para atraer las

lluvias y para la constante depuración de la atmósfera. Regiones enteras, las más fértiles de la tierra, se han convertido en áridos desiertos, á causa de haberlas despojado el hombre de sus arboledas, y muchos pueblos se vieron y se ven hoy, por igual motivo, con su antigua sanidad perdida. Provincias hay que han visto todas sus cosechas devoradas por los insectos, á causa de haber destruído ciertas aves, porque comían algún grano de las eras, y han tenido que volver á traer y propagar los pájaros que habían exterminado por *dañinos*.

En una porción no pequeña del territorio argentino hacen grandes estragos en las quintas y un enorme consumo de pastos en los campos las hormigas, que se han multiplicado asombrosamente, por haber sido destruídos los *tamanduáes* ú *osos hormigueros*, cuadrúpedo expresamente organizado para alimentarse de hormigas.

Así es como el hombre, por no observar las leyes de la naturaleza y, creyendo muchas veces librarse de un animal nocivo ó de un árbol inútil, destruye el equilibrio de la creación, y ocasiona las plagas que á la vez consumen su riqueza y su salud.

Por el contrario, cuando aplica su razon á la explotación de las riquezas naturales, no procede á destruir sin el previo estudio necesario de las causas finales de los seres; y así saca de ellos el mayor provecho posible, sin exponerse á provocar futuros males. Se sujeta á reglamentos en el desmonte, la caza y la pesca, en el interés de conservar estas riquezas para sí y sus descendientes. Asegura bajo las leyes protectoras la vida de todos los individuos de ciertas especies que no le hacen sino beneficios,

como sucede con el *buitre de Bengala* en la India, con la *polla de Faraón* en Egipto, y con el *urubú* ó *carranca* en el Perú, Haití, el Brasil, Paraguay y otros puntos de Sud-América. Todas estas aves, parece que estuviesen exclusivamente encargadas de la limpieza de las ciudades, pues libran diariamente las habitaciones y las calles de animales muertos y toda clase de inmundicias. Al ponerse el sol vienen en grandes bandadas á las poblaciones, se tragan todas las basuras, por repugnantes que sean, y después de haber hecho la más completa policía, se retiran. En Lima los llaman *ciudadanos*, como que se hombrean con la gente que nunca incomoda á estos empleados civiles, aunque despidan un olor poco agradable, y á veces alguno de ellos perturbe el orden público, armando camorra con algún perro por disputarse un hueso. Todos los gobiernos de esos países han tomado á dichos pájaros bajo su protección imponiendo una fuerte multa al que mate alguno de ellos. La *cigüeña* es también protegida por las leyes y costumbres de la Holanda, y hasta los Hotentotes castigan severamente al que mate uno de los pájaros secretarios del Cabo de Buena Esperanza, enemigos implacables de las serpientes.

También el hombre se apodera de las especies que encuentra más útiles y dóciles, domesticándolas y conservándolas bajo su inmediato dominio.

Empero, que no se envanezca atribuyendo á su superioridad esa conquista; que no se jacte de haber, por medio de su habilidad y de su industria, subordinado á su voluntad esos seres; no, él no ha hecho más que recoger un don con que lo ha favorecido el Cielo, no ha hecho más que aprovecharse

de aquel instinto, de aquella predisposición tan marcada, impresa en determinados seres, en obsequio del hombre, por la mano del Criador apiadado de su destitución en medio de todas las criaturas que, por doquiera huyen á su aspecto. Quiso conservarle un resto de su servidumbre al monarca destronado.

De nada ha valido la superioridad de su inteligencia y de su fuerza para sujetar á los rebeldes. Hasta ahora no ha podido el hombre someter á su obediencia aquellas especies en que no se encuentra una innata tendencia á la sumisión. Todo lo que puede conseguir, es reducir algunos individuos, á fuerza de trabajo, ó con prisiones; pero domesticar las razas, jamás. Con cada nuevo individuo tiene que recomenzar su tarea de docilizarlo. En miles de años de ensayos incesantes no ha logrado siquiera dominar al ruiseñor, ni domesticar al canario, al halcón, al oso, al mono y tantos otros. El admirable y valiosísimo castor, huye de su presencia; el elefante y el loro cautivos se rehusan á los impulsos más poderosos de la naturaleza, y no se propagan; el lobo, á pesar de ser tan afín al perro, es indomable.

Lejos de notarse tal indocilidad y hurañía en las especies domesticables; lejos de necesitarse hacerlas pasar por una larga serie de generaciones para suavizarlas y hacerlas contraer hábitos nuevos, el hombre las encuentra ya, desde su estado silvestre ó montaraz, con las mejores disposiciones para sometérsele; y no sólo para servirlo según las habitudes naturales, peculiares á cada especie, sino abandonándolas con increíble docilidad, hasta contraer costumbres diametralmente opuestas á las pri-

mitivas, y formar de una especie razas ó variedades con hábitos contradictorios, como sucede con el perro.

Á este incomparable animal que, por sus nobles prendas, se le presenta á su mismo amo como el modelo de la amistad, de la lealtad, de la resigna-



ción, de la abnegación y de tantas otras excelentes cualidades, ¿le habrán sido inspiradas por el hombre que, ó no las tiene, ó las mancha á cada paso? ¿por el hombre que no pocas veces se muestra injusto, ingrato, duro y caprichoso con el mismo gene-

roso animal á quien no puede degradar ni corromper con el mal ejemplo de sus violentas pasiones?

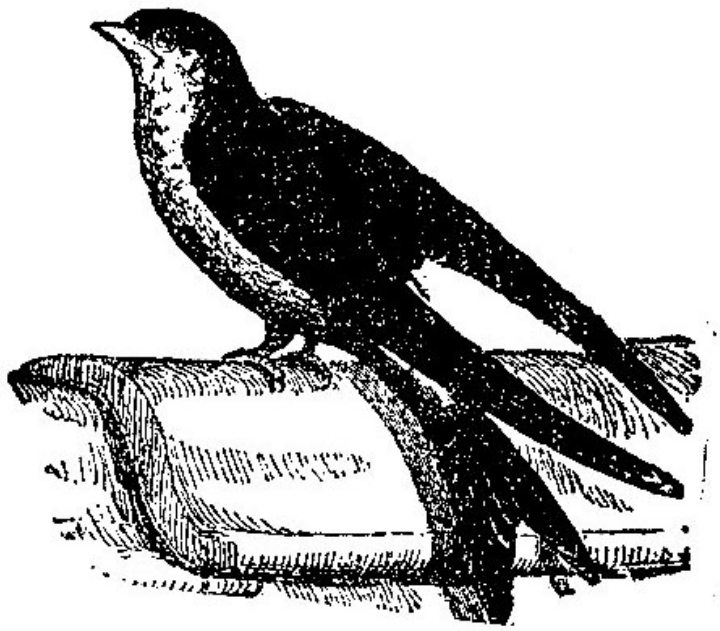
La cabra y la llama han dejado sin repugnancia la independencia de las montañas y el placer de saltar de risco en risco, para sujetarse á la vida sedentaria del establo; la oveja, de clima frío, como lo indica su vellón, se acomoda á todos los temperamentos, y hasta se vuelve ictívora; el caballo soporta todos los climas, y llega á hacerse omnívoro como su señor; el búfalo y el toro, dóciles á la voz de un niño, conducen enormes pesos; el camello se postra de hinojos para recibir la carga; la abeja ha perdido su innata afición á los bosques, y no los busca ya, por más que goce de la libertad del vuelo y no perciba nada de su señor en retribución del tesoro de sus panales; la paloma casera, bien que dueña de su albedrío y de sus alas, jamás se aleja de la habitación del hombre, aunque no reciba de su liberalidad un solo grano.



Otras muchas especies, como si se hallasen dominadas de una invencible inclinación á la compañía del hombre, constantemente rodean y aun ocupan nuestras casas, aunque sin renunciar á su independencia; y nos son útiles persiguiendo los insectos que nos molestan, ó recreándonos con sus cantares. De este número son las golondrinas, el pinzón, la tacuarita, el picaflor, la calandria y el jilguero.

¿De dónde proviene esta domesticidad, sino de la

índole del animal? ¿De dónde, sino de una inclinación instintiva á la compañía del hombre? ¿De dónde esa incomprensible facilidad de renunciar sus propensiones naturales, para amoldarse á las nuestras? ¿De dónde esa buena voluntad para servirnos, que les hace soportar con gusto las más duras tareas, sino de una secreta predisposición determinada por el Autor de la naturaleza, para que *ciertas* especies de animales quedasen consagradas al servicio inmediato de la familia humana?



Por eso es que han sido vanos sus esfuerzos para hacer nuevas conquistas, cuando no han encontrado al animal predispuesto; y se pierde en la oscuridad de los tiempos más remotos el orígen de la domesticación del mayor número de las especies que actualmente tiene subordinadas.

Con todo, el hombre tan preciado de su saber y de su industria, todavía está muy distante de completar el estudio de las propiedades y costumbres de los seres que lo rodean, ni la adquisición de los servicios que le ofrecen, especialmente en los países recientemente descubiertos ó explorados. Circunscribiéndonos á la región que habitamos, ¡cuánto no

tendría que admirar en el estudio de tanta variedad de abejas y avispas melíferas y cereras que se hallan en nuestros bosques! ¡Cuánta facilidad encontraría en domesticar las especies que carecen de aguijón, como otra prueba más de la inocuidad de los animales de este clima! ¡Cuánto provecho no sacaría reduciendo á su servicio tantas aves y cuadrúpedos tan útiles como dóciles del delta! ¡Cuánto que admirar y que aprender en la arquitectura del *hornero*, en su laboriosidad, su aseo y su amor á la familia! Él nos enseña á ser esmerados y previsores en la construcción de nuestras casas, formando á nuestra vista un edificio perfectamente regular y hermoso, que ofrece comodidad y seguridad, y tan sólido, que por dilatados años resiste á las intemperies, sin necesidad de refacciones. Él, á una con su consorte, nos despiertan al amanecer con su canto bullicioso; y nos incitan al trabajo con su ejemplo, enseñándonos que esa es la hora más propia para emprender las tareas del día, y que el aire de la madrugada es lo que más contribuye á sostener la salud del cuerpo y la alegría del ánimo, como lo prueban todos los ejemplos de longevidad humana, la cual sólo se encuentra entre las personas madrugadoras [1].

1. Huffeland lo demuestra con numerosos ejemplos y raciocinios en su libro el « Arte de prolongar la vida ».

CAPÍTULO VIII.

El picaflor y el chajá.

Sin un estudio detenido y sin escribir grandes volúmenes, no es posible manifestar las maravillas que á cada paso nos sorprenden en nuestro suelo. Sólo en la ornitología, no son menos de cuatrocientas las especies nuevas descritas por Azara. No me propongo revistar todas las del delta. Entre estos seres alados hay dos que no he podido menos de observar, porque fueron los primeros que impresionaron con viveza mi infantil imaginación, la primera vez que penetré en los encantados ríos de la patria; el uno, grande y majestuoso, cerniéndose entre las nubes, y el otro, diminuto y hechicero, inmóvil en el aire, ante una flor.

« ¿Habrá algún hombre que al ver esta preciosa criatura balanceada entre el susurro de sus pequeñas alas, en el seno de los aires donde se halla suspendida como por encanto, girando de flor en flor con un movimiento tan gracioso como vivo, continuando su curso del uno al otro extremo de nuestro vasto continente, y produciendo en todas partes transportes siempre nuevos, ¿habrá algún hombre, pregunto, que habiendo observado esta brillante partícula del iris, no se detenga para admirar, y no

dirija al instante su pensamiento lleno de adoración hacia el todopoderoso Criador? ¿hacia aquél cuyas maravillosas obras cada uno de nuestros pasos nos descubre, y cuyas concepciones sublimes nos son manifestadas por todas partes en su admirable sistema de creación? No; sin duda, semejante ser no existe. »

No hay escritor, sea naturalista ó simple viajero observador, que no haya consagrado al picaflor algunas páginas, siempre las más bellas de sus obras.

Buffón ha trazado un cuadro encantador de esta joya alada de la América, y Audubon (de quien son las palabras que preceden) lo describe con igual gracia y propiedad. No obstante mucho falta todavía para que la pintura se acerque á su modelo, mucho falta que observar en la vida del picaflor; pero no seré yo quien ose añadir mis borrones á aquellas páginas doradas.

Como un objeto que ha llamado la atención en todos los países donde se ha presentado, todos han querido ponerle un nombre que fuese la expresión de sus cualidades ó atributos.

Sin duda que las voces de *mainumbí, colibrí, guachichil,* en las lenguas guaraní, caribe y mejicana, significarán alguna de las raras propiedades de esta flor animada. En nuestro idioma se le llama *picaflor* porque siempre se le ve libar el néctar de las flores, *tente en el aire,* porque no se posa al tomar su alimento, sino que se cierne en el aire delante de cada flor sin ajarla ni aún moverla. *Pájaro abeja, pájaro mosca* y *tominejo,* por su extremada pequeñez; *pájaro-resucitado,* porque se creía que

moría en el invierno para resucitar en el verano. Sus diferentes especies, que son muchas, se distinguen por su color dominante, como el *oro verde,* el *dorado,* el *topacio,* el *zafiro, esmeralda, rubí-topacio,* tomando los nombres del oro y las piedras preciosas por la brillantéz de su plumaje de primorosos cambiantes. Los que abundan en este clima templado son del más hermoso y brillante color verde con tornasoles azules.

Pero ¿qué analogía hay entre el *picaflor* y el *chajá?* El uno es el extremo de la pequeñez entre los pájaros, no sólo de aquí, sino de todo el mundo; y el otro el extremo de la magnitud en las aves de estos ríos. El *picaflor* y el *chajá* son amigos del hombre. Si no se les persiguiese, visitarían con frecuencia nuestras casas, como todavía lo hace el picaflor, aun en las ciudades, anidando en los corredores y dentro de las habitaciones. Un hilo, una paja que cuelgue dentro del techo es lo suficiente para asegurar allí un nidito en que apenas cabe una nuez. No es raro verlos recorrer los aleros y las ventanas buscando las telarañas que es el principal material para sus nidos.

¡Cuántas veces alguna niña rubicunda, al verlo revolotear en torno de su cabeza, habrá lisonjeado su amor propio con la idea de que el picaflor tendría por flores sus labios y sus mejillas!

Uno y otro son de un natural apacible. Yo he tenido un chajá que, á pesar de haber sido tomado ya adulto, no se mostraba zahareño, y muy pronto se familiarizó con la gente. Más de una vez he tomado de noche al picaflor en su nido, donde estaba empollando sus huevecitos blancos, del ta-

maño y forma de una pequeña habichuela ó poroto; y después de mostrarlo á varias personas y pasar de mano en mano, lo he vuelto á colocar en su nidada, y ha quedado muy tranquilo. El mismo picaflor ha sacado sus polluelos y se los he quitado para criarlos con agua azucarada, sin que los padres dejasen de venir á traerles el sustento acostumbrado, hasta que ya crecidos, los he dejado tomar el vuelo libremente. Un pajarillo tan aéreo, tan voluble, tan extraordinariamente rápido en su vuelo; que jamás baja al suelo; que voltejea sin cesar; que nunca se detiene un minuto entero en una rama, ¿podría avenirse al estrecho recinto de una jaula? Tal vez se lograría conservarlo en una pajarera cubierta interiormente de gasa, para que el aturdido no se estrellase contra los alambres.



Buffón cita un ejemplo referido por Labat, de mucho interés para el estudio de la índole de esta inocente avecilla. « El P. Montdidier puso dentro de una jaula un nido de colibríes en la ventana de su cuarto á donde venían sus padres á darles de comer. Llegaron estos últimos á domesticarse en términos que no salían casi nunca del aposento, en donde sin jaula y sin opresión venían á comer y dormir con sus hijuelos. No pocas veces he visto yo á los cuatro sobre los dedos del P. Montdidier, cantar como si estuviesen posados sobre la rama de un árbol. Los alimentaba con una masa muy fina y clara hecha con biscocho, vino de Málaga y azúcar.

Sobre esta pasta pasaban ellos la lengua, y cuando estaban satisfechos, revolaban y cantaban. Nunca he visto una cosa más amable que estos pajaritos, que giraban por todas partes dentro y fuera de la casa, y que volvían apresurados, no bien oían la voz del que les daba el sustento.» El picaflor de nuestras islas busca sin ningun interés la compañía del hombre. Todos los años sacan cría dentro de mi rancho; este verano dos casales hicieron sus nidos, uno en la punta de una filástica que colgaba de la cumbrera, y el otro en una ramilla de la quincha, al alcance de mi mano.

El picaflor y el chajá no se alimentan sino de vegetales; aquél libando las flores, y éste pastando la yerba, sin tocar á los granos ni á las frutas. Esta condición debe hacer más aceptables sus servicios para el hombre; esos servicios con que parece que ellos se le brindan, al acercarse constantemente á su mansión. El uno quiere alegrarla con su hermosura y su donaire, el otro defenderla de las aves rapaces, con su valor y con sus armas. El chajá es el temible enemigo del águila, de los gavilanes y todas las aves de rapiña. Su vigilancia no cesa un solo instante. Para no faltar á ella por la noche y poder dormir tranquilo, tiene cada bandada un centinela que despierta á los demás con un grito de alarma, cuando los amaga algún peligro, á fin de ponerse en defensa, ó huir todos á la vez. También participa el picaflor del coraje del chajá. Prevalido de la prodigiosa velocidad de su vuelo, acosa sin temor á los pájaros que se acercan á su nido, y clavándoles su agudo pico, pone en vergonzosa fuga al altivo halcón y al atrevido caracará, haciéndoles

conocer que entre las aves, lo mismo que entre los hombres, no hay enemigo débil.

El chajá, la mayor de las gallináceas, es tan corpulento como el pavo, pero más alto y cuellierguido; se asemeja mucho al *terutero,* en figura, garbo y costumbres, salvo que éste es insectívoro y aquel herbívoro. Se les ha dado esos nombres por onomatopeya, es decir, á imitación de su grito peculiar, que ambos repiten con voz resonante. El chajá tiene un copete y dos fuertes espolones en cada ala como el terutero, de los cuales se sirven para alejar de sus crías á las aves de rapiña y todo animal que pueda incomodarlos. Uno y otro anidan en el suelo al raso (el chajá suele armar sus nidos en las lagunas); no gustan posarse sobre los árboles, y viven siempre en descampado; ambos ponen cuatro huevos, los del terutero pintados, los del chajá blancos y mayores que los de pava.

Los polluelos de las dos especies salen del huevo revestidos de un simple vello, y siguen á sus padres desde que dejan el cascarón.

Considero á los dos muy domesticables, y lo mismo al picaflor, pero dejándolos en libertad como las palomas, los urubúes y las cigüeñas. El terutero conservará los jardines y las huertas libres de hormigas y otros insectos perjudiciales, y el chajá preservará nuestros ganados y nuestras aves de los estragos que hacen las de rapiña. En el Brasil se sirven del kamichí (especie análoga al chajá) para defender las aves domésticas. Azara vió diversos chajáes criados desde chicos en las poblaciones rurales del Paraguay, que se habían avezado á la vida casera lo mismo que las gallinas.

Los teruteros, y también el mismo picaflor, contribuirían á ahuyentar á los rapaces de mayor pujanza; aquellos por su unión en el ataque, y éste por su audacia.

Obsérvese bien, la naturaleza dota siempre á sus criaturas de todos los medios conducentes al fin que las destina; y las presume suficientemente para su conservación. Á las aves de rapiña las ha dotado de un vuelo raudo y de una vista perspicaz, á la cual deben (no al olfato como se ha creído) el que puedan ocurrir de muchas leguas de distancia, al momento de caer cadáver algún ser; y para preservarlas á ellas mismas de la persecución de otros carnívoros y aun del hombre, dió á sus cuerpos una carne cenceña y repugnante, y olor fétido. A los *sapos*, especie de máquinas semovientes destinadas á engullir insectos, á más de un aspecto odioso, los dotó la naturaleza de la facultad de trasudar un humor nauseabundo, que los libra hasta del pico de la cigüeña que no deja reptil con vida.

¡Qué mal hace el hombre en contrariar los designios de la Providencia, destruyendo esas especies! Para evitar que le molesten, aléjelas de su morada, impida su excesiva multiplicación, y basta. Contra las aves de rapiña tiene el perro y el chajá. Éste, aunque sin mal olor que lo rechace, es de carne floja y gomosa, lo que ciertamente lo librará de la glotonería humana; por lo cual se dice generalmente que el *chajá es pura espuma.* Tiene también para su seguridad el instinto de la vigilancia, que lo hace estar siempre alerta noche y día; y las aceradas púas de sus alas, con cuyo auxilio sale casi siempre victorioso de las aves y los cuadrúpedos.

Hé aquí pues, otros dos seres más que agregar al pobre cortejo del pretenso rey de la creación; dos seres destinados para su servicio. Al menos en las armonías de la naturaleza no aparece otra causa final de los instintos del picaflor y del chajá. Éste como destinado á lo útil, forma una sola especie, sin belleza ni variedad en el plumaje; aquél como preparado para lo agradable, forma un género compuesto de muchísimas especies de picaflores, á cual más preciosa, brillando todas con los colores más ricos, más vivos y más variados; con las formas más primorosas, con las gracias más hechiceras.

Estos dos nuevos amigos del hombre, sólo esperan su buena acogida para consagrarse á su recreo y su provecho. No le piden protección, ni cuidados, ni casa, ni comida; sólo le piden su amistad.

Así como el pueblo ha puesto á la casera golondrina bajo la tutela religiosa de las animas, para que ni los niños se atrevan á ofenderlas; así también ponga al precioso picaflor bajo la celeste tutela de los ángeles, para que él y su nido sean inviolables. Y así como el *urubú* americano, la *polla de Faraón*, el *buitre* y la *cigüeña* viven en medio de los pueblos, bajo el amparo de los gobiernos; que también la vida del *chajá* sea protegida por la ley, para que defienda las aves de nuestros cortijos y los ganados de nuestros campos.

CAPÍTULO IX.

Continuación del chajá.

Esta ave magnífica, aunque clasificada ya y descrita en su conformación exterior por los naturalistas, todavía su curiosa historia y su rara fisiología no han sido bien estudiadas. Nacida para vivir en las llanuras, á la margen de las lagunas y los rios, apacentándose en bandadas, con instinto gregal como los rebaños y las aves sin vuelo, corriendo por el suelo con sus pollos como las gallinas, y alimentándose exclusivamente de yerbas; es sin embargo amiga de vivir aisladamente en familia, es valiente, poderosa y voladora.

Tiene la facultad de remontarse como el águila y el cóndor, y sostenerse mejor que ellos en las regiones elevadas de la atmósfera, por la rara propiedad que goza de aligerarse dilatando su cuerpo exteriormente. Cúbrelo todo él un conjunto de vesículas que infladas á voluntad del pájaro por un gas exhalado de su interior, le dan un enorme volúmen; y si, como es probable, llena ese mismo fluido el hueco de las plumas y los huesos, no será extraño que, sumamente reducida la gravedad específica del ave, pueda ésta suspenderse en el aire sin esfuerzo, cuál aereóstato, según se la observa frecuentemente cer-

niéndose entre las nubes, por largas horas, sin notable movimiento de sus alas.

Tanto la hembra como el macho son monógamos, es decir que la unión de los sexos es singular é indisoluble, ofreciéndonos el dechado más perfecto de amor conyugal.

Aunque la unión de los sexos en los animales no parezca ser más que una necesidad física, es innegable que en algunos de ellos toma el carácter de un verdadero amor, hasta idealizarse como en el hombre, y hallarse unido á un tierno afecto independiente del acto generador. Una unión afectuosa y de una constancia y fidelidad recíproca, se nota en las águilas, las tórtolas, los papagayos, también en varios mamíferos; más donde nos ofrece lo más sublime y puro del himeneo es entre los *chajaes.*

Que aquellas personas cuya exquisita sensibilidad busca con tanto interés y encuentra con tanto placer las tiernas afecciones de algunos seres felices que, en medio del inmenso conjunto de la creación, la naturaleza parece haber querido privilegiar con el don del sentimiento, escuchen por un instante lo que algunos observadores refieren del ave singular que nos ocupa.

Sepan que entre los numerosos habitantes del aire, cada uno de los cuales según su especie nos presenta un remedo ó simulacro de alguna de las pasiones del hombre, hay uno que reune en grado heróico todas las inclinaciones afectuosas del corazón humano.

Los *chajaes*, por una elección mutua, se unen macho y hembra, con un afecto recíproco, en consorcio exclusivo é indisoluble.

Son tan extremosos en su cariño, que viven inseparables haciendo comunes sus temores, sus peligros y sus goces. Véceles siempre apareados, ya en sus paseos aéreos, ya en sus excursiones campestres, ayudándose en sus tareas de nidificación é incubación. Extiéndese el ardor que los anima hasta los débiles polluelos que acaban de nacer, abrigando y conduciendo ambos consortes con solicitud estos frutos de su unión; preservándolos con su vigilancia y su denuedo de la garra cruel de sus enemigos, hasta que la prole pueda bastarse á sí misma.

Estos esposos felices, después de concluídos los cuidados de la familia, buscan la sociedad de sus semejantes, y renuevan sus antiguas amistades, esperando, siempre fieles y constantes, la llegada de otra primavera que renueve sus amorosos placeres y sus tiernos afanes. Y cuando la muerte llega á romper tan dulce vínculo, el *chajá* que sobrevive, como si ambos no tuvieran más que una sola vida animada por el amor, no tarda en exhalar el último aliento entre fúnebres lamentos.

Descuret refiere un hecho interesantísimo sobre la ternura conyugal del *chajá:* « Bonnet criaba hacía muchos años un par de esos hermosos pájaros conocidos en Francia bajo el nombre de *inseparables* y que los Ingleses llaman *aves de amor.* Cuando la hembra debilitada por la edad no podía alcanzar al comedero, el macho le daba el alimento con un cariño que encantaba; cuando llegó al estado de no poderse tener en pie, él hacía los mayores esfuerzos para sostenerla; y cuando murió, se puso el macho á correr con mucha agitación, probó varias veces darle de comer; más viéndola inmóvil, se detuvo á

contemplarla, se puso á exhalar los gritos más lastimosos, y poco tiempo después sucumbió.» ¡Qué cuadro tan lleno de emociones para las almas tiernas y sensibles! Y de no menor interés para la misma filosofía que se complace en contemplar el principio y el efecto de un instinto elevado, especie de inteligencia que produce entre estas aves habitudes sociales y pacíficas en que se ve la rara unión de la fuerza y la dulzura; que da orígen á tiernísimos afectos y goces en cierto modo sentimentales; y que nos ofrece perfectos ejemplos de amor y de fidelidad, sublimados hasta la abnegación y el sacrificio.

¡Ah! ¿por qué estas virtudes que harían un edén de la sociedad humana, son tan raras entre los seres infinitamente superiores por las dotes celestes de la razón y el sentimiento? Si la historia del *chajá* hubiera sido conocida por las antiguas musas europeas; si el númen poético del nuevo mundo hubiese bebido las inspiraciones en las mágicas fuentes de una naturaleza llena de maravillas y seducciones, ¡cuántas veces estos modelos de amor y de ternura no hubieran sido celebrados en esas encantadoras producciones de una invención brillante y un sentimiento delicado, que la sabiduría recibe de manos de la poesía, como los perfumes y las formas bellas que dan más atractivo á los frutos de la ciencia!

Domestiquemos, tengamos á nuestro lado estos preciosos seres, tan justamente denominados *aves de amor*, *aves inseparables*, para tener constantemente á nuestra vista escenas tan hermosas como propias para educar el corazón. Así podremos ver aun entre los brutos, y contemplar realizado el objeto de las primeras aspiraciones de nuestra alma,

el amor constante, la amistad verdadera; afectos generosos, virtudes que el hombre siempre envidia y admira, y cuyo espectáculo tiene siempre el poder de conmoverlo, aunque no las posea, ó pervertido, afecte desconocerlas.



CAPÍTULO X.

El yacú ó pava del monte, el pato real, el macá, el biguá y el caburé.

Entre las aves isleñas más estimables por su carne y más útiles para enriquecer nuestros gallineros, merecen la preferencia dos magníficas gallináceas, conocidas por los nombres de *pava del monte* y *carau*. Una y otra ofrecen un alimento no menos sano que grato al paladar; recurso apreciable para surtir la mesa de los colonos del delta, y sobre todo para el regalo de los viajeros. El nombre guaraní de la primera es *yacú*, y tanto ésta como *carau* son voces imitativas de los graznidos peculiares á estas aves. El *carau* es de dos pies de largo, y de color negruzco con algunas pintas blanquecinas en el vientre. El *yacú* ó *pava del monte* es una especie intermediaria entre el faisán y el pavo, de la misma forma, pero menor tamaño que éste; su plumaje es de un tornasolado verdinegro con reflejos metálicos. Tiene sobre la base del pico una carúncula carnosa, naranjada, y en la cabeza un moño elegantemente rizado. Esta especie se reune en bandadas numerosas, y elige por mansión los bosques: anida sobre los árboles y se alimenta de semillas, frutas y brotes; pero á similitud del carapachayo, no tiene otra

cosa de montaráz sino su domicilio, pues su carácter más saliente es el de la tranquilidad y mansedumbre; sus costumbres son tan pacíficas como sociales. Verdad es que la constante persecución que han sufrido las *pavas del monte*, por ser bocado exquisito, las ha hecho tan desconfiadas, que en el bajo delta no se presentan sino por casales; pero siempre se acercan á los ranchos, como para manifestar su inclinación á la vida doméstica. Aunque se tomen ya adultas, en breve se muestran tan familiares como las gallinas, y no son más delicadas ó melindrosas que éstas para alimentarse.

« Es de admirar (dice Mr. Lesson) que hasta ahora no se haya pensado traer á nuestros corrales unas aves que son tan preciosas como el mismo pavo y no menos fácil habituarlas á nuestro clima. Su natural lleva demasiado impreso el sello de la indolencia y de la tranquilidad de hábitos para que en poco tiempo puedan obtenerse resultados favorables. Por otra parte parecen hallarse contentas á la inmediación del hombre cuya sociedad buscan, y al acercarse la noche vienen á recogerse en la guarida que se le ha preparado, donde viven en paz. »

Todo lo que se ha dicho del *yacú* es aplicable al *pato real*, otro de los moradores del delta, llamado así por su grandeza y la brillantez de su ropaje. Es de cerca de una vara de largo; tiene la cabeza guarnecida de protuberancias carnudas de un color rojo muy vivo: su plumaje es de un negro reluciente; tornasolado con verde oscuro: saca hasta catorce patitos de cada incubación. Le gusta encaramarse sobre los árboles, y suele aovar en ellos aprovechándose de los nidos abandonados de otras aves.

Llámasele también *pato moscado* ó almizclado, por el olor que despide, proveniente de un licor que filtra de las glándulas situadas sobre la rabadilla, la cual se debe cortar así que se le mate, para que su carne no tome mal sabor. Son tan domesticables como los yacúes, y las dos especies estaban entre las aves caseras que los conquistadores encontraron en las poblaciones guaraníes.

Entre las aves acuáticas de más provecho, abunda mucho el *macá*, del género de las grevas. Aunque clasificado entre las palmípedas, no tiene membrana en los pies como los patos, sino los dedos separados y aplastados como pala de remo, y sin uñas; es un aparato exclusivamente para nadar, así es que no le sirve para andar en tierra, y por eso no se le ve nunca caminar ni asentarse en el suelo. No tiene cola, ni vuela sino á remesones, y siempre rasando la superficie del agua.

Estas aves deben apreciarse por su mucha grasa, por su carne de gusto agradable, por los huevos que se comen como los de gallina, por su pluma abundante, suave y lustrosa, y por su espeso y finísimo plumón. Sería muy fácil sujetarlas en charcos y estanques, porque no pueden caminar ni escaparse volando. Se mantienen de pececillos y de insectos que buscan dentro del agua.

El *macá* no debe confundirse con el *biguá*, llamado *zaramagullón* por los Españoles. El primero es de vientre ceniciento y manto gris, y el segundo es todo negro; el *macá* tiene el pico recto y agudo, el *biguá* corvo en su extremidad. Éste tiene la cola en forma de abanico, membranas entre los dedos, y vuela con bastante rapidez. El plumaje del biguá no

es impermeable como el del otro; por ese motivo se le ve con frecuencia parado sobre los troncos de las riberas con las alas extendidas para orearse.

En la familia de las aves nocturnas encuentro dos que conviene conocer; la una como amiga, y la otra como enemiga. El *ñacurutú*, uno de los mayores buhos que se conocen, aunque de aspecto espantoso, es manso con el hombre y se sujeta á desempeñar en nuestras casas el oficio de ratonero, sin desmandarse jamás á echar las uñas sobre la familia de pluma. Todo lo contrario se le atribuye al *caburé*, que á pesar de ser un pequeño mochuelo, es fortachón y atrevido. « No hay (dice Azara) una ave más vigorosa en proporción del volumen de su cuerpo, así como no la hay más feroz ni más indomable. Tiene el valor y la destreza de introducirse bajo las alas de todas las aves, sin exceptuar los pavos y los caracaraes, y agarrándose de sus carnes, les devora los costados y las priva de la vida. «Llámanlo *rey de los pajaritos*, porque se cree generalmente, que estos vienen cuando él los llama para almorzarse *al más gordo.* Lo que sucede es, que el caburé solamente de noche hace sus matanzas, y cuando llegan á descubrirlo de día los pájaros que lo aborrecen, se alborotan, chillan, se reunen en gran número y giran al rededor del enemigo en ademán de acometerlo, pero sin osar acercársele. El caburé se mantiene impasible é inmóvil, manifestando el mayor desprecio á la turba de cobardes que lo cercan por todas partes y lo asordan con su algazara. Él no tiene apetito porque ha hecho una espléndida cena; pero, como se le vienen á las manos tan buenas presas y la ocasión hace al ladrón,

echa sus garras á la que más le place, y allí mismo tranquilamente, en presencia de los parientes y amigos de la víctima, se la trinca y se la come, sin que ninguno se lo estorbe.

Habrá quienes al presenciar este cuadro, exigirán de estas tímidas avecillas la reflexión y el valor que suele faltar á los mismos hombres en situaciones semejantes.



CAPÍTULO XI.

La calandria ó el ruiseñor de América.

No poca confusión ha causado en la Historia natural de América el abuso que hicieron de la nomenclatura los primeros pobladores y viajeros, aplicando á las producciones de este continente, ya nombres caprichosos, ya las mismas denominaciones de las del antiguo, al más ligero rasgo de semejanza que advirtiesen entre unas y otras. De esto se ha derivado el erróneo concepto formado, aun por los doctos, de la degradación ó inferioridad de las especies americanas. De ahí el juzgar al *llama* como un camello degenerado, y tener por un animal contrahecho al *perico-ligero*, por haberlo observado fuera de su elemento, que es la dilatada copa de nuestros bosques, y por el *ay ay* de su voz, suponiendo que esta interjección de dolor en el lenguaje humano, manifestase igualmente en una bestia la triste condición de un ser condenado por la naturaleza á la desdicha. De ahí también llamar nutria al *quiyá*, cerdo al *carpincho*, oso al *tamanduá* ú *hormiguero*, y dar todavía nombres no menos impropios á gran número de animales y plantas de estas regiones.

Uno de los pájaros americanos que por la hermo-

sura de su canto, ha arrebatado la admiración del mundo antiguo, denominado por los naturalistas *mimus* ó *burlón* y *poligloto* (que habla muchas lenguas), ha recibido entre nosotros el nombre inadecuado de *calandria*, siendo así que ni aun pertenece al género de esta alondra, sino al de los mirlos. Es el mismo *burlón* de la Luisiana, la *tenca* de Chile, y el *cenzontlatole* de Méjico; nombres todos alusivos á la facultad que posee este pájaro de imitar el canto de las demás aves, y aún el grito de algunos cuadrúpedos.

También lo han llamado *Orfeo* por su habilidad musical, y Buffón lo llama *ruiseñor de América*, reconociendo la supremacia de nuestro cantor sobre la *filomena* del viejo mundo. Él es también el único en el globo que tiene el arte singular de acompañar su voz con movimientos llenos de gracia y de expresión. Los *burlones*, ó llámenseles *calandrias*, son aves exclusivamente americanas como los *picaflores;* unos y otros sin rival en toda la creación, en belleza y variedad éstos, y aquellos en gracia y canto. Las dos especies recorren todo este vasto continente, hermoseando la una con su lindeza y su gracejo, y la otra con su música y su mímica, los sitios privilegiados con un suelo feraz y un cielo ardiente ó templado.

Nuestra *calandria* tiene un ropaje pardo y sin brillo. M. Lesson, examinando una, muerta en los alrededores de Montevideo, la encontró de una extraordinaria semejanza con la especie de Cuba y de los Estados-Unidos. La parte superior de su cuerpo es de un color ceniziento oscuro, con listas blancas en las alas; tiene unas manchas blancas sobre los

ojos, figurando grandes cejas; su pecho es cenizoso y su vientre blanquecino. Lejos de hacer daño en los sembrados y jardines, persigue las orugas, y en el invierno destruye las crisálidas que las harían pulular después de su transformación. Es difícil tenerla enjaulada si no se ha criado en casa, á causa quizá de ser de un natural tan vivo, que no se para jamás, pues hasta para cantar va saltando ó revolando. A poco tiempo de hallarse sin libertad muere consumida de tristeza. Sin embargo, es un ave bastante familiar y con cierta inclinación al hombre, pues se la ve acercarse con frecuencia á su morada, complaciéndose en cantar á su presencia. No debemos nosotros manifestar menos humanidad y gratitud que los Americanos del Norte para con esta avecita inocente y graciosa. « Los niños (dice Audubon) en general, no tocan estas aves, que son protegidas por los labradores; y esta benevolencia para con ellas llega á tal punto en la Luisiana, que no es permitido matarlas en ningún tiempo. »

Es imposible leer las brillantes páginas que aquel elocuente ornitólogo consagra al *burlón*, sin admirar y cobrar el más tierno afecto al objeto de su entusiasmo. « No son (dice hablando de su canto), no son las dulces consonancias de la flauta ó del oboe las que escucho, sino las notas más armoniosas de la misma naturaleza; la suavidad de los tonos, la variedad y gradación de las modulaciones, la extensión de la escala, la brillantez de la ejecución, todo aquí es sin rival. ¡Ah! sin duda, en el mundo entero no existe ave alguna dotada de todas las cualidades musicales del rey del canto, de aquel que ha aprendido todo de la naturaleza, sí, todo! »

«No sólo canta bien y con gusto (añadiremos con Buffón), sino también con acción y alma: ó por mejor decir, su canto no es otra cosa que la expresión de sus afecciones internas; se entusiasma á su propia voz, la acompaña con movimientos cadenciosos, siempre adaptados á la inagotable variedad de sus frases, ya naturales, ya adquiridas.»

Tiempo hacía que yo me ocupaba en el cultivo de una de las bellísimas islas del delta. Una hermosa mañana de otoño salí de mi choza al amanecer á dar un paseo por mi posesión. Caminaba lentamente; ya atravesando plantíos de jóvenes frutales que me presentaban sus primicias, hermoseadas con el lustre del relente; ya siguiendo las sendas humbrosas del monte, donde las aves que acababan de despertar, saltaban de rama en rama, haciendo caer sobre mí una lluvia de rocío; ya abriéndome paso por la espesura y vagando sin sendero.

¡Qué enajenantes descubrimientos! ¡Arroyuelos serpeando por entre espadañas coronadas de sus blancos penachos y de pintados pájaros, durazneros abrumados con su fruto en racimos rubios y carminados, hermosos panales colmados de miel!... ¡Oh, qué dicha el descubrirlos por primera vez! ¡Qué gusto andar por sendas desconocidas, trazadas por la apacible capibara; contemplar aquellas vertientes de agua cristalina, á cual más sinuosa y bella; encontrarse sorprendido bajo una rústica glorieta que siglos haría esperaba la primera visita del hombre; y allí, sobre su alfombra de musgo, intacta aun, tenderse á reposar y enajenarse con el recuerdo de las emociones de aquel día!

A cada paso se ofrece un objeto nuevo, una

planta, un insecto en que se descubren nuevas maravillas que tienen el espíritu en incesante fruición. La naturaleza, infinita en su variedad y portentosa en sus obras, ofrece al observador una fuente inagotable de goces intelectuales, que jamás terminan en la fatiga ó el hastío de los placeres de los sentidos. Absorto en estas reflexiones, no había notado que ya un sol radiante había disipado las sombras del crepúsculo y los vapores del río. Me hallaba á la entrada de un dilatado bosque de seibos imponentes por su grandeza; bellos por sus flores y los festones de lianas que ondeaban de copa en copa, amenizados por los juegos de la luz del sol que penetraba en lampos temblorosos por entre el agitado ramaje. El árbol que me daba sombra estaba más espléndidamente decorado que los otros; entre mi árbol y el bosque se extendía un pequeño campo, y en medio de él descollaba un mirto florido. Mil susurros agradables se sucedían á mi alrededor, y un ambiente fresco y oloroso, no sé por qué, al respirarlo me llenaba de contento y embargaba mi espíritu en una vaga y dulce contemplación.

Repentinamente despierta mi atención una música deliciosa que parecía resonar en todos los ámbitos del bosque. Cuanto acento encantador puede salir de la garganta de las aves; cuantas seducciones hay en los instrumentos músicos más bien tocados y en la voz humana más dulce, más melodiosa y más querida, parecían haberse reunido en los acentos que escuchaba. La luz y el perfume y las bellezas que me habían enajenado, se habían confundido con la célica armonía para no formar sino un solo concierto. Mis ojos buscan anhelosos la Sílfide, la

Ondina ó la Sirena que producen el encanto, cuando una faja vaporosa, compuesta de innumerables alas, elevándose en espiral sobre el mirto solitario, me presenta en su cima á la *calandria* ejecutora de aquel portento de melodías.

Á los hechizos de la música uníase la gracia incomparable de los movimientos del ave. Salían de su garganta gorgeos vivos y sonoros, y al mismo tiempo remontaba con raudo vuelo describiendo círculos, y descendía con iguales giros, para volver á subir, sin cesar, en sus hermosos concentos. Ciérnese en el aire, cual colibrí ante las flores, acompañando una suavísima cadencia con la vibración imperceptible de sus alas, como si exprimiese allí toda la intensidad de su ternura. Acelera nuevamente su revuelo circular y exhala suspiros melodiosos que no pueden menos que corresponder á la voluptuosidad de sus recuerdos, degradándose al paso que asciende el cantor en rápido remolino, hasta apagarse en un silencio en que mi alma se deleitaba como si resonaran aun en mi interior los ecos de la divina armonía. Posada la calandria sobre la copa del mirto, nuevos acentos estrepitosos y brillantes llenan los espacios del bosque, sucediéndose con la volubilidad de los arpegios y los trinos, y el ave los acompaña con revuelos igualmente vivos y tumultuosos, que son acaso la expresión de los transportes de su júbilo celebrando sus dichas y sus triunfos.

CAPÍTULO XII.

El cantor sin nombre y el piriri.

Tres son los pájaros canores que se distinguen entre los que alegran nuestros ríos y nuestros campos, y que en la jaula han acreditado ya su fama musical: la calandria, el cardenal y el jilguero. Pero hay otro músico innominado, una especie de mirlo negro, que por su modestia y su retiro es menos conocido y afamado que los otros, porque se oculta entre el ramaje en las horas calladas de la siesta, para ensayar con voz remisa las suaves melodías que modula su garganta.

¡Cuántas veces en el silencio de un retiro campestre, sus dulcísimas canciones semejante á los melancólicos acentos de una arpa eólica, no habrán conmovido al lector, haciéndole olvidar el libro en que satisfacía la necesidad de instruirse ó el deseo de derramar los placeres del entendimiento sobre la uniformidad de las horas de ocio y soledad; haciéndole preferir, por no sé qué mágico atractivo, el lenguaje incomprensible de una avecita á las interesantes narraciones y pinturas hechiceras del novelista y el poeta! Más á la vez, estas sencillas armonías de la naturaleza exaltando el alma, la predisponen para los goces intelectua-

les, aumenta la ilusión de los cuadros poéticos, la viveza de las patéticas escenas, y dan realidad á los idilios más encantadores, realzando de este modo los placeres de la meditación y la lectura.

Todo se anima y se hermosea al tibio aliento de la primavera que va de prado en monte desplegando las formas de la belleza, risueñas precursoras de la fecundidad y el deleite, que al paso que encantan nuestros ojos, electrizan nuestros pechos hinchéndolos de tierna expansión y de alborozo.

Al suave calor de las auras se enciende y aviva la llama de aquella afección que todo lo sensible abriga. Manifiéstanlo los peces que en tumulto se precipitan buscando las aguas tranquilas donde las algas preparan su venturoso tálamo; las aves que se afanan en la artificiosa construcción de sus nidos, entonando cada amante el alegre epitalamio de su unión dichosa; y las mismas flores cuya fragancia y brillantez revelan el secreto de su sexual consorcio.

Entonces, todo cuanto nos rodea irradia el atractivo de las gracias y el embelezo de la belleza. El monótono rumor de las aguas y el silbo de los bosques, son blandos arrullos que adormecen nuestro espíritu; en el meandro umbroso de las selvas hallamos indecibles armonías de formas y colores, que arrebatan nuestra vista; aun en las voces desacordes con que significan su gozo las vivientes, percibimos melodías inexplicables que regalan el oído é inflaman el corazón.

¿Será que ciertas manifestaciones de la naturaleza nos atraigan, menos por su conformidad con las leyes eternas de lo bello, que como una elo-

cuente enunciación del contento, de la dicha, de la felicidad; de esa aspiración vehemente del corazón humano? Á los oídos del campesino no hay música más grata que los balidos del rebaño cuyos vellones simbolizan su ventura y su tesoro; ó bien, el mugir de los bueyes que van á abrir los surcos para sus mieses.

Cuando el labrador contempla en la era realizadas las esperanzas del año, ¿qué cuadro de Rafael ó del Ticiano será á sus ojos tan bello como aquél montón de trigo? Y sin duda que por eso en la poesía pastoral de los tiempos bíblicos esas rústicas escenas ofrecían los símiles más propios para expresar los alicientes de la voluptuosidad, y ponderar los atractivos de la bella Sulamita.

Así también cuando en una hermosa mañana de primavera contemplamos el espléndido manto de lozano verdor, matizado de tanta variedad de flores que anuncian ópimos frutos, y las nacientes sementeras que al tenor de sus brotes hacen retoñar las esperanzas del sembrador; cuando presenciamos los amores y los goces de toda la creación; cuando todo anuncia días serenos, tranquilos y abundosos, entonces no se ven sino escenas placenteras en los ríos, en los lagos, en los bosques y en los prados; no se oyen sino himnos armoniosos, aunque confundan su rústico canto mil aves bulliciosas con las notas melodiosas del cardenal, la calandria y el jilguero, ó con los melífluos acentos del cantor innominado. Así los vocingleros *piriríes* suelen también contribuir á nuestra alegría, atronando el bosque con sus gritos descompasados, cuando los ardientes rayos del sol de mediodía han impuesto el silencio á las demás aves. Parados sobre la

copa de un árbol, dando todos la espalda al astro refulgente, entonan su invariable canto, que consiste en repetir una misma frase, empezando por tonos agudos que bajan gradualmente, á manera de solfeo, en tanto que toda la banda repite en coro la palabra de su nombre *pirirí;* de lo que resulta un concierto tan discordante como festivo, que parece más grotesco con las chuscas contorsiones de los cantores.

Los piriríes son algo mayores que el zorzal; su color es pardo, su plumaje muy ralo, su cola larga, y tienen un copete desairado. Vuelan poco; pueden considerarse como andadores ó humícolas, porque frecuentemente andan por el suelo buscando insectos y pequeños reptiles para alimentarse.

Son más familiares y mansos que las mismas aves de corral. Parece que gustasen de la compañía del hombre, sin otro objeto que el de serle útiles, extirpando las sabandijas y larvas que saben arrancar de la tierra con sus corvos picos. Sus pichones se crían fácilmente con carne cruda, sin necesidad de enjaularlos, y se encariñan tanto de su dueño, que lo siguen á todas partes, aunque ande á caballo.

Viven en sociedad, formando pequeñas colonias, agrupados por simpatía, y andan siempre juntos. Construyen entre todos una habitación común, crían sus hijos juntos, viviendo en la más completa comunidad de tareas y de goces de familia.

Su nido común es un gran globo, formado de ramitas entretejidas, con su interior muellemente tapizado de lana y plumazón. Allí ponen sus huevos todas las hembras del aduar, y hacen la incubación echándose varias de ellas á la par, y turnándose con

las restantes. Los huevos, del tamaño de los de la perdiz, son lindísimos, de un hermoso color celeste, jaspeados con vetas blancas de relieve, que al menor roce se desprenden.

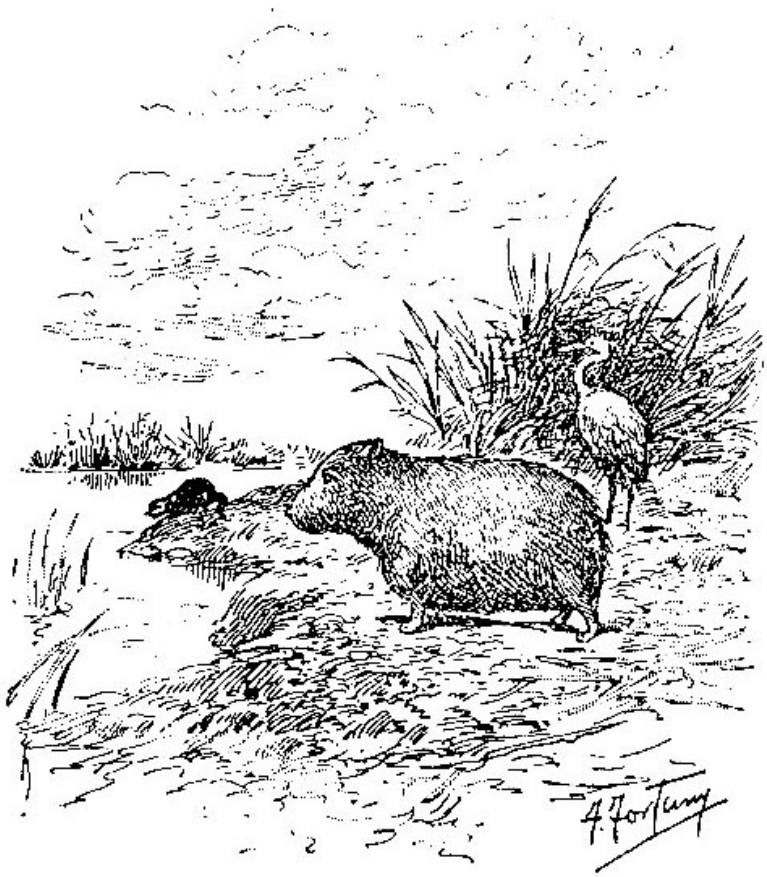
Estas cuitadas avecitas son muy friolentas, á causa de su escasa pluma y enjuto cuerpo. Para dormir abrigadas fuera del nido, se apiñan sobre una rama tan estrechamente, que una hilera de diez á doce, parece á la distancia que sólo se compone de cuatro ó cinco individuos. En el invierno buscan siempre la resolana, extendiendo sus alas para recibir mejor el calor del sol.

Su plumaje descolorido, su forma desairada, su canto disonante y su carne momia los garantizan contra la codicia humana; antes bien, su incomparable mansedumbre y su sobriedad exclusivamente insectivora, debieran merecerle inmunidad y protección en nuestras casas, á fin de que se propagasen para bien de la agricultura y para inocente pasatiempo de las familias.

Aquél que creó este pájaro inofensivo, privándolo de la habilidad del canto, de la gala, del plumaje, de la belleza de las formas y aun de la gracia y el donaire, pero dotándolo en cambio, de inclinaciones sociales y haciéndolo susceptible de afectos y de goces en cierto modo sentimentales, parece haber querido darnos un ejemplo de la superioridad de belleza moral sobre la belleza física. En efecto, el *pirirí,* con toda su fealdad y su desaire y su voz desentonada, se hace querer al instante por su bellísima índole, por su amistad desinteresada, por su gratitud á toda prueba, y por su amable sensibilidad: dotes que le conquistan el cariño y los cui-

dados de los niños, el amor y regalo de las damas, haste verse con frecuencia abrigado en su regazo y en su seno, mostrándose sensible como una persona á las caricias que se le prodigan. Si debiera estas atenciones á su hermosura, le durarían cuando más lo que ésta dura, ó sería olvidado luego que se presentase otra ave más bonita.

Así son las inclinaciones del corazón; las que tienen su cuna en los sentidos son tan inconstantes como la causa que las engendra. Sólo hay una belleza que tiene la prerogativa de fijar el amor que inspira; única, cuyo ideal es el mismo para todos los tiempos y países, y única que no fenece: es la belleza del alma.



CAPÍTULO XIII.

El carpincho, el quiyá, el apereá, el ciervo.

De los abundantes recursos con que nos brindan las islas del Paraná, para el sustento del hombre, prefieren los isleños dos cuadrúpedos semi-anfibios, de carne sabrosa y sana: el *carpincho ó capibara,* y el *quiyá,* impropiamente llamado *nutria;* ambos pertenecen al orden de los roedores. No es pues el *carpincho* un chancho como muchos se han creído: lo único en que se le asemeja es en la abundancia de su tocino y en el sabor de su carne, en lo grueso de su cuerpo y en lo cerdoso de su pelo que es pardo y tiene debajo otro más corto y fino. Nunca llega á ser tan grande como el cerdo, pues el mayor carpincho no tiene más de cinco palmos de largo: su cabeza es muy corta, parecida á la del conejo, con el hocico mucho más romo, las orejas muy pequeñas, redondas y sin pelo; la boca chica con dos dientes incisivos en cada mandíbula; largos y corvos; carece de colmillos y de cola; las piernas son cortas, y más las de adelante que tienen cuatro dedos provistos de uñas anchas y obtusas; las de atrás sólo tienen tres dedos. Difieren del puerco, tanto por su forma como por su índole y costumbre. El carpincho es el animal más corpulento entre los roedores.

Anda mucho en el agua, donde nada y zabulle, sacando con frecuencia la cabeza para respirar, no camina comunmente sino de noche, sin alejarse de la orilla del agua, porque, corriendo mal, á causa de su excesiva crasitud y de sus cortas piernas, no halla su salvación sino precipitándose en el río cuando se ve perseguido. Dos criados en mi casa, no comen sino vegetales, y no se sirven de sus pies para asegurar la comida.

Estos dos carpinchos, con otros más, fueron extraídos del vientre de una carpincha cazada en mi isla. Una de mis hijas los ha criado con leche de vaca, y le han cobrado tal afecto, que la siguen y acuden á su voz. Son de índole mansa y tranquila; ni aun en el estado salvaje acometen nunca á los hombres ni á los perros; no hacen amistad ni riñen con los demás animales. No dudo que la raza pueda fácilmente reducirse á la domesticidad; lo que sería una adquisición útil, por lo apetitoso de su carne y su mucho lardo; por su fecundidad, pues se asegura que dan hasta ocho hijos en cada parto; y por la baratura de su alimento, como que son animales herbívoros. Los que tenemos en casa se han aquerenciado tanto, que á pesar de vivir en entera libertad y en el campo, todos los días, después de satisfacer su necesidad de comer y bañarse, vuelven á reposar y tomar el sol en el patio, y cuando se les deja afuera de noche, bregan por entrar arañando las puertas. Gustan de que los alaguen; se dan con todo el mundo, y no se irritan aunque los maltratan.

Los *carpinchos* pueden clasificarse entre los paquidermos, por lo grueso y fuerte de su cuero; curtido, es de mucha duración, y se le emplea en

calzado y otros usos; pero los isleños poco se aprovechan de la piel, porque generalmente destinan el carpincho para su mesa, preparándolo de aquel modo peculiar á nuestro país, que da á las carnes una terneza, un olor y un sabor tan especiales: *el asado con cuero.*

El *quiyá* pertenece como el castor á la familia de las ratas nadadoras; es casi del tamaño de aquel mamífero célebre por su admirable abilidad en la construcción de represas, casas y almacenes; participa de sus formas, pero no de su industria. Sus pies de atrás son palmeados, es decir; que los dedos están unidos por una membrana, como en los patos y otras aves acuáticas; tiene dos dientes incisivos en cada mandíbula, semejante á los del carpincho; la cabeza ancha; las orejas pequeñas y redondeadas; el hocico obtuso; los pies constan de cinco dedos con los pulgares de los anteriores muy cortos; la cola es tiesa, cónica, larga, escamosa y casi sin pelo.

Este cuadrúpedo se distingue de todos los demás mamíferos por un carácter muy singular de su organización, y es, que la hembra tiene las tetas en las espaldas. Esta particular disposición de las mamas, parece indicar que la madre lleva constantemente sus hijos á cuestas. Pare cinco ó seis de cada gestación, y esta se repite varias veces en el año. La piel del *quiyá* es semejante á la del castor, aunque no tan bella, y la sustituye perfectamente en la fabricación de los sombreros; de ahí su alto precio. Consta de dos especies de pelo; el uno más corto, muy espeso, fino, felposo, impenetrable al agua y que cubre inmediatamente el pellejo; el otro más

largo, fuerte y lustroso, pero mucho menos espeso, cubre el primer vestido y le sirve como de sobretodo, defendiéndolo del lodo y del polvo. El pelo corto es el único que se emplea en las manufacturas; su color es aplomado. Parece que el quiyá está sujeto á la muda como otros cuadrúpedos; por lo cual deben tener más peso y valor las pieles que se sacan en el invierno.

Con el pelo de la *biscacha* (otro roedor del tamaño del quiyá, muy propagado en nuestros campos) hacían muy bellas estofas los Peruanos en tiempo de los emperadores Incas, según el abate Molina; y en Chile ha sido empleado en las fábricas de sombreros.

Los carapachayos y todos los del país, atribuyen virtudes medicinales á la grasa de nutria ó quiyá, de la cual se sirven como tópico en varias enfermedades. Es herbívoro, y si también come peces, como se cree, puede al menos vivir sin ellos, como está demostrado con las que se domestican. Sus hábitos son apacibles y se dociliza muy pronto; las familias de los isleños con frecuencia crían quiyáes; más no con el objeto de que se multipliquen, sino por entretenimiento y para regalarlos ó venderlos. En mi quinta existe uno que se trajo recién nacido y fué criado por uno de mis hijos, á quien conoce y ama tanto, que poco se separa de su lado, y duerme á sus pies, no obstante el gran trabajo que le cuesta al pobre animalito treparse por una escalera al cuarto del niño que está en alto. Es tan familiar como un perro, y sumamente manso; siendo chico jugueteaba y retozaba con los dos carpinchos que se criaban con él; sólo se alimenta de vegetales, y le

gustan mucho las papas y el pan; no come carne ni pescado, ni cosa alguna guisada; tanto para comer como para acicalarse, se sienta derecho y hace uso de sus manos como un mono; es muy pedigüeño con todas las personas indistintamente, encabritándose y tirándoles de la ropa para que le den algo, se baña y zabulle muchas veces al día en los charcos de la quinta, pero no por largo tiempo; y no se le ha notado inclinación á escarbar la tierra ni encovarse.

Parece, pues, que no sería difícil convertir al quiyá en animal enteramente doméstico como el conejo; y en este caso habría hecho la industria una adquisición preciosa, no tanto por el uso de sus carnes, cuanto porque, sometido al esquileo ó á la depilación, daría anualmente un pingüe beneficio, que ahora no se obtiene sino con la muerte del animal; y porque alimentándose con las yerbas del campo, ocasionaría muy pocos gastos.

También se ha multiplicado mucho en el delta el *apereá*, pequeño roedor, conocido con los nombres de *cuis* y *conejillo de Indias*. Tiene el cuerpo grueso, de color pardoratonesco, con el vientre blanquecino, las orejas muy chicas, y carece de cola. Los apereaes se domestican con facilidad y son naturalmente apacibles y mansos; pero no toman cariño á nadie. En estado de domesticidad se han obtenido blancos, amarillos, más ó menos leonados ó anaranjados, matizados de estos colores y de negro, en extremo diferentes de su tipo. Se multiplican con una rapidez asombrosa; la preñez solo dura tres semanas; paren cada dos meses, hasta once

hijos cada vez. Se alimentan de toda especie de yerbas, y son muy aficionados á la corteza tierna, de manera que hacen mucho daño en los plantíos de árboles. Puede decirse que el apereá es una verdadera plaga de las islas; pero es muy fácil ahuyentarlos y exterminarlos por medio de los perros. Son buenos para la mesa, su carne es tierna y gustosa, y se comen con la piel, pelándose fácilmente como quien despluma una ave.

También gusta de estas herbosas márgenes el *ciervo,* ese rumiante inocente y tranquilo, á par de bello y airoso, con su cabeza adornada más bien que armada de astas ramificadas como los árboles, y que como éstos reverdecen todos los años, destinado al parecer para hermosear y dar vida á la soledad de las selvas.

A pesar de la persecución tenaz que sufre de los hombres este tímido y apacible animal, no deja de visitar la morada de su letal enemigo durante las horas seguras de la noche, como si quisiese dejarnos estampados en sus huellas el reproche de rehusarle habitar bajo de nuestro amparo, los asilos pacíficos de estos jardines de la naturaleza. ¿Por qué hacerles esa guerra de exterminio? ¿Por qué no favorecer la multiplicación de la especie por el interés mismo de la industria humana?

La carne del cervato y de la cierva es manjar excelente; pero la de los machos tiene un gusto desagradable. Nadie ignora que de sus pieles adobadas se hace un cuero flexible y duradero; los cuernos además de servir para mangos de toda clase de instrumentos cortantes, dan por medio de procedi-

mientos químicos espíritus y álcalis de uso muy frecuente en la medicina. La famosa cola fuerte de la China es fabricada con los nervios de todo el cuerpo del animal.



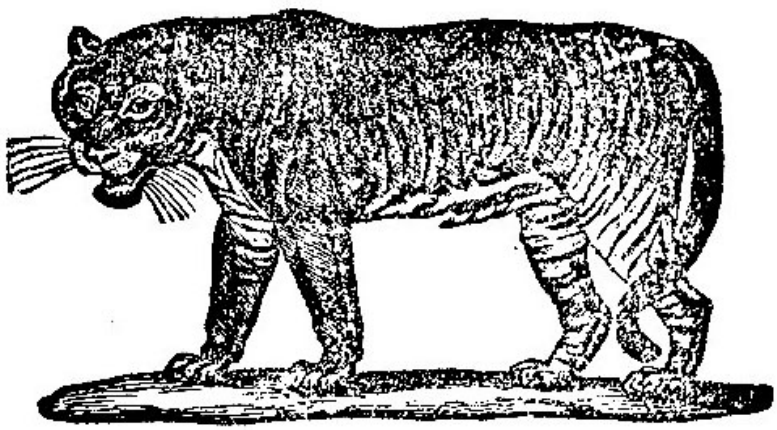
CAPÍTULO XIV.

El tigre ó yaguareté.

Generalmente se considera al tigre como un animal en extremo feróz, de una crueldad invencible, y devorado constantemente por una sed insaciable de sangre. En vano es que todos los observadores inteligentes se hallen contestes en asegurar que aun el verdadero tigre asiático no es más feroz que el león; que sólo acometen acosados por el hambre (circunstancia en que el mismo hombre va más adelante, pues se hace antropófago); en vano Buffón y Cuvier han comprobado que el jaguar, tigre americano ó yaguareté, es menos fiero que la pantera, la onza y el leopardo que rara vez se tiran sobre los hombres, y que para hacerlo huir, no es menester más que presentarle un tizón encendido. Á pesar de eso, se considera al tigre como el símbolo de la crueldad, y la palabra *tigre* se ha hecho sinónima de *cruel, inhumano, sanguinario*, aplicada á las personas: aunque con más verdad debía ser á la inversa, por que la crueldad y sevicia del hombre deja muy atrás la de las fieras. ¡Observación dolorosa á par de humillante para la especie humana!: la destructividad del tigre, de la pantera, de la hiena, del chacal, nunca se ejerce contra los indivi-

duos de su especie; más la del hombre se despliega á veces con caracteres espantosos, sobre sus semejantes, sobre su propia sangre, sobre sí mismo, pues es el único ser que tiene la funesta prerogativa del suicidio.

Créese generalmente que en el delta no sólo se encuentran todas aquellas especies inofensivas y provechosas para el hombre, sino que también son la guarida de feroces tigres. Esta es una creencia



errónea, producida y alimentada por el mismo isleño que se complace en abusar de la credulidad de los *puebleros*, refiriéndoles cuentos de tigres, cuyas fechorías nunca pasan de haber robado la carne de la ranchada ó arrebatado á un perro.

En efecto, hay tigres bastante astutos para atrapar un perro cerca del fogon ó de la chalana, apretándole el percuezo para que no grite y despierte á sus amos. Todos los habitantes de estas islas y costas están firmemente persuadidos de que estarán libres de las garras del yaguareté, siempre que tengan un perro á su lado.

Á ser cierto la ferocidad que se supone en los tigres, ó su abundancia en el delta, serían repetidos los casos funestos entre el considerable número de

personas que se hallan en él ó lo frecuentan, la mayor parte sin armas para su defensa, y sin más abrigo para pasar la noche, que una débil choza, durmiendo muchas veces al raso. Tampoco hay temor de encontrar tigres en las islas anegadizas.

Tan seguros están los carapachayos de que no hay peligro alguno de fieras de ninguna especie en la parte inferior del delta, que sus mujeres andan con frecuencia solas y con sus niños, en pequeñas canoas, internándose por los arroyos, y penetrando á pie por los bosques más espesos, en busca de duraznos ó naranjas. Este hecho, que yo he presenciado muchas veces, es la prueba más concluyente contra la existencia de los tigres en esta parte del delta. Digo expresamente *en esta parte*, porque es indudable que en la parte superior y demás islas, río arriba, y aun en toda la costa firme, los hay, aunque en corto número. La causa por que no se encuentran en las islas inferiores, es la misma que se opone á la propagación de otras especies de cuadrúpedos que no sean anfibios; es la frecuencia de las inundaciones que en pocos días los ahuyentarían, y ahogarían á sus cachorros.

Esto no impedirá que de tarde en tarde cruce por el bajo delta algun tigre de los que se alejan de sus guaridas, huyendo de los cazadores, ó bien encarnizado él mismo en perseguir su caza. Menos rara que en las islas es en las poblaciones de la costa la presencia de algunos tigres desgaritados. Las ciudades de Santa Fé, Montevideo y Buenos Aires han tenido algunas veces esos huéspedes; pero ellos no vienen de las islas, sino de los montes y pajonales de tierra firme, donde no hay inundaciones que los molesten

y donde tienen ganados para su alimento. Con el aumento de la población se van haciendo más raras estas visitas, y como hemos dicho antes, los yaguaretés ó tigres del bajo Paraná, lejos de atacar al hombre, evitan cuanto pueden su encuentro. Así que, no es raro encontrar isleños que han envejecido en los montes sin haber visto jamás un tigre, aunque muchas veces hayan visto sus recientes huellas.

La facilidad con que se amansan y familiarizan estos cuadrúpedos, es otra prueba de que no son tan feroces como se cree. Si no fuese por el recelo que inspira la presencia de un animal tan fuerte y tan temido, no sería necesario tener en jaula ni aun atados los tigres bien domesticados.

He conocido uno comprado por mi padre en Santa Fé, tan manso y tan dócil, que cualquiera lo manejaba con un cordelito, y nunca se le tuvo enjaulado ni se le cortaron las uñas ni los dientes. Era adulto y de gran tamaño; se dejaba manosear por todos los de la casa; una negra que lo cuidada, solía retozar y revolcarse abrazada con el tigre, como pudieran hacerlo dos perrillos juguetones. Habiéndose trasladado mis padres á Buenos Aires, el yaguareté, como miembro de la familia, fué también de los del equipaje. Cuando desembarcamos, el tigrazo iba en un carro junto con la negra, mirando con indiferencia la muchedumbre de curiosos que lo seguían por las calles de esta ciudad. Yo que marchaba al lado del convoy, iba diciendo para mí: Ahora se convencerán todos éstos, de que *no es tan bravo el tigre como lo pintan.*

Otro caso notable de domesticidad, entre otros

muchos que podría referir, es el de un tigre que había en Coronda (villa de Santa Fé), tan sumamente manso, que solían dejarlo suelto por el ejido, y consentía que los muchachos del pueblo cabalgasen sobre él. Este extremo de mansedumbre es muy frecuente en nuestros leones ó coguares; en el colegio de Monserrat en Córdoba teníamos uno en libertad, más manso que una oveja.

Después de estos hechos, no me sorprendí al leer en Cuvier, que en París, en la casa de fieras, había un tigre americano tan manso, que se allegaba á recibir los halagos de las personas que lo iban á ver; y también encontré muy creíble el caso curiosísimo referido por Humboldt, que copiaré aquí porque corrobora mi opinión sobre la índole de los animales de nuestro delta.

« Algunos meses antes de nuestra llegada, un tigre que creían joven, había herido á un niño que *jugaba con él;* me sirvo con seguridad de una expresión que debe parecer extraña, habiendo podido verificar en los mismos lugares unos hechos que no son sin interés para la historia de las costumbres de los animales. Un niño y una niña de ocho á nueve años, ambos indios, estaban un día sentados en la yerba cerca de la villa de Atures, en medio de una sabana que nosotros hemos atravesado muchas veces. Sobre las dos de la tarde, un tigre sale del bosque, se aproxima á los niños dando saltos al rededor de ellos y ocultándose, unas veces entre las altas gramíneas, y saliendo otras con la cabeza baja y el cuerpo arqueado á la manera de nuestros gatos. El muchacho ignoraba el peligro en que se hallaba, pero pareció conocerlo en el momento en que el tigre

le dió algunas manotadas sobre la cabeza, que, aunque leves en el principio, fueron sucesivamente más fuertes. Las uñas del tigre hieren al muchacho, y la sangre corre de las heridas; la niña entonces toma una rama de un árbol y castiga al animal que huye inmediatamente. Á los gritos de los niños acuden los indios y ven al tigre retirarse dando brincos, sin dar muestras de ponerse en defensa. Nos trajeron el niño herido, que parecía inteligente y despejado. La garra del tigre le había arrancado la piel por bajo de la frente, y hecho otra herida encima de la cabeza.»

El mismo escritor ha observado que en ciertos parajes es mayor la voracidad y la actividad de la ponzoña de los insectos, así como la ferocidad en las clases de los más grandes animales. Pone, por ejemplo, el *yacaré*, ó caimán, que persigue á los hombres en la Angostura; mientras que en la Nueva Barcelona y en el río Neveri (y yo añado en el río Paraná) se baña el pueblo tranquilamente en medio de estas reptiles. Los tigres de Cumaná, del istmo de Panamá y del Paraná, son cobardes en comparación de los del alto Orinoco y el Paraguay. Los Indios saben muy bien que los monos de tal ó cual valle se domestican fácilmente, mientras que otros individuos de la misma especie, tomados en otros parajes, son indomesticables.

Sería inútil hacer la descripción del hermosísimo pelaje del yaguareté, igual al de la pantera. No hay quien no haya visto su piel (el cuero de tigre), con razón tan estimada como objeto de lujo, y que por su escasez no vale menos de una onza de oro en el mismo país que las produce.

El aliciente del lucro, y más, si no me engaño, el

temple verdaderamente varonil del gaucho, acostumbrado á domar los brutos más soberbios, por medio de la fuerza, de la destreza y del arrojo; ese carácter, decía, hace que muchos adopten como una profesión el matar tigres, en lo que muestran la pasión y el ardor de los que aman la caza por sus placeres. El inseparable caballo para buscar y perseguir al yaguareté, algunos perros para descubrirlo y provocarlo, un chuzo corto y una daga para matarlo, es todo el equipo y armamente del que va á luchar con el animal más vigoroso y feroz del Nuevo Mundo. Por muy dichoso se tendría nuestro intrépido cazador, y muy pronto cubriría su corcel de chapeados y jaeces de plata, si encontrase un tigre siquiera cada día, pues que su valor y su pericia le dan la seguridad de darles caza y acogotarlos á mansalva; pero está ya muy rara la especie en el bajo Paraná, y no hacen frente al hombre sino cuando se ven hostigados por los perros. Entonces el impertérrito cazador, echa pié á tierra, se adelanta hacia la fiera, espera que se abalance, y si no arremete contra ella hiriéndola con su chuzo, y si éste llega á fallar, hace uso de la daga, dándole golpes certeros y mortales para no desgarrar la valiosa piel. Más de una vez, buscando las emociones del sublime espectáculo de esta lucha, he cometido la imprudencia de acompañar al cazador de tigres; pero mi adversa ó favorable suerte rehusó cumplir mi intento temerario, pues no dimos con ninguno, á pesar de haber hecho largas excursiones á caballo, durante días enteros y con buenos perros de pista, por la dilatada isla de Santa Fe, entonces inhabitada y montuosa.

CAPÍTULO XV.

El ocelote y el micuré.

Fuera del yaguareté, que, como se ha visto, no es más que una visita rara en el delta, creo que no hay en él más cuadrúpedos carniceros, que el *ocelote* y la *sariga* ó *micuré*, impropiamente llamado *gato montés*, y *comadreja*. El primero, se encuentra en todo el continente, es animal nocturno que hace la guerra á los pequeños mamíferos y á las aves. La segunda, nocturna también, es del cuerpo de un gato, y de color rojo acanelado, con el vientre de un blanco amarillento. Tímida é inofensiva, se domestica con facilidad; tiene la astucia de la zorra, al grado de sufrir las más crueles heridas sin chistar, fingiéndose la muerta, hasta que echando de ver que sus perseguidores se han alejado, se arrastra como puede hasta su cueva. Es el corsario de los nidos, buscándolos de noche sobre los árboles, sabe sorberse los huevos de gallina, haciéndoles al efecto un pequeño agujero; se regala con los pollos y chupa la sangre á las cluecas, cuando puede atraparlas al descuído; también hace daño en las huertas, porque come de todo, siendo notablemente aficionada á las uvas.

Para comer hace uso de sus manos que son bas-

tante parecidas á las del mono, y también se sienta y hace sus monerías como éste. Tiene una cola muy larga, prehensil, que le sirve para asegurarse en las ramas de los árboles y para sostener y llevar á los hijos, ya grandezuelos, sobre su espalda, enroscando ellos sus colitas en la de la madre.

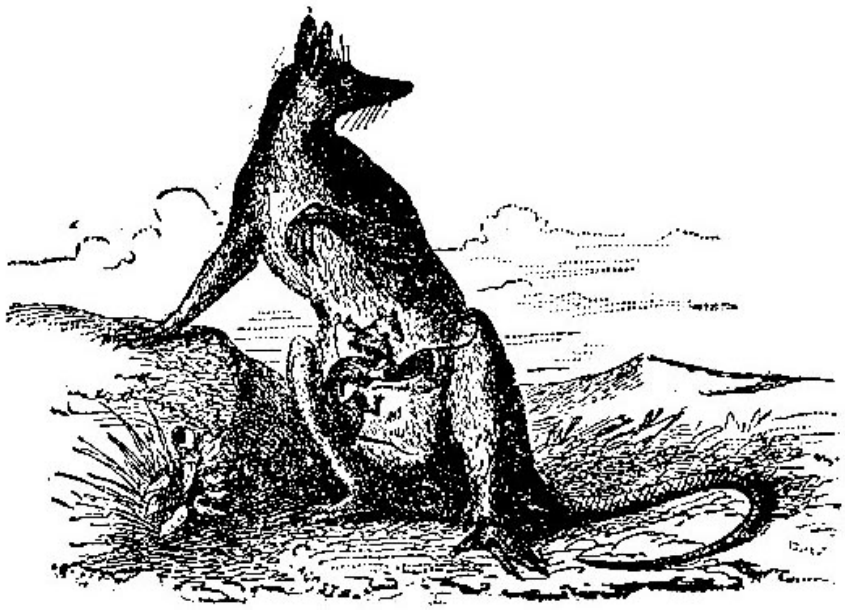
Una particularidad sorprendente distingue este animal de todos los demás de la creación: tiene un segundo seno externo donde acaban de desarrollarse los fetos después de salir prematuramente del seno interno. Los naturalistas han visto en este fenómeno una doble gestación, y en su consecuencia han clasificado estos mamíferos con la voz *dideltos* (dos úteros), llamándole también *marsupiales* ó animales con bolsa.

Ese segundo seno de la hembra es un ancho bolsillo que tiene en el bajo vientre, formado de su mismo pellejo, que cubre las mamas, cuyos pezones son de una forma singular: muy delgados, filiformes, puntiagudos y excesivamente largos, como de dos pulgadas. Á los pocos días de preñez la sariga pare, ó más propiamente aborta, y hace pasar los hijos á su bolsa ó bolsillo.

Para efectuar esto, la madre, llegado el trance del parto, se encorva hacia adelante á fin de que uno de sus largos pezones penetre en el conducto sexual; allí apoderándose de él el pequeñuelo, nace prendido y pasa á la bolsa; y así sucesivamente los seis ú ocho de cada gestación se van trasladando al nuevo seno ó bolsillo, donde permanecen asidos de las mamilas sin soltarlas durante muchos días. Después, empiezan á salir, á comer ó á solazarse, volviendo cuando quieren al abrigo de la bolsa.

Este pezón tragado por la sarigüela, siendo de mayor longitud que ésta, es probable que atraviese su estómago y penetre en los intestinos para trasmitirle directamente el jugo alimenticio sin previa elaboración estomática; trasmisión que no se efectuará por medio de la succión, sino por un procedimiento análogo al del cordón umbilical para la nutrición del feto humano.

Aunque la *sariga* se domestica fácilmente, es



repugnante por su fea figura, con su hocico agudo, su boca hendida hasta cerca de los ojos, su cola de víbora y su cuerpo que parece siempre sucio, con el pelo áspero, sin lustre; y más todavía por el tufo que despide. Su nombre guaraní, *micuré*, significa *hediondo*. Pero todo eso se podría soportar, con tal de poder estudiar observando de cerca ese raro modo de amamantar los hijos, de llevarlos consigo, y se puede decir, de educarlos; lo que es un ejem-

plo singular en la naturaleza, así como es singular y diferente de todos los animales cuadrúpedos la conformación de los órganos de la generación, que son duplicados, tanto en la hembra como en el macho.

Vemos que las madres de todas las especies, cuyos hijos no pueden andar en su primera edad, los abandonan y dejan solos todo el tiempo que ellas diariamente ocupan en buscar el alimento; más la amorosa *sariga* no solamente los lleva en la falda, mientras son ternezuelos, sino que, aun mucho después de su destete, anda por todas partes con su pesada carga. Ellos constantemente en el regazo ó inmediatos á la madre, al paso que participan de las presas que ésta hace, aprenden de ella á buscar la vida, á conocer á sus enemigos y evitar los peligros.

Es un curioso y tierno espectáculo el que nos ofrece la *sariga* en los solícitos cuidados que prodiga á su familia. Vésela siempre alerta, en tanto que las *sarigüelas* se entregan confiadamente al retozo propio de su tierna edad, aunque muy obedientes y listas para correr á meterse en la bolsa al primer aviso de la madre. Al verla triscar con sus hijitos, acariciarlos con mil monadas, llamarlos cuando se alejan y vigilarlos con afán, no parece sino que obrara á impulsos del más entrañable amor maternal. Esta buena madre lleva su ternura hasta la abnegación, exponiendo su vida, y aun dejándose sacrificar cuando vé á sus hijos en peligro, esperando impávida que todos se refugien en su seno, antes de emprender la fuga.

Jamás el genio de la poesía, que ha querido algu-

nas veces relevar la inteligencia de los animales, realzar su sensibilidad y ennoblecer sus afecciones aproximándolas á las del hombre, jamás habrá podido ser tan fácilmente seducido, cual lo sería al presenciar los cuidados de la *sariga* madre, y todas las circunstancias que acompañan á la crianza de sus hijos. Por fecunda que fuese la imaginación del poeta, imposible le sería hermosear la pintura de este sentimiento maternal con más encantos que los que la naturaleza nos presenta en este cuadro.

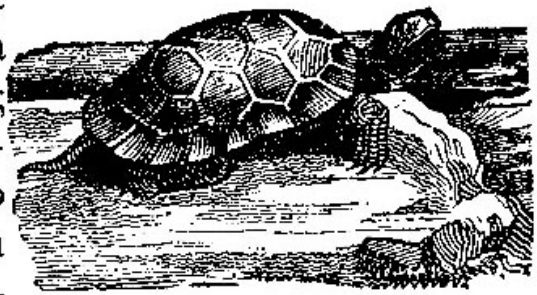
CAPÍTULO VII.

Peces, tortugas.

Al oir hablar de tigres y panteras, la imaginación se transporta al centro de las fragosas selvas; ve las fieras que las pueblan, las víctimas que huyen despavoridas, ó que lanzan con su sangre los últimos gemidos; oye los vientos que silban por entre el tupido ramaje, los troncos que rechinan en su roce, los rugidos lejanos de la pantera; y en medio de esa soledad, de esos riesgos y horrores, admira la noble y austera figura del rey de la creación, sobre el potro que ha sometido, acompañado de los leales mastines que van á compartir con él los peligros de la lucha con el más fuerte y altivo de los tiranos del bosque; todo lo que infunde pavor y tristeza se apodera vivamente del alma, la conturba, la acongoja.

Mas al nombrar los habitantes de las aguas dulces, los peces de nuestros ríos, sólo escenas apacibles y risueñas se ofrecen á nuestra reminiscencia; ríos sosegados que se deslizan mansamente por entre márgenes románticas; lagos encantadores colocados en valles pintorescos, embellecidos y animados por pajizas chozas que abrigan corazones buenos y sencillos. Un día templado y sereno nos convida á disfrutar los tranquilos placeres de la

pesca; vemos preparativos de redes, nasas, espineles y flexibles cañas armadas de un débil anzuelo, instrumentos todos que pueden ser manejados sin fatiga ni peligro por las manos delicadas de la mujer y del niño; reuniones placenteras como para una fiesta, un descanso después del trabajo, un objeto de grato pasatiempo; todo lo que en el seno de la hermosura de los campos y en el alborozo que inspiran, recrea el espíritu y dulcifica las penas del corazon... Y á los que hemos nacido en la márgen de esos ríos; á los que hemos frecuentado el laberinto de los canales de su delta; á los que hemos experimentado desde la infancia el irresistible atractivo de una patria favorecida por la naturaleza, ¡qué agradables y puros recuerdos traen á la memoria! Nos recuerdan los juegos de la niñez; los goces de la pesca en el arroyo inmediato al hogar paterno; la pacífica laboriosidad de la familia del pescador, cuya dulce quietud hemos envidiado en los días del infortunio... y todavía los ríos de la patria nos prometen para la vejez, quieta é inocente distracción, útiles solaces.



Hay variedad y abundancia de peces en todos los canales y arroyos del delta, como para satisfacer todos los gustos; tan distintos en formas, tamaño y color, como en sabores, con la particularidad de ser todos un alimento sano en todo tiempo y sin excepción. Sábese que en otros países hay pescados venenosos, por ejemplo en la Habana, donde se conoce con el nombre de siguatera el envenenamiento pro-

ducido no sólo por las especies conocidas como dañosas, sino por otros que, por causas ignoradas, suelen contraer el siguato ó calidad ponzoñosa.

Entre el *manguruyú*, de más de cien libras de peso, el *zurubí*, de más de treinta, y la *mojarra* como una sardina, hay para formar un extenso catálogo; mas como no nos hemos propuesto sino dar una muestra de las riquezas del Tempe Argentino, sólo mencionaremos por su hermosura el *dorado*, que llega á veinte libras, todo recamado de oro y plata, tan brillante dentro como fuera del agua, mucho mayor en tamaño y más ricamente vestido que la *dorada*, pez doméstico de la Gran-China, trasportado con tanta solicitud en casi toda la Europa; los *pejerreyes*, enormes (comparados con los del Mediterráneo), de color plateado y cuerpo transparente, y de una carne que jamás hastía; finalmente, por su exquisito gusto, el *pacú*, también de veinte libras; todos escamosos y de agua dulce. Más de una vez éste y otros varios, salpresados por mí, han podido competir con el mejor bacalao; según el paladar de buenos gastrónomos.

Entre los pescados sin escama merece particular mención el *armado*, por su carne sabrosa, alimenticia, sana, sin espinas, y de una consistencia y blancura que la asemeja á la carne de algunas aves. Es animal omnívoro y voraz que se pesca con la mayor facilidad, poniendo en el anzuelo aunque sea un pedazo de naranja agria ó una flor de seibo. Llega á tener hasta una arroba de peso. En las islas me he regalado con él repetidas veces guisado con un poco de grasa de vaca y mucha agua, sin más condimento que la sal. Todas las personas que han

tomado este plato, lo han hallado apetitoso. De su caldo gelatinoso se hace una suculenta sopa que tal vez llegaría á competir con la famosa de tortuga, si el arte culinario acertase á prepararla con las especias convenientes.

La vitalidad del *armado* es tan poderosa, que fuera del agua está un día entero sin morirse; y aun después de destripado, desollado, dividido en postas y salado, continúa su carne palpitante dando señales de vida. Algún día la industria sabrá sacar partido de la prodigiosa fuerza vital de los *armados*, para transportarlos á grandes distancias, y conservarlos vivos en los mercados, como se practica en Europa con la *carpa* y en las islas Filipinas con un pescado de laguna llamado *dalag*, que, rociándolo con agua diariamente, se mantiene muchos días vivo fuera de su elemento.

Al observar que el *armado* abunda en las lagunas que suelen secarse en el verano, y que cuando vuelven á tomar agua sin tener comunicación con los ríos, vuelve también á aparecer el armado, me inclino á creer que este pez viaje por tierra como la anguila y otros peces que hacen esas emigraciones; á no ser que pueda esperar dentro del fango, en estado de inedia, la vuelta de las aguas, como también sucede con otros peces y reptiles.

En los pueblos decaídos de la prístina civilización de la familia humana, la pesca y la caza fueron y son aun las primeras industrias que les proporcionan el sustento y una ocupación agradable. Pero hay la diferencia entre la caza y la pesca, de que esta última conviene á los pueblos más civilizados, y que, lejos de oponerse á los progresos de la agri-

cultura, del comercio y de las artes, multiplica sus felices resultados.

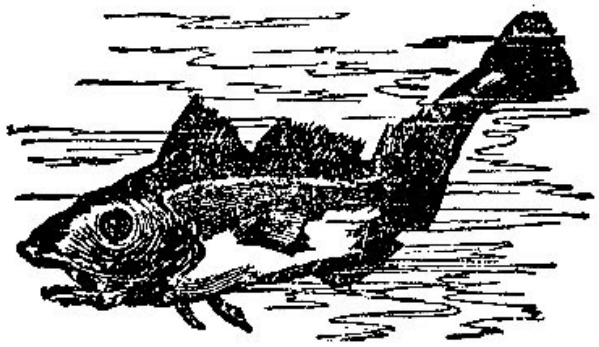
La labranza como la pesca son los veneros más productivos de riqueza y de vigor para las naciones, y así como deben cultivarse las plantas útiles exóticas, para obtener mayores beneficios del suelo, así también deben importarse, para que se propaguen en las aguas, las especies más estimadas de pescados que se encuentran en otros países.

Los últimos progresos de la piscicultura hacen sumamente fácil, por medio de la fecundación artificial de los huevecillos, la traslación y aclimatación de las especies de los climas más remotos. Entre tantas que pudieran centuplicar la riqueza de nuestros ríos, sólo citaré la *carpa*, por la circunstancia de ser un pez que, alimentándose de insectos y restos de animales y vegetales, sería muy útil para la limpieza de los cauces y arroyos del delta, que han de necesitar una prolija policía cuando se aumente su población. Es además un pescado de tanta estimación por su sabrosa carne, que desde el medio de la Europa ha sido introducido y multiplicado en Inglaterra, Dinamarca, Holanda y Alemania. Su fecundidad es prodigiosa, pues en una *carpa* mediana, según el cálculo de M. Petit, se han encontrado 342,000 huevos. Vive siglos, adquiere grandes dimensiones, y un peso que llega á cuarenta libras. La carpa es un buen alimento, de fácil digestión; su lechada (*laitance*) es un bocado delicado y sustancioso. El *paladar*, conocido en el comercio con el nombre de *lengua de carpa*, es muy apetecido y bien pagado.

Con los huevos de carpa se hace una salazón

conocida con el nombre de *caviar*, muy buscada como manjar exquisito y suculento. La vejiga de la hiel de estos peces proporciona una tinta verde de que se hace uso en la pintura; de sus escamas se hace una cola piscis de superior calidad; y se atribuyen virtudes extraordinarias para la curación de algunas enfermedades á una pequeña eminencia del fondo de su paladar, denominada *piedra de carpa*.

Este pescado puede vivir muchos días en la atmósfera. Por consecuencia de esta extraña facultad,



se puede llevar vivo á lejanos mercados, también lo ceban teniéndolo colgado fuera del agua, envuelto en musgo, rociado con frecuencia, y haciéndole tragar pan con leche. Bien que en general los peces estén dotados de una fuerza vital muy enérgica, porque en ellos la vitalidad de los diversos órganos no depende tanto de uno ó muchos centros comunes como en los de sangre caliente y organización semejante á la de los mamíferos, las carpas gozan en grado supremo esa facultad de resistir á las contusiones y heridas, y por eso pueden sufrir la castración sin más resulta que engordar más que antes; para lo cual, sean machos ó hembras, les abren el

vientre, les quitan los órganos sexuales y les cosen en seguida los bordes de la herida, de que muy pronto sanan.

La carpa no puede ser más aparente para nuestros ríos, pues es de clima templado, de agua dulce, y se cría en los estanques, en las lagunas y en los ríos de poca corriente. Es utilísima para limpieza de las aguas, pues se nutre con insectos y sustancias animales y vegetales. Críase también en las lagunas y en las ciénagas.

Este pez de que se sacan tantos provechos, y que ofrece un abundoso é inagotable lucro por su portentosa multiplicación, al paso que por sus hábitos y raras propiedades, inspira el mayor interés al físico y al filósofo, merece también la atención del economista que se preocupa del bien de los pueblos. ¡Dichoso el hombre de Estado y el escritor influyente, que con sólo emitir una idea útil, pueden abrir nuevas fuentes de riqueza y prosperidad á las naciones!

« ¿Y podrá dudarse hoy (dice Lacepede) de la prodigiosa influencia que una inmensa multiplicación de peces tiene en la población de las naciones? Fácilmente debe verse como sostiene esta maravillosa multiplicación, en el territorio de la China, á la innumerable cantidad de habitantes que hay allí, por decirlo así, amontonados. Y si de los tiempos presentes nos remontamos á los antiguos, se puede resolver un gran problema histórico; se explica como mantenía el antiguo Egipto la gran población sin la cual los admirables é inmensos monumentos que han resistido á la acción devastadora de tantos siglos y aún subsisten en aquella tierra célebre, no hubie-

ran podido levantarse, y sin la cual Sesostris no habría conquistado ni las márgenes del Éufrates, del Tigris, del Indo y del Ganges, ni las riberas del Ponto-Euxino, ni los montes de la Tracia. Conocemos la poca extensión del Egipto. Cuando se levantaron sus pirámides, cuando sometieron sus ejércitos una parte del Asia, estaba casi tan limitado como ahora por los estériles desiertos que lo circunscriben por oriente y occidente; y sin embargo sabemos, por Diodoro, que mil y sietecientos egipcios nacieron en el mismo día que Sesostris! Deben pues suponerse, en el Egipto, en tiempo de aquel famoso conquistador, á lo menos treinta y cuatro millones de habitantes. Pero ¿qué gran número de peces no contendría entonces el río, los canales y los lagos de una región en donde el arte de multiplicar estos animales era uno de los principales objetos de la solicitud del gobierno y de los cuidados de cada familia? Fácil es calcular que solamente el lago Meris[1] podía mantener más de un billón y ochocientos mil millones de peces, de más de diez y ocho pulgadas de largo. »

También hay en nuestras islas varias especies de tortugas que ponen en gran cantidad sus exquisitos huevos, que tienen cáscara fuerte, y los hay esféricos y elipsoides. Suelen huevar cerca de las casas,

1. «Meris» era un gran lago artificial que comunicaba con el Nilo por un canal, y tenía 70 leguas de circunferencia; extensión que próximamente tendrá la parte dulce del estuario del río de la Plata. Cuando el Nilo, creciendo excesivamente, hacía temer algunos estragos, se abrían exclusas que llevaban al lago las aguas sobrantes: y cuando, por el contrario, la inundación no era suficiente, se sacaba del lago, por medio de sangrías, la cantidad de agua necesaria para regar las tierras.

como no ha mucho lo hizo una, á diez pasos de mi habitación y á la luz del día, en San Fernando. Por manera que, aun en este reptil, cuya estupidez es proverbial, se verifica lo que he observado en la generalidad de los cuadrúpedos y las aves del bajo Paraná y río de la Plata, y es, que aquí son de índole más suave, más familiares y más susceptibles de la domesticidad que en otras comarcas. En nuestras ciudades sería muy útil este galápago para librar de sabandijas los jardines, como sirve ya para la limpieza de los aljibes y pozos de balde.

La tortuga es muy fecunda; hay especies en que cada hembra pone anualmente cuatrocientos huevos. Excava un hoyo somero, en paraje limpio donde no alcancen las crecientes; en pocos minutos hace allí su postura hasta sesenta huevos; en seguida los tapa con barro que hace con su orina, y los abandona para que se empollen con el calor del sol. Las tortuguillas, desde que salen del cascarón, se dirigen por instinto al arroyo ó depósito de agua más inmediato, y cada una tira por su lado á buscar la vida.

He aquí un ser completamente desvalido. Abandonado por sus mismos padres desde antes de nacer, inerme y estólido, parece destinado á perecer prematuramente. Pero no, la Providencia suple por todo para con él; desde su misteriosa incubación, confiada á la acción solar, lo provee ya de una casa ambulante, que le sirve también de fuerte coraza para su defensa; lo hizo apto para vivir en la tierra y en el agua; le acordó larga vida y lo dotó además de una vitalidad extraordinaria; lo ha eximido de la necesidad premiosa del alimento, pues no hay animal más sóbrio y que pueda pasar años enteros

sin comer, como se asegura de la tortuga; y finalmente, si no participa de los placeres de la maternidad, tiene en compensación los de otro goce más vivo, aunque sensual, de una duración sin ejemplo entre los demás seres que se unen por el instinto de la propagación. Así, este huérfano prohijado por la naturaleza, se encuentra en condiciones de existencia más favorable que los otros que ha confiado á la solicitud de una madre, y dándoles armas y sagacidad. No es extraño pues, que sea la tortuga uno de los animales más numerosos en todos los climas que le convienen; ni debe sorprendernos el cálculo que hace Humboldt del resultado de la cosecha de huevos y preparación del aceite que sacan de ellos los Indios del Orinoco, en un corto espacio de terreno y durante tres semanas.

Para obtener en nuestros ríos dentro de pocos años una cosecha tan rica, bastaría transportar una pequeña cantidad de huevos de la fecunda especie del Orinoco, puesto que para la cría de los galápagos como para la de los peces, no se necesita el concurso de las madres después de la huevación.

Conocidos son los usos medicinales de la tortuga, cuán apetitosos son los huevos y la carne de algunas especies, notablemente de la *tortuga franca* de mar, que suministra un alimento agradable y saludable á los navegantes. En Jamaica se conserva este quelonio en parques para ser vendido en los mercados, siendo la especie que se remite á Londres, en donde es un manjar gustado y de lujo. El caldo de tortuga tiene la fama de ser un poderoso restaurativo de las fuerzas enervadas por los excesos de la sensualidad.

Con todo, es preferida por los gastrónomos como

un excelente manjar la tortuga de agua dulce, llamada *trionice feroz,* de algunos ríos y lagunas de la América, análoga á la *trionice de Egipto* que se encuentra en el Nilo y presta grandes servicios en aquella región, devorando los pequeños cocodrilos al salir del huevo. La especie americana tiene la concha flexible, y la cabeza prolongada con el hocico parecido al del cerdo. Su propagación en nuestras aguas dulces, al paso de aumentar los beneficios de la pesca, nos presentaría un nuevo suculento plato con que variar los placeres de la mesa.



CAPÍTULO XVII.

El Camuatí.

La colmena es un jardín de virtudes.
Plutarco.

Es un destello de la divinidad.
Virgilio.

Su historia es una serie de prodigios.
La Treille.

Entre el cúmulo inmenso de las riquezas naturales que cubren profusamente la faz de nuestro suelo hermoso, entre los innumerables, nuevos y bellos objetos que ofrece á nuestra contemplación en los tres grandes órdenes de la creación terrestre, hay uno en nuestras islas, prodigioso, pero ofuscado por la misma sobreabundancia que lo rodea, como la centelleante luciérnaga se pierde entre las estrellas que brillan al través de nuestro diáfano cielo, ó como el incomparable picaflor desaparece por su pequeñez en medio de la multitud de lindas y variadas aves que abrigan nuestros bosques. Ese objeto tan peregrino como ignorado, cuyo nombre es apenas conocido, es el CAMUATÍ.

He preferido el estudio del camuatí, por lo mismo que yace oculto é ignorado, como se encuentra la

virtud entre el tumulto de la sociedad humana; el camuatí, que bajo un exterior sencillo, tosco, sin brillo, emblema de la modestia que suele acompañar al mérito, encubre cosas admirables, incomprensibles.

El camuatí es una república de avispas, incógnita todavía en el mundo científico; es una maravilla de las obras de Dios; es una lección elocuente para los hombres.

No es mi intento describir ni menos analizar esta obra divina; sólo sí, llamar la atención de los sabios capaces de comprenderla. Y he recogido algunas palabras simbólicas de salud y de vida, que han reflejado hacia mí, al contemplar este espejo de una sabiduría y poder sobrenatural; y me apresuro á comunicárselas á mis hermanos, porque es un deber tan grato el hacer bien á sus semejantes, y mayor y más dulce todavía ser útil á nuestros compatriotas.



Desde los más remotos siglos la historia natural de las abejas ha ocupado la atención de los sabios. Hubo algunos que emplearon todos los años de su vida en ese estudio; se cuentan por millares los libros y tratados que se han escrito sobre estos insectos industriosos, y entre sus autores se notan muchos naturalistas afamados. Pues bien; las avispas del camuatí americano son mucho más admirables que las abejas de la colmena europea.

Desde los primeros pasos de uno y otro enjambre se manifiesta la superioridad industrial de aquél sobre ésta.

Las abejas no pueden emprender su trabajo si no encuentran una oquedad en los leños ó en las rocas, ó una colmena preparada por el hombre; pero el camuatí[1] no necesita de abrigo alguno, ni de auxilio ajeno; más ingenioso y audaz, confiado en su habilidad é industria, una ligera rama le basta como punto de arranque para desplegar la idea sublime de aquel palacio pensil que encierra tantas maravillas.

Los habitantes de la colmena, reducidos á un limitado recinto, como los hijos de la Europa, tienen que abandonar su patria y errar buscando un nuevo asilo por el mundo. No así los habitantes del camuatí, que continúan por muchos años ampliando los términos de su ciudad aérea; y cuando juzgan conveniente dividirse en nuevos Estados consultando sus recíprocos intereses, se separan en paz, como Abraham y Lot, y van á fundar otras colonias felices en los dilatados bosques que los rodean.

Las abejas tienen que emplear el néctar de las flores para hacer sus construcciones, porque de la miel se forma la cera en sus estómagos, secretándose por los anillos inferiores del abdómen, sin intervención de su industria. Más ecónomos é industriosos, los camuatíes no sacrifican, como aquéllas, una parte de su tesoro melifluo para construir su morada y sus panales; preparan ellos mismos una pasta idéntica á la del papel, hecha de la albura de los árboles secos, cuyas fibras arrancan, trituran y humectan con sus mandíbulas, dándole más ó menos

1. Llámase indistintamente «camuatí» la avispa y el edificio que ella construye.

consistencia, según lo requiere la arquitectura del edificio. Con esta arte singular hallan en todo tiempo materiales abundantes, cuando la abeja tiene que esperar la estación de las flores para emprender sus trabajos.

Reducido el alimento de la abeja á las frutas, las flores y la miel de su despensa, suele agotársele ésta y padecer de necesidad en los inviernos prolongados. Pero el camuatí, que puede y sabe economizar sus provisiones sustentándose con insectos, vive siempre en la abundancia, prestando al mismo tiempo, como insectívoro, un importante servicio á la agricultura.

En cuanto á la organización de estas dos admirables sociedades, no me es posible aun formar un paralelo exacto, porque todavía no he hecho un estudio detenido de la economía social del camuatí. No obstante, de la igualdad que he observado en todos sus individuos, de la similitud de todos los alveolos entre sí, y de la no existencia de los zánganos, se puede inferir que el sistema gubernativo del camuatí es análogo á la democracia, y por consiguiente es muy aventajado al gobierno de las abejas. Tienen éstas la fatalidad (como muchas sociedades europeas) de alimentar en su seno una clase privilegiada de ciudadanos que viven sin trabajar, llamados zánganos; bien que son de tiempo en tiempo expulsados por el pueblo. El camuatí se compone unicamente de ciudadanos laboriosos que con su industria y trabajo contribuyen á formar una habitación, una provisión y una defensa común, que aseguran el bienestar individual.

No es tampoco el gobierno de las abejas un

remedo del gobierno monárquico hereditario como se había creído. Es á lo sumo una monarquía electiva, según se deduce de las observaciones de Schirac y de Huber, que consideran á la *abeja madre* como reina de la colmena. Las abejas crían y preparan para *abejas reinas* cierto número de larvas comunes del pueblo, las cuales por medio de una alimentación abundante, se transforman en verdaderas hembras, en vez de quedar sin sexo como las demás obreras. Hasta cuatro veces en el año las abejas eligen nueva Reina; por manera que á cada generación corresponde un nuevo reinado. Al tiempo de la elección se observa en el interior de la colmena gran murmullo é inquietud. La Reina destronada corre agitada de un lado á otro, como si intentase acometer á la nueva electa, pero ésta es rodeada y defendida por el pueblo, hasta que la soberana depuesta se ausenta seguida de sus adictos, y buscan donde establecerse. Cuando se muere la soberana y falta un candidato para el trono, hay un interregno mientras crían una larva del pueblo para reina.

Cuando el supremo Hacedor formó al hombre, dotándolo de la inteligencia y del libre albedrío, parece que quiso dejarle á sus ojos, en la colmena y el camuatí, una lección viva y perpetua del orden social, para que por él se modelasen las sociedades humanas. Pero ¡cuán poco se ha sabido aprovechar de estos divinos ejemplos!

No carece de verosimilitud que la colmena del Viejo-Mundo haya sido la que inspiró á Platón el ideal de su República, aunque admitiendo la división de clase ó categorías y la esclavitud, porque

la luz divina del Evangelio no había llegado aún para disipar los grandes errores de la humana política. Empero en el nuevo mundo tuvo el hombre un modelo más acabado en la república del camuatí, y una inspiración más pura en la religión para establecer la sociedad sobre la base de la fraternidad y mancomunidad, como en aquellas colmenas de hombres de las reducciones guaraníes, tan celebradas, que florecieron en la misma patria del camuatí.

¡Admirable combinación de voluntades, esfuerzos é interés, que da por resultado el orden, la paz, la seguridad y la abundancia para todos! Economía social, por cierto muy superior á lo general de la civilización humana, donde abandonados los individuos á sus impulsos aislados y necesariamente incoherentes, se ponen en choque unos con otros los intereses privados, y el interés individual en oposición con el interés colectivo. En el camuatí, del concurso armónico del trabajo de todos, resulta la mayor suma posible de comodidades y riquezas, de que participan igualmente el pequeñuelo, el anciano y el enfermo, no teniendo ningún individuo por qué inquietarse por su futura suerte ni por la de su descendencia.

El camuatí, como la abeja y otros insectos de este orden, está armado de un aguijón ponzoñoso, que siempre lo emplea para su defensa y nunca como agresor. Conocida está la triste condición de las abejas europeas, condenadas á trabajar para sus amos. ¡Mísero pueblo, cruelmente sacrificado á la codicia de los mismos á quienes enriquece![1]

1. En Europa es muy general entre los colmeneros la costumbre de matar las abejas para sacar los panales.

Nuestras avispas, injustamente conceptuadas por malignas y feroces, son de la índole más noble, pacífica y sociable. Yo he traído más de un camuatí de los montes silvestres del Paraná, lo he colocado cerca de mi habitación, y al punto han continuado las avispas sus trabajos, reparando algunas lesiones que había sufrido exteriormente en el transporte; y mil veces me he puesto á mirarlas trabajar á dos pasos de distancia, sin que jamás hayan intentado ofenderme. Por el contrario, parece que sensibles á mi afecto, ha venido uno de sus enjambres á situarse en un peral inmediato á mis ventanas, á seis pasos de distancia, construyendo al alcance de la mano una magnífica colmena, donde han podido observar de cerca sus trabajos todas las personas que han visitado mi quinta de San Fernando.

Se muestran tan familiares y confiados, que beben en nuestros mismos vasos, y se paran sobre las flores y las frutas que los niños tienen en sus manos. Muchas veces cuando he visto al camuatí afanado en arrancar las fibras de un tronco seco para preparar su pasta, lo he tocado impunemente con el dedo, sin que por eso abandonase su tarea; un tenue estremecimiento del insecto manifestaba, no sé si su temor ó su contento, pero su ira no seguramente. ¡Y éstos son los animales odiados y tenidos por perversos!

Los camuatíes sólo hacen uso de sus armas en defensa de su vida, de su propiedad y de su pueblo. ¡Desdichado del que quiere ofenderlos, del que llegue á conmover su edificio, ó á perturbar su sosiego! Entonces cada uno de estos pequeños insectos se convierte en un guerrero temible. Sin

aprecio de sus vidas, sin mirar si el enemigo es poderoso, se arrojan sobre él en veloces torbellinos, lo acosan, lo hieren, lo persiguen con encarnizamiento, hasta ponerlo en fuga y dejarlo escarmentado para siempre. Así es como se defiende lo que se ama; y los que quieren tener patria y libertad, así es como deben defenderlas.



CAPÍTULO XVIII.

Continuación del camuatí.

La geometría les ha dado su regla y su compás.
Quintiliano.

Detrás de las cortinas está el sublime artista.
Bonnet.

Camuatí es palabra del guaraní que significa: *avispas reunidas amigablemente.* Sólo un idioma tan hermoso y expresivo, tan sencillo y filosófico como el guaraní, pudiera comprender tantas ideas en tan breves y suaves sonidos, y encerrar en el nombre de una cosa sus más notables atributos

Esta avispa es mucho más pequeña que la abeja doméstica, pués sólo tiene seis líneas de largo, y poco más de una de grueso. Su cabeza es abultada, su color negro con una pinta amarilla, cuadrada, en la espalda, entre el nacimiento de sus alas color café. El abdomen, que es igual á su cuerpo, se une á este por una cintura filiforme. Su figura es más esbelta y graciosa que la de la abeja, y no tiene el vello que tanto afea el cuerpo de ésta. Tal es el insecto que vive como la abeja en sociedades numerosas, bajo de ciertas leyes; que provee á su subsistencia y la de su familia por medio del trabajo; que

construye sus ciudades pendientes de un árbol, muradas y techadas; compuestas de grandes caseríos, con sus calles y sus plazas.

Si al más sabio geómetra ó ingenioso arquitecto se le propusiese el problema de formar el mayor número posible de viviendas, en el menor espacio, con la mayor solidez y el menor gasto de materiales y trabajo, consultando también la mayor comodidad y seguridad de sus moradores, y bajo un plan que pueda continuarse indefinidamente según el incremento de la población; tal vez alcanzaría su ciencia á resolverlo satisfactoriamente, y si lo consiguiese, no podría ser otra la solución, que el *camuatí.*

Sería necesario ocupar un gran volumen para exponer toda el arte, toda la habilidad, toda la sabiduría con que está trabajada esta obra maravillosa; arte, habilidad y sabiduría, que, sin duda, no están en el insecto que la ejecuta. Me limitaré á hacer una breve descripción que, aunque defectuosa, tendrá siquiera el mérito de la relación del primer viajero que visita un país desconocido.

El camuatí en su exterior es semejante á la colmena de los antiguos y á la que, después de mil ensayos, ha adoptado y descrito Lombard modernamente; de lo que resulta, que el ingenio del hombre no ha podido encontrar para morada de la abeja, una forma más adaptable que la que ofrece el camuatí. Es un cono truncado, con su cúspide hemisférica, se asemeja á una campana colgada, pero la base es inclinada y convexa.

El tamaño del edificio, varía según el período de su construcción; los hay hasta de tres pies de altura y dos de diámeatro. También varían mucho las rela-

ciones geométricas entre su elevación y la amplitud de la base, según lo más ó menos numeroso de los enjambres; pero en todos los camuatíes es casi igual el diámetro del techo ó bóveda, que es de diez á doce pulgadas. Cerca de la base, en la parte más elevada del declive de ésta, tiene una abertura de dos ó tres pulgadas, resguardada por un techo saliente abovedado; éste es el atrio ó portal del edificio. Todo el exterior del camuatí está erizado de gruesas y cortas púas romas que defienden las paredes contra el choque de las ramas de los árboles y el rozamiento producido por la continua oscilación de aquel palacio colgado.

Antes de pasar al interior del camuatí, haré conocer el material de que es formado. Reune éste tantas y tan buenas condiciones que, después de bien examinado, no puede la imaginación concebir una cosa más adecuada para su destino. Ya se ha dicho que ese material es una pasta como papel, hecha de la albura ó primera madera que se halla bajo la corteza de los árboles: y es precisamente la misma de que era fabricado en la China el primer papel que se conoció en Europa no hace muchos siglos. ¡Invención admirable, que tanta parte ha tenido en los progresos de la civilización y de las ciencias! ¡Ojalá los hombres la hubieran podido aprender de las avispas algunos miles de años antes!

No podían las avispas haber elegido una sustancia más abundante en toda estación, ni más facil de transportarse por su levedad. La cera, además de ser pesada y fusible, necesita pasar por una elaboración de veinticuatro horas en el segundo estómago de la abeja para ser secretada; mas el camuatí

prepara al aire libre su pasta papirácea en pocos instantes.

Para construir su colmena colgada en una rama, como le era utilísimo para mayor seguridad de sus riquezas y otras muchas conveniencias, necesitaba emplear un material que reuniese las calidades de fuerte y liviano; y estas propiedades reune en alto grado la pasta del camuatí. Y es por su naturaleza susceptible de muchas modificaciones: para el forro de la fábrica las obreras la hacen compacta y tenaz; para la cuna de los hijos, muelle y flexible; es impenetrable á las lluvias; es mal conductor del calórico para que se conserve la buena temperatura interior impidiendo el efecto, tanto del frío como del calor exterior; y finalmente es inodora é insípida, para que no incomode á los habitantes ni altere el sabor y aroma de la miel.

La misma contextura fieltrosa de esta admirable preparación, tiene una relación muy inmediata con la conservación del edificio, del tesoro que encierra y de la salud de las avispas. Al través de aquellas porosas paredes se escapan los vapores y emanaciones perniciosas que en las colmenas ocasionan el enmohecimiento de los panales, las enfermedades y mortandad de las abejas.

¡Qué singulares analogías se encuentran entre la colmena europea y las ciudades de Europa, y entre la población del camuatí, colmena americana, y las poblaciones de América! ¡Aquéllas, todas dolorosas; éstas, todas venturosas! ¿Qué son sino unas colmenas infectas esos desordenados montones de casas sobre casas, aislados de la naturaleza, donde una inmensa población bulle, ansiosa de vida en un foco

de muerte? Nuestras simétricas ciudades con sus anchas y rectas calles, sus espaciados edificios, sus jardines y arboledas, gozan de las condiciones higiénicas del camuatí. Imitemos también la prolija limpieza de este insecto, pues que el aseo es uno de los primeros requisitos para la sanidad, y jamás seremos visitados por las epidemias que diezman con frecuencia las colmenas y las ciudades del antiguo mundo.

Más esa feliz coincidencia resultará más, cuando nos internemos en esta nueva Pompeya, encubierta por tantos siglos á los ojos de los hombres.

La esfera, además de ser la más bella de las formas, es la que con menor superficie encierra mayor espacio, y la que tiene más solidez con menos material; tal es la figura del camuatí el primer año de su construcción. Pero no son estas solas las condiciones que se requieren en la obra: no le conviene al arquitecto continuarla en la misma forma esférica, porque cada año, ensanchándose el edificio con el aumento del enjambre en el verano, tendría que trabajar un nuevo techo y cubrir una gran superficie con un muro sólido para pasar el invierno. No toca, pues, en los años subsiguientes, la parte superior del edificio, sino que, partiendo de la mitad del globo ya construído, continúa hacia abajo la obra con progresivo ensanche, dándole la forma cónica que es, después de la esférica, la que ofrece mayor ámbito y firmeza.

Con este plan ingeniosísimo se concilian y combinan todas las ventajas desiderables, el fácil escurrimiento de las aguas, por la declividad de todas las superficies; la fortaleza del techo, por su con-

vexidad; la mayor resistencia en las paredes, por su hechura circular, y la ampliabilidad indefinida del edificio en proporción del aumento de sus habitantes.

El comenzar la obra por el techo tiene también muchas ventajas; la principal es, que todas las obras nuevas y los trabajadores estén siempre á cubierto; y cada año, á la entrada del invierno, no tienen más que reforzar la capa inferior, para que toda la construcción quede asegurada. Mil observaciones pueden hacerse en favor de la forma exterior del camuatí, y todas nos conducirán á asegurar que sería muy difícil, sino imposible, dar más perfección á la colmena argentina.

Empiezan las avispas su edificio abrazando con la pasta papirácea cuatro ó seis pulgadas de una rama delgada, de las más horizontales, y desde allí extienden la cúspide de la campana que ha de servir de techo. En el interior ó cielo de esta bóveda hacen el primer panal en forma de una taza pegada por su borde al techo, con las celdillas por la parte inferior, de modo que todas quedan boca abajo. Á media pulgada de distancia hacia abajo de este primer panal, construyen el segundo, de igual forma, pero algo mayor.

Continúan en este mismo orden, agregando panal bajo panal, en capas paralelas cada vez más grandes, extendiendo y ensanchando al mismo tiempo la pared exterior, á la cual van adheridos en disposición casi horizontal. Según se va agrandando el camuatí, van tomando los panales una dirección más oblícua, que va siempre en aumento. Estos panales pueden considerarse como los diferentes

pisos del edificio. Á cada panal le dejan una abertura arrimada á la pared, y todas estas puertas se comunican en línea recta, de abajo arriba, formando una galería, que es el pasadizo ó la calle principal interior, desde la puerta exterior ó el portal, con su correspondiente sobrado que lo defiende de los lluvias.

Cada año hacen un portal nuevo y cierran el del año precedente. Contando estos portales tapiados, se puede saber el número de años que han trabajado las avispas. He visto hasta ocho portales en un camuatí.

Los panales tienen alvéolos solamente por la parte inferior; la superficie superior queda escueta como un patio cubierto que tiene por techo el caserío del panal de arriba, y sirve de techo al panal de abajo. La curvatura é inclinación de los panales les da más fuerza para sostener el peso de la miel y de la cría; y la posición vertical é inversa de los alvéolos es muy conveniente para la limpieza y conservación de la miel sin cristalizarse.

El dejar sin celdillas la superficie superior de los panales, debe ser también con el objeto de tener por donde transitar sin interrumpir á los trabajadores, ni andar sobre la miel y los hijos; comodidad que no ofrecen los panales de la colmena.

Los camuatíes dan á sus celdillas la misma forma exágona de las de la abeja; cada celdilla tiene seis lados ó paredes correspondiendo cada pared á cada una de las seis celdillas circundantes: pero el fondo de las del camuatí no es anguloso como el de las de la colmena, sino redondeado para mayor comodidad de la tierna prole.

La arquitectura apiaria, que ha sido y es el asombro de los geómetras y arquitectos, es más artificiosa y admirable en la colmena que en el camuatí, en cuanto á la disposición de la base de los alvéolos, porque la abeja, haciendo dobles sus panales (es decir de dos capas ó camadas), de modo que los alvéolos se tocan por sus fondos, ha adoptado una traza admirable para ganar espacio y economizar materiales.

La avispa del camuatí, como que dispone de materiales abundantísimos, ha consultado más su comodidad que la economía, construyendo sus panales sencillos (esto es, de una sola camada de alvéolos), y por consiguiente no necesita dar á los fondos la forma angular, y ha preferido hacerlos cóncavo-convexos, configuración indudablemente más á propósito para la cuna de las larvas.

Los alvéolos ó celdillas del camuatí todos son sensiblemente iguales, sin que se note uno solo que pueda decirse destinado para alojamiento de una reina, ó de un zángano, como sucede en la colmena, donde se encuentran algunas celdillas de doble tamaño para las larvas de las presuntas reinas.

El forro ó pared exterior del camuatí es grueso y compacto como un cartón fuerte, con mayor espesor y solidez en su techumbre. Para hacer la habitación más abrigada, con ahorro de tiempo y materiales, las avispas han aplicado hábilmente aquella propiedad del aire de ser mal conductor del calórico. Para ello han establecido contra el techo, por la parte de adentro, un sistema de cavidades, formado con hojuelas dispuestas en formas de escamas, ó cubiertas con cielo raso, de modo que entre éste y el techo

queda interpuesta una capa de aire. Por este medio se preserva completamente el edificio del ardor del sol en el estío y del efecto de los hielos del invierno.

Sería necesario hacer una larga y difusa relación para detallar todas las particularidades que se observan en el interior de un camuatí. En todas ellas surge ostensiblemente la idea de la *utilidad,* que envuelve en sí las de seguridad y de comodidad, así como la economía de tiempo y de trabajo; y todo esto obtenido siempre por medios tan ingeniosos y sencillos, que no puede menos de reconocerse allí la obra de una alta sabiduría.

La serie de prodigios de que se forma la historia del camuatí empieza desde su cuna. Luego que las avispas han dado principio á las paredes de los primeros alvéolos, deponen un huevecito en el fondo de cada celdilla empezada, del cual sale un gusanito ó larva, sin más miembro que su cabeza apenas perceptible. Mientras las obreras adelantan los alvéolos, otras avispas se ocupan en alimentar á su informe prole. Á los veinte dias de este afán, cuando las larvas están crecidas del tamaño de las avispas, cierran éstas las puertas de sus celdillas con una cubierta abovedada. Entonces la larva se forja un capullo de una película sutíl, y permanece inmóvil y sin alimento en àquel secreto encierro. Allí se efectúa de un modo misterioso su trasformación en avispa, pasando primero por el estado de crisálida en que se perciben ya algunos lineamentos de su futura conformación.

Esta metamorfosis, incomprensible á la razón humana, se opera en seis días en la crisálida del ca-

muatí, al paso que hay otros insectos que permanecen meses y aun años enteros en aquella completa inmovilidad é inedia. Llegado el momento de su libertad, rompe la joven avispa la puerta de su prisión, sepulcro ó cuna, y sale á gozar de una nueva vida, dotada ya de la misma habilidad é industria de sus progenitores.

Las generaciones se suceden con mucha rapidez; se aumenta prodigiosamente la población, trabajan todos con actividad; ensanchan á gran prisa su ciudad; y cuando se aproxima el invierno, se apresuran á llenar sus almacenes de provisiones para la rígida estación. Estas consisten en la miel, producto de una breve elaboración del néctar de las flores en un órgano especial del insecto.

La miel del camuatí me parece superior á la de la abeja, é indudablemente la podemos obtener más pura, porque no teniendo olor ni sabor alguno los vasos que la contienen, no la pueden privar de su perfume ni comunicar ninguna cualidad extraña, como sucede á la miel de las abejas, á causa de la cera de que son formados los panales.

¡No sé qué especie de sensación tan agradable se experimenta, al tener uno en la palma de sus manos uno de aquellos hermosos panales esféricos del camuatí, rebosando de nitidísima, cristalina miel! Sea que nos lisonjee la idea de que todo aquel dulce peso que gravita en nuestras manos es puramente de la miel, pues el vaso que la contiene es tan tenue, tan leve, tan aéreo; sea que encante nuestros ojos la vista de aquella superficie, en que con perfecta simetría se diseñan los alvéolos como el engaste de una joya de diamantes; ó sea la satisfacción de

admirar tan de cerca una obra tan maravillosa, y ser dueños de tan espléndido regalo de la naturaleza; ó sea, en fin, que aquel contorno esférico, la más hermosa de las formas, despierte en nuestro pecho voluptuosas simpatías: lo cierto es, que es sumamente delicioso; contemplar uno en la palma de sus manos el primoroso panal del camuatí rebosado de exquisita miel hiblea. Todo en él nos convida á llegarlo á nuestros labios, á aspirar su aroma, á gustar y paladear aquella límpida ambrosía que se nos ofrece en forma sólida, como un refinamiento del placer, para disfrutarla con más comodidad y deleite.

¡Bendita sea la Divina Providencia! Ella ha mandado al mundo esta muchedumbre innumerable de pequeños obreros para que se empleen en la recolección de una abundante y preciosa mies, que sin esto sería perdida por el hombre!

Las flores sin número que realzan con mil colores y dibujos el manto de la naturaleza; las flores destinadas para decorar la mansión del hombre, pues que sólo él sabe gozar de su hermosura y su fragancia; esas flores, tan bellas como efímeras, encierran en sus cálices el dulce néctar que el camuatí atesora en sus maravillosas fábricas. ¿Qué cosa hermosa puede haber que no encierre en sí algún bien? Mas la hermosura que no promete sino un fugaz deleite, es una flor sin néctar. Las virtudes y los talentos en la beldad, son cual la miel en el hermoso panal del camuatí.

Ni la mujer fué destinada á brillar solamente en su juventud pasajera, ni las flores fueron hechas con sólo el objeto de ostentar su fugaz belleza. Ellas tienen un alto y sublime destino: en las flores tam-

bién se verifica el más estupendo de los arcanos de la naturaleza, la obra de la generación. En ellas tienen las plantas su tálamo nupcial. Sus formas bellas, su brillante colorido, sus variados matices, los perfumes de sus pétalos, el almíbar de sus nectarios, todo concurre para hermosear su himeneo misterioso.

Los melíferos camuatíes son los convidados á



estas secretas bodas; y no sólo presencian aquel tierno consorcio que asegura la fecundidad de la tierra y el sustento de los vivientes, sino que ellos también contribuyen á estrechar el amoroso enlace. Introducidos en las corolas, hacen desprenderse el polen fecundante; y establecida así la comunicación entre los estambres y los pistilos, que son los órganos de la reproducción en las plantas, se asegura y abrevia la fecundación de los granos y frutas que han de perpetuar las especies vegetales y alimentar innumerables seres.

Es la avispa también la que transportando el polen

de unas especies á otras, contribuye á la producción de las plantas híbridas, y á las variedades de flores y frutos que resultan de estos cruzamientos. Y será ella también la que más de una vez estrechará el lazo amoroso entre aquellos vegetales de diferentes sexos, que por su separación no pueden desposarse, como sucede con nuestro magnífico ombú, lográndose así propagar por nuestras pampas este árbol providencial, tan apreciable por su sombra, como por sus virtudes poco conocidas.

¡Ombú majestuoso, lleno de hermosura, lleno de vida, gloria del desierto! tú eres el hijo predilecto de esta tierra, y yo te amo más que tu misma madre. Tú eres el emblema de la Patria; fuerte, invencible, benéfico, hospitalario como sus hijos. ¡Ombú grandioso, incomparable! eres para mí más hermoso que los soberbios pinos de aquella región infausta del otro lado de los mares. Tu gloria oscurecerá su gloria. ¡Amante solitario de nuestros campos! ¡vuelen tus amores en alas del bello camuatí hasta el seno de tu amada, para que tu benéfica copa proteja la cabaña hospitalaria de nuestras pampas!

¡Admirable armonía de todas las obras de Dios! Este insecto pequeño, que apenas percibimos como una ligera sombra que pasa rápidamente delante de nuestros ojos, formando con sus alas un tenue susurro apenas perceptible á nuestros oídos, está sin embargo estrechamente enlazado con la conservación, la reproducción, la vida y los goces de toda la creación terrestre, sin exceptuar al más altivo de los vivientes! ¡Y quién creyera que aun en el orden moral se podría encontrar una relación inmediata entre el insecto y el hombre! ¡entre una socie-

dad de avispas y la sociedad humana! Y ¿qué tiene que enseñar el hombre á la avispa del camuatí? ¿No tiene, más bien, mucho que aprender de su maravillosa industria, de su laboriosidad, de su economía social, de sus costumbres?

Mi alma se sobrecoge de admiración y de respeto cuando veo á un insecto ejecutar operaciones que presuponen tanta habilidad, tanto saber, tanta previsión. No puedo menos que ver allí una sabiduría suprema que ha querido confundir y humillar la soberbia de la ciencia humana.

Si á cada paso que da el hombre, si á cada mirada que arroja sobre el corto número de objetos que están al alcance de sus sentidos (cortísimo en comparación de la infinita creación imperceptible que tiene á sus plantas, y de los infinitos mundos que se vislumbran en la inmensidad del espacio y de todo lo invisible); si á cada paso que dá el hombre, encuentra un prodigio que admirar; si él mismo es un conjunto de prodigios incomprensibles, ¿por qué no levanta su espíritu á la contemplación de la suprema Inteligencia que obró tantas maravillas? ¿Por qué no confiesa con humildad que su ciencia, llena de ignorancia, no es capaz de comprender aquella sabiduría y poder infinitos que resplandecen en todas las obras del Altísimo?

Así lo hizo siempre el sabio. Pero el insipiente, que no ve en una estrella nada más que una pequeña luz, y en una avispa, nada más que un vil insecto, ¿qué creencia podrá conservar, si nada conoce, ni aun su misma incapacidad?

¡Cuán grande se siente el hombre cuando se encuentra capaz de arrancar á la naturaleza alguno de

sus recónditos secretos; cuando descubre alguna de las leyes que rigen la máquina del mundo; cuando considera los progresos del entendimiento humano; cuando contempla las maravillas del arte y las obras inmortales del genio! El encuentra en sí un principio fecundo, investigador, creador, sublime, *el pensamiento,* y se siente elevado sobre todo lo terreno y material, y se enorgullece de su propia grandeza! Empero ¡cuán pequeño parece á sus propios ojos! ¡cuán confundido, cuando circundado de las infinitas maravillas de la creación, no puede su mente penetrarlas! ¡cuando en faz de la obra de un insecto, no puede medir con ella su orgullosa inteligencia!

La obra portentosa del camuatí, hace siete mil años que tiene el grado de perfección que admiramos hoy en ella; y el nombre ha necesitado siete mil años de investigaciones y de estudios para hacer los descubrimientos que le son más necesarios; y después de los desvelos de los sabios, del sacrificio de tantos héroes, de las desdichas de tantas generaciones, aún está muy distante de alcanzar aquella armonía social, aquel orden venturoso que hace ya siete mil años que se hallan establecidos en la república del camuatí.

Pero hay esta diferencia: que la perfección del camuatí es la obra de la voluntad y sabiduría de un Dios; y la perfección de la sociedad humana, dejóla el mismo Dios á la voluntad y sabiduría del hombre.

CAPÍTULO XIX.

El mamboretá ó el profeta, el religioso, el rezador, el predicador, el mendicante.

El *mante* de los naturalistas y *mamboretá* de los Guaraníes es un género de insectos que comprende varias especies diseminadas en todas las regiones del globo, como sucede generalmente con las creaciones más útiles al hombre, que se multiplican y prosperan bajo todas la latitudes. Único carnicero entre los *ortópteros* (de dos alas rectas) se mantiene únicamente de insectos, dando caza principalmente á los voladores. Por esta propiedad, unida á su gallardía y mansedumbre, debiera ser naturalizado en nuestra casa y jardines; y sería de desear que las gentes del campo, en lugar de destruir los nidos de estos insectos, los respetaran como merecen los defensores de las cosechas. Mas, por desgracia, los mismos beneficiados propenden, sin saberlo, al aniquilamiento de la especie, cada vez que, pretendiendo limpiar los plantíos, arrancan de las axilas de las ramas unas aparentes excrecencias corticales en que se abrigan los huevecitos del mamboretá, y no las larvas que taladran los árboles, según erróneamente lo asegura nuestro Grigera en su *Manual de Agricultura*.

Hace algunos años que en una publicación popular he combatido este pernicioso error que impide la multiplicación de esos inocentes y útiles compañeros del hombre, que con tanta frecuencia como confianza lo visitan, aun en el interior de su morada, como si vinieran á ofrecerle sus servicios.

El mante ó mamboretá es un insecto que ha llamado siempre la atención del pueblo y de los doctos en todos los países, inspirándoles asombro y reverencia.

La antigüedad veía en el aire meditabundo y la vestidura talar del mante, una semejanza de las antiguas Sibilas, y creía que realmente vaticinaba lo futuro, según lo acredita el nombre genérico que le dieron, que significa *profeta.* Hoy mismo casi todas las naciones del antiguo mundo miran este insecto con una especie de superstición, atribuyéndole facultades de un orden elevado y sobrenatural, como lo prueban los nombres que se le han aplicado científicamente, tales como: *el santo, el religioso, el devoto, el predicador, el mendicante, el adivino.* En el África central, según el viajero Caillaud, es este insecto objeto de verdadera adoración; según Sparman, es venerado como una divinidad tutelar por los Hotentotes, quienes tienen por santa á la persona en que por casualidad se llega á posar un mante; en Turquía lo miran como insecto sagrado; y en todo el Oriente se le tributa una especie de culto, y se considera como una señal feliz encontrárselo en su tránsito. En la Europa culta se le mira con admiración; en Francia se le tiene igual estimación, lo llaman *prie-Dieu* (ora á Dios) y creen firmemente que reza; y en España sucede lo mismo

pues le dan el nombre de *rezador*. Se asegura que el mamboretá enseña el camino al niño alejado de la casa de sus padres, y á la joven extraviada que tiene la suerte de encontrarlo. Generalmente lo tienen por adivino, y acostumbran preguntarle: *¿Dónde está Dios?* creyendo ver que el animalejo señala el cielo con la pata. Así es como la superstición obliga á los pueblos á respetar un insecto utilísimo para la conservación de las plantas.

Y esas creencias, por más extravagantes y absurdas que sean, no hay que presumir que son exclusivamente vulgares ó del pueblo ignorante, pues que han participado de ella hombres instruídos. El naturalista Moufet dice con candor: « Este animalito es reputado tan adivino que enseña su camino al niño que lo interroga, extendiendo una de sus patas, y rara vez ó nunca se equivoca.

Confunde á la razón, que, por solo las exterioridades, hayan podido adquirir tan inmerecida fama unos irracionales cuya vida toda es un tejido de iniquidades: á juzgarlos dotados del albedrío que se les apropia. ¡Tanto es lo que engañan las apariencias! ¡Tal es el poder fascinador de la hipocresía! El fratricidio, el mariticidio, el canibalismo, la ferocidad y la holgazanería son los verdaderos atributos del mante europeo. Refiérese que apenas nacidos, los hermanos se atacan y devoran unos á otros, sucumbiendo los más débiles. Durante su juventud hace cada uno una vida enteramente salvaje y vagabunda, sin relación alguna con los de su especie; antes al contrario, siempre que se encuentran dos, se traba un combate á muerte, hasta que el uno consigue cortarle á su contrario la cabeza para co-

mérsela en el acto. En su pubertad se unen, es verdad, cediendo al instinto de propagación; pero el macho tiene que alejarse con rapidez, porque si no es bastante pronto en la huída, como suele suceder, al momento es devorado por la hembra. Cuando á esta le llega el tiempo de aovar, abandona su carga sobre una rama, donde perecería su descendencia, si la naturaleza no hubiera provisto á su conservación por medio de una pasta en que salen encerrados los huevos.

Es ciertamente misterioso, que los mismos insectos en el Nuevo Mundo sean de índole y costumbres diametralmente opuestas á los del otro continente. Al menos yo puedo asegurar que en tantos años de observaciones, nunca he visto ni he oído decir que el mamboretá, tan común en este país, ejecute ninguno de esos actos feroces que se refieren del ultramarino.

Nuestro mamboretá, tan gracioso y familiar como inofensivo, es generalmente de un verde mate descolorido, los hay atabacados, y algunas especies tienen las alas pintadas con los hermosos colores del iris, dispuestos en anillos concéntricos como en el meteoro. Su configuración es la misma de los mantes del viejo mundo, y su tamaño llega á tres pulgadas. Tiene el corselete muy fuerte, largo y delgado, el vientre grueso, almendrado, blando, y cuatro piernas larguísimas, sobre las cuales, cuando está quedo, se le ve con el cuerpo erguido; posición que en ningún otro insecto se observa. Su pequeña cabeza es libre y voluble, de manera que con facilidad dirige la cara á todos lados, y aun puede mirar hacia atrás sin volver el cuerpo. Sus ojos lisos ó

únicos, son espaciosos y abultados; sus dos grandes y transparentes alas están plegadas como abanico debajo de dos anchos élitros ó cubiertas flexibles. Los otros dos miembros, que los naturalistas cuentan en el número de las patas, son verdaderos brazos, con su correspondiente antebrazo, en igual disposición que los nuestros, aunque en lugar de manos, tiene unas manoplas, armadas de corvas y fuertes uñas, de las cuales se sirve lo mismo que el hombre cuando tiene baldados los dedos. Aunque se ayuda de los brazos y manoplas para la locomoción como los cuadrumanos, los usa principalmente para su defensa y para agarrar insectos y comérselos á bocados, no chupándolos, como dicen los entomólogos del mante europeo.

Para asir con la mano impunemente al mamboretá, es menester asegurarlo por los brazos tomándoselos entre los dedos; pues aunque nunca trata de morder, sabe clavar sus uñas de un modo mortificante para las manos delicadas.

Cuando está parado, conserva vertical su cuerpo, con los brazos en ademán deprecativo, lo mismo que el sacerdote cuando hace sus preces en el altar. Se le ve casi siempre en esa postura, inmóvil, horas enteras, en acecho de su presa.

El mamboretá es exclusivamente insectívoro, con la particularidad de que desde que nace vive de la caza, sin hacer el más leve daño á las plantas ni á las frutas. Aunque lento para andar, es ágil para la caza, y diestro para la pelea. Es tan arrogante y confiado, que si se le toca ó molesta, en lugar de huir, se mantiene firme y se defiende con los brazos, haciendo quites y dando manotadas, como si fuese

una persona, sin perder ni avanzar terreno. También suele pavonearse el mamboretá, desplegando sus alas hasta el suelo é imprimiéndose por intérvalos un sacudimiento que produce un ruido semejante al de las vibraciones de una hoja de esmalte; como si se ufanase, cual pavo real, ostentando la belleza de su ropaje.

Llegado el tiempo del desove, en el otoño, la hembra del mamboretá lo efectúa, saliendo cada huevecillo envuelto en una masa gris, en tal disposición, que los cuarenta ó más huevos oblongos quedan acomodados paralelamente en tres ó cuatro hileras, formando un grupo en forma de una pequeña avellana adherida á la bifurcación de la rama de un arbusto. La masa después de seca, queda bastante dura, esponjada é impermeable para proteger la nidada contra las desigualdades del clima, durante todo el invierno. De este modo se salva la especie, y esto explica cómo ha podido extenderse por tantas regiones un ser que perece en el invierno. Á los primeros calores del verano salen del huevo ya en aptitud de buscarse la vida cazando insectillos. Tienen desde chicos la misma estructura de sus padres, pero sin alas, y son más vivos y graciosos en sus movimientos. Al paso que van creciendo, mudan el pellejo varias veces, hasta que, siendo adultos, les crecen las alas. Hay otras especies, aunque no tan comunes, de formas muy extrañas; una, al primer aspecto, parece una *pajita* y éste es el nombre que lleva; otra, parece una media hoja seca, lo que ha dado origen á la creencia vulgar de que son realmente pajas y hojas convertidos en bichos.

Tal es el mamboretá, el más extraordinario de los

insectos; tan raro por su figura como por su desarrollo, maneras y costumbres, que nace perfecto en su organización, sin pasar por el estado de larva; que ofrece el hecho raro de la poligamía femenina; que tiene brazos y manos de que se sirve como los monos; que manifiesta tanta espontaneidad en sus acciones y movimientos; que al orgullo, al valor y la fuerza, une la mansedumbre, la paciencia y la confianza; que no solamente parece animado de verdaderos sentimientos, sino dotado de inteligencia, alucinando de tal modo sus apariencias á los verdaderos racionales, que le atribuyen el don de profecía, lo veneran como santo, y lo adoran como Dios.

Cuando los Europeos arribaron por primera vez á las costas del Nuevo Mundo, encontraron á este singular insecto, distinguido también con cierta consideración popular entre los indígenas que en la región del Plata le habían puesto el nombre significativo de *mamboretá,* frase interrogativa de la lengua guaraní que en la nuestra equivale á la pregunta: *¿Dónde está tu chacra*[1]*?*

Así como los nombres inadecuados de *religioso, santo, profeta, predicador, rezador* y *mendicante,* que este insecto lleva en el Viejo Mundo, patentizan la superstición y la ignorancia de las naciones que los impusieron; así también encuentro que, bien analizado, en nombre americano basta por sí solo para caracterizar la nación que lo aplicó.

Es obvio que la sencilla pregunta *¿Dónde está tu*

1. La voz «chacra», en esta parte de la América, corresponde exactamente á una posesión de tierra y casa de labranza, que en España se llama «cortijo», y éste es el significado que tiene la voz correspondiente del nombre compuesto, «mamboretá».

chacra? dirigida á un forastero extraño, presupone que el pueblo que la hacía se componía todo de labradores, cada uno propietario de una casa y heredad en cultivo, sin duda, porque comprendían que la propiedad territorial es un derecho y el trabajo un deber de todos, y por consiguiente formaban una sociedad basada sobre la justicia, la igualdad y la fraternidad; de lo que necesariamente debía resultar la libertad y el bienestar de todos sus miembros. En una palabra, debió ser un pueblo laborioso, bueno y feliz. Tal era en efecto la nación numerosa de los Guaraníes que tranquilamente ocupaba este dilatado suelo en la época de su descubrimiento por los Españoles. Así lo describen los primeros historiadores del Río de la Plata: eran labradores, industriosos, pacíficos, bondadosos y hospitalarios.

Y todavía conservan tan buenas cualidades los míseros restos que de aquella raza han quedado con la denominación de Correntinos y Paraguayos, que aun poseen en toda su integridad y belleza el idioma de sus mayores, única herencia que aun no se ha intentado arrebatarles. Empero, esa nación infortunada, dejará, á despecho de sus verdugos, un monumento de su civilización y de su importancia, tan duradera como el planeta que habitamos, en los caracteres de su admirable idioma indeleblemente estampados en los árboles y en los valles, en los bosques, en los ríos, en las creaciones todas del vasto y fecundo suelo que fué suyo, pues que en todos sus ámbitos se verán siempre y serán perpetuamente repetidos los nombres guaraníes, hasta del más oculto arroyuelo, de la más humilde planta, del más pequeño pececillo y del insecto menos cono-

cido; nombres sabiamente impuestos por la nación guaraní, que han sido adoptados, no sólo por sus dominadores, sino por la ciencia misma.

Los entendidos Guaraníes aplicaron á cada animal, á cada planta, á cada objeto, un nombre adecuado á sus propiedad ó caracteres más notables. Al observar entre las avispas una especie que vivía en sociedad fraternal como ellos, que todas trabajaban como ellos sin admitir zánganos, y que como ellos se protegían mutuamente, dijeron: he aquí *unas avispas amigablemente unidas*,—*camuatí;* y éste fué el nombre con que las distinguieron. Al ver un viviente de extraña figura, con fuertes brazos y manos, al parecer más aptas para el trabajo que las patas de la avispa, y que demostraba superior inteligencia, le preguntaron: « Dinos, peregrino ¿por qué te vemos siempre errante y solitario alrededor de nuestros cortijos? *¿Dónde está tu chacra?*—*mamboretá;* » y ésta última frase fué el nombre del insecto.

¡Desdichado pueblo guaraní! ¿Qué ha sido de tu antigua prosperidad y libertad? ¿Dónde están los populosos caseríos de vuestros padres? ¿Dónde vuestras propiedades, vuestros campos, vuestras chacras? Todo ha sido devorado por la codicia de vuestros conquistadores, que invocando un Dios de justicia y una religión de paz y confraternidad, todavía han exigido vuestro sudor y vuestra sangre. Ellos, con la misma verdad que á un insecto feroz y fratricida de su país, se aplicaron á sí mismos los títulos de *religiosos, profetas, predicadores y santos.*

CAPÍTULO XX.

El sepulturero, el cáustico, el crepitante, el éntimo y los luminosos.

Al lado del *mante religioso,* dedicado piadosamente, según la creencia popular, á la vida contemplativa debemos colocar al *sepulturero,* insecto exclusivamente consagrado á enterrar los muertos.

Los *necróforos,* ó escarabajos sepultureros, parecen destinados por la naturaleza para purgar la tierra de los despojos que la ensucian y cuyas emanaciones contribuyen á viciar el aire, pues no tienen más ocupación que la de enterrar los restos animales y aún los cadáveres enteros de pequeños mamíferos y reptiles. Organizados para llenar este objeto, están dotados de un olfato tan delicado, que al instante se reunen en gran número al olor lejano de la carne mortecina; y apenas se puede explicar cómo unos animalitos tan pequeños (de media pulgada) puedan sepultar en pocas horas una rata, ó una gallina entera. Cavan con afán debajo del cadáver, de modo que éste se va hundiendo por su propio peso, hasta que llegando á suficiente profundidad, los enterradores terminan su obra cubriéndolo con la tierra extraída del hoyo ó sepultura.

Dudo que este escarabajo, en su estado perfecto,

se alimente con las materias pútridas que maneja; las enterrará para asegurar la empolladura de sus huevos y la nutrición de sus crías. Á los pocos días nacen las larvas; que son unos gusanos blancos, provistos de patas cortas y poderosas mandíbulas. Para pasar al estado de ninfas, ellos mismos se entierran más profundamente; se fabrican con tierra amasada con su saliva una celda oval, y después de algún tiempo de encierro, salen transformadas en escarabajos para seguir el ejercicio de sus predecesores.

El color fúnebre del sepulturero condice con su oficio; y es notable como, á pesar de una ocupación tan sucia, pueda este insecto conservarse siempre limpio y sin olor.

Aunque el mamboretá y el necróforo no recrean nuestra vista por sus formas ni colores, dan pábulo á la meditación del filósofo y despiertan la atención del vulgo con sus singulares facultades y habitudes, y son, así mismo, animalillos útiles que se acercan á la habitación del hombre para prestarle sus servicios. No así las pintadas mariposas y tantos coleópteros, que nos seducen con su belleza, superando en brillo y variedad á las mismas flores; pues, aunque generalmente inofensivos en su nueva existencia aérea, son ellos los que producen los innumerables gusanos, orugas ó *isocas,* rastreras y voraces que deshojan los árboles; talan las huertas, taladran nuestros muebles, roen nuestros vestidos y enferman á los ganados.

Las mariposas del delta son lindas y variadas, vestidas de plata, oro y terciopelo de todos los colores; aunque no para formar colecciones tan hermo-

sas y ricas como con los espléndidos lepidópteros de latitudes más elevadas. Podemos incluir entre los elegantes, por su figura y sus libreas matizadas, varias especies de carábicos, de las cuales dos merecen especial mención por la singularidad de sus propiedades: el *cáustico ó bicho moro* y el *crepitante.* El primero, es fitófago muy voraz, de color cenizo, punteado de negro; cuando se le agarra, vierte por la boca y trasuda por todas las coyunturas un licor amarilloso, acre y cáustico, que causa ardor y rubefacción en las personas de cutis delicado. Nuestros farmacéuticos parece que lo emplean como equivalente de la cantárida; y tiene la ventaja de no ser ponzoñoso[1].

El *crepitante,* insecto análogo al *cárabo petardo* de Europa, tiene una arma semejante á la del *zorrino ó mofeta;* cuando se ve perseguido produce por el ano una explosión ó estallido, lanzando un gas como humo, de un olor fuerte, parecido al del alcalí volátil; y puede repetir la descarga muchas veces seguidas.

Los coleópteros del género cárabo nos hacen grandes servicios devorando las babosas y muchos insectos y orugas que atacan las plantas. Los cárabos se distinguen por su forma prolongada, por sus

1. «En la colección de insectos (dice D. Ramon de la Sagra), recientemente traída á Madrid por la expedición científica al Pacífico, se halla una especie de cantáridas de Montevideo, también vejigatorias, pero que no ofrecen el inconveniente de ser venenosas como las de Europa».

«Señalaremos entre las cantáridas que pueden sustituir á la común, «la cantárida punteada» de Montevideo, «cyta adspersa» Klug., «epicauta adspersa» Dej. Reveil.—*Formulaire raisonné des médicaments nouveaux.*

patas largas y fuertes, siempre dispuestas para la carrera, y por sus antenas delgadas.

Entre los coleópteros, hay esmaltados coprófagos ó *acatangas,* capricornios de vivísimos colores, y crisomelas ó *vaquitas* de cuerpo redondo y deprimido, tan preciosas, que algunas son como esmeraldas, y otras parecen de puro oro.

Me limitaré á describir un coleóptero del género *éntimo,* como digna muestra de nuestra fauna entomológica, y por la circunstancia de haber sido yo su primer descubridor en las islas del delta, único punto donde se le encuentra, al menos en estas latitudes. Este éntimo no cede en tamaño y hermosura al *imperial* y otras especies del Brasil, de las que difiere la nuestra en que tiene las patas lisas, y no vellosas como las de aquellas[1]. Á este género pertenecen las especies más notables de la entomología, por el brillo de sus colores y la belleza de sus formas; como que por eso la ciencia los ha particularizado con el nombre *estimados* (que es el significado de la voz griega *éntimo*), distinguiendo con los epítetos de *imperial, noble, espléndido,* las diversas especies conocidas. Si el éntimo del delta fuese de una especie nueva, convendría llamarlo *platense* ó *argentino.* Es bastante grande, como de una pulgada; su cuerpo se asemeja á una navecita inversa; es sólido y todo teñido de un color verde muy brillante, recamado de oro y azul.

1. Tal es el aserto del Dr. Burmeister, que examinó el primer «éntimo» que encontré en las islas y lo dediqué al Museo de Buenos Aires. Poco después encontré un casal de ellos, y tuve el gusto de regalárselos, todavía vivos, al Sr. D. Bartolomé Mitre (siendo Presidente de la República) para su rica colección de insectos del país.

El éntimo argentino es una verdadera joya forjada por la naturaleza, que puede figurar al lado de las obras más acabadas y primorosas del arte, aunque tengan por materia el oro y las piedras más preciosas; con la diferencia de que en el artefacto más perfecto y pulimentado se notan groseros defectos si se les mira al través de un lente, al paso que en el insecto se descubren nuevas y más admirables perfecciones. Pero ¿cómo dar una idea exacta de este objeto peregrino, sin emplear el pincel para ofrecer siquiera una tosca semejanza de su forma y de su ornato? Aun así sería imposible imitar la brillantez y tornasol de sus tintas vigorosas, que se conservan invariables después de muerto el insecto. En la necesidad de compararlo con algún otro viviente conocido, yo no encuentro sino aquel primoroso pajarito, obra maestra de la creación. El éntimo, sin disputa, tanto por la belleza de su figura, como por la riqueza de sus galas, debe ocupar entre los insectos alados el mismo rango que el picaflor entre las aves.

El vivo colorido de las pedrerías y el esplendor de los metales bruñidos relucen en el cuerpo del éntimo como en las plumas del picaflor; igual es el fulgor, igual la vivacidad de sus colores y cambiantes; é igual es nuestro encanto al contemplarlos. Aunque no puede haber semejanza en su estructura, por ser de naturaleza tan distinta; mas si el uno hechiza nuestros ojos con los mórbidos y tornátiles perfiles del ave, también el otro nos embelesa con la bella disposición de su cuerpo, de forma navicular sin ángulos ni líneas rectas que interrumpan la suavidad de sus contornos: y el éntimo tiene con

el picaflor del delta una semejanza de colorido que no deja de ser reparable, pues ambos son de un hermoso verde con reflejos azulados. Las seis patas esmaltadas del insecto sos igualmente verdes, dominando el azul turquí en su cabeza y en toda la parte inferior de su cuerpo. Los élitros estriados del éntimo, multiplicando en sus relieves y nacelas las refracciones de la luz, hacen estincilar en todas direcciones su ropaje de esmeraldas y zafiros, todo salpicado de chispas de oro.

El reposo, la apacibilidad, la inocencia del éntimo platense cautivan á la par de su belleza. No huye de la mano que lo aprisiona; no hace el menor esfuerzo para evadirse, ni tiene armas para su defensa; su único ardid al verse en peligro, es dejarse caer al suelo y hacer la mortecina. Apacible, silencioso, pausado en sus movimientos, parece un ser apenas animado: no es sino una alhaja, dotada de un tenue aliento vital, lo indispensable para su conservación y procreo; una alhaja que parece brindarse á la tímida y delicada mano de la beldad, para que confiadamente la coloque entre sus más lindas preseas, como lo practican las Brasileñas con el *éntimo imperial* haciéndolo engastar en aros y prendedores. El entimo platense nos recuerda también la mansedumbre é inocuidad de los *cocuyos ó tucus,* con que las jóvenes Argentinas y las Peruanas suelen realzar su tocado y su hermosura en los saraos y paseos nocturnos, adornándose con estos insectos luminosos, que cual si fuesen joyas de diamantes refulgentes, dan en cierto modo realidad al fabuloso carbunclo.

El *cocuyo* ó *linterna* es indígena de la América

muy diferente del insecto fosforescente conocido en ambos mundos con los nombres de *lampiro, luciérnaga, luciola, mamóa* y *bicho de luz*. Nuestro *cocuyo* es el piróforo descrito por Mr. Lacordaire, su tamaño varía según la especie; los hay hasta de pulgada y media de longitud. Su caparazón es fuerte, de color negro, forma oblonga; es de lento andar, toma el vuelo con dificultad; es fitófago y enteramente inofensivo. Su luz es perenne y no intermitente ó relampagueante como la de la luciérnaga; ni alumbra como ésta por el vientre, sino por los discos que tiene en la espalda, y también por la juntura del pecho y el abdomen, cuando despliega las alas. Un solo cocuyo ilumina la oscuridad de la noche hasta una distancia considerable, y es suficiente para leer en las tinieblas. Los Indios se lo atan á los dedos de los pies para andar de noche por los senderos del bosque; y también se alumbran en sus chozas colgando del techo una jaulita llena de cocuyos.

La química no ha podido todavía descubrir la naturaleza de la sustancia luminosa de los insectos fosforescentes. Sólo se sabe que la luz es producida por la combustión lenta de una secreción particular, que en la luciérnaga ocupa los últimos anillos del vientre, y en el cocuyo se halla dentro de tres vejiguillas; dos situadas en los ángulos posteriores del corselete y otra debajo del pecho, sin ninguna comunicación entre sí. Cuando el insecto duerme ó se ve molestado, apaga ó cubre sus luces con una membrana opaca, ó por otro medio desconocido. Si por acaso llega á caer de espaldas, da un salto vertical para caer sobre las patas; pero no se sirve de ellas

pare saltar, sino que, apoyando en el suelo las dos extremidades de su cuerpo, lo arquea y cimbra para arriba. Parece que el nombre de *tucu* que se le da en este país es por imitación del traquido de su cuerpo cuando salta. Vive al parecer tranquilo y contento cuando se le tiene cautivo en un vaso con alguna fruta para su alimento.

Hay en el delta otro insecto luminoso que por su belleza considero sin par en la entomología. Refiere Azara que « vió en el Paraguay un gran gusano de cerca de dos pulgadas de largo, cuya cabeza por la noche parece un carbón ardiente, y tiene además en todo el largo del cuerpo de cada lado una hilera de agujeros redondos, semejantes á ojos, de los que sale una luz débil, amarillenta ». El que he visto yo es una oruga del mismo tamaño, pero toda luminosa. Su cuerpo se compone de siete artejos que son otras tantas luces permanentes; la que corresponde á la cabeza es rojiza, y las demás son verdosas. No se puede dar un objeto más precioso y admirable, visto en la oscuridad de la noche. Si se presentase una joya de luces tan bellas y de tan suave brillo, no tendría precio.

CAPÍTULO XXI.

La avispa solitaria.

Entre los insectos que se distinguen por su elevado instinto y por su industria, el más admirable por la apariencia de previsión y de ciencia, y por su industria y su historia sorprendente, es una *avispa solitaria,* que aun no tiene nombre porque nadie ha penetrado todavía, con los ojos de la investigación, el arcano de su vivienda. Esta avispa es grande, de más de una pulgada; su cuerpo es esbelto, negro, lustroso, sin vello, y las alas de color café. Sus movimientos son vivos y graciosos, es inofensiva, y tiene un canto melancólico, de sonidos dulces y vibrantes, parecidos á los que resultan girando un corcho por el borde de un vaso de cristal.

No es necesario ir á los campos ó á los bosques para observarla; ella misma se nos presenta confiadamente y se establece en nuestras casas, para ejecutar á nuestra vista y ofrecer á nuestra contemplación la obra artística de su ciego instinto, y los admirables resultados fisiológicos de sus misteriosas operaciones, puramente maquinales. Sí, dentro de la habitación del hombre, no solamente en los ran-

chos de las islas, sino en los edificios urbanos, todos los años se avecinda, y no elige las piezas apartadas para levantar su casita y establecer su familia con más seguridad y sosiego, sino los aposentos habitados, en cuyos techos y paredes trabaja descubierta, como si se complaciese en mostrarnos su habilidad y probarnos su confianza en el rey de la naturaleza, de quien no teme le rehuse la hospitalidad, ni mire con desdén una de las maravillas de su Creador. ¿Por qué no prefiere, como las demás avispas, la soledad y seguridad de los bosques para construir el nido á su póstuma prole? ¿No posee, como el camuatí, el arte de construir una casa sólida, capaz de resistir las intemperies? Parece, pues, que la avispa solitaria no buscase hasta el interior de nuestra alcoba, para darnos ejemplo de laboriosidad, de habilidad, de previsión, y también de abnegación, pues que todo lo hace para sus hijos. Ella no disfruta un solo instante de las comodidades de su morada ni de sus abundantes provisiones; trabaja con afán, bajo de nuestro techo pasando las noches al raso; y una vez concluida su tarea, se aleja para siempre á vivir ó morir en la soledad y desamparo del desierto. ¡Singulares costumbres las de esta avispa, en oposición completa con todas las demás especies, que viven en sociedad y se auxilian mutuamente para la construcción de sus nidos y su defensa!

La *avispa solitaria* tiene una vida enteramente aislada, sin relación alguna con sus semejantes. Es una viuda desvalida, que apenas gozó un momento de su enlace conyugal; que no ha conocido á sus padres; y que, sin esperanzas de criar ni aun ver á

sus hijos sabe sin embargo proveer á la seguridad y subsistencia de ellos. Ella sola lo hace todo; sin el concurso del macho, el cual, probablemente, después de su pasajera unión sexual, habrá sucumbido como el zángano que obtiene los favores de la abeja reina, pues que nunca se ve sino á la avispa hembra en la obra y provisión de la casa. Se compone ésta de varios departamentos ó grupos de casillas tubulares hechas de finísimo barro, paralelamente colocadas. Cada departamento consta de una casilla central y cinco laterales para las larvas. Las provisiones consisten en arañas de patas cortas, de diferentes especies. Las trae vivas, pero atontadas por efecto del venenoso aguijón de la avispa; y así semivivas las amontona, unas sobre otras, en el cañuto ó casilla del centro y tapa la entrada. Al mismo tiempo pone un huevo en cada una de las casillas laterales y también la cierra. Dando con esto por concluída su misión, abandona casa, provisión é hijos, para seguir la vida errante y solitaria de los bosques.

Entre tanto los hijos que salen de los huevos, pasan todo el invierno en su encierro, nutriéndose y creciendo por un sistema de alimentación el más curioso y extraño. Se alimentan no por la boca, sino por los poros de su cuerpo, absorbiendo las emanaciones de las arañas que al fin perecen por consunción. Esa absorción es suficiente para el desarrollo de las larvas hasta su transformación en avispas perfectas, las cuales salen de su prisión abriéndose paso con los dientes, y cada cual vuela por su lado para volver en el verano á construir, cada una aisladamente, su edificio, repitiendo las mismas operaciones de la avispa madre.

He aquí un verdadero vampirismo; pero, al revés del monstruoso absurdo (admitido todavía en nuestros tiempos por naciones ilustradas) son aquí los vivos, los verdaderos vampiros que engordan á expensas de las sustancias de los semi-muertos.

El fenómeno que nos ocupa está admitido y explicado por la ciencia médica, aunque no precisamente en cuanto á la completa alimentación por medio de la absorción cutánea y pulmonar; pero reconoce el hecho de que una persona debil se robustece, puesta en contacto frecuente con otra vigorosa. La experiencia ha demostrado que, cuando en el matrimonio existe gran desproporción de edades, el consorte de más años mejorará á expensas del más joven; y se ha visto que los niños que duermen con personas ancianas, desmedran notablemente y aun llegan á morir. Una de las causas, tal vez la más activa, de la espantosa mortalidad de los niños de las inclusas, consiste en la falta del fomento del regazo materno, que completa la alimentación del infante con las emanaciones de la madre ó del ama.

Este hecho fué conocido desde los tiempos más remotos, como parece probarlo la aplicación que de él hicieron los médicos hebreos en la decrepitud del rey David. El célebre Hufeland, en su *Arte de prolongar la vida,* cita algunos casos curiosos, muy interesantes bajo el punto de vista científico.

Todo cuerpo vivo exhala sin cesar, por medio de la transpiración en forma gaseosa, parte de su sustancia, y esa emanación participa de las mismas condiciones de salud ó enfermedad del cuerpo que las produce; al mismo tiempo absorbe constante-

mente por la piel y por los pulmones las emanaciones de los cuerpos inmediatos.

En el caso de la *avispa solitaria,* es probable que sus larvas estén dotadas solamente de la propiedad de absorber; y, como las arañas se encuentran con esa misma propiedad debilitada por la extenuación, resulta que las larvas estarán constantemente recibiendo emanaciones asimilables sin perder nada; y por el contrario, las arañas perderán su sustancia sin compensación, demacrándose hasta quedar reducidas al pellejo, como se las encuentra cuando las larvas han llegado al estado de crisálidas.

Todo esto, y mucho más, tendría que saber la avispa madre si ella operase guiada por el raciocinio. Para que un ser dotado de inteligencia pudiera proceder con el acierto de esta avispa, necesitaría prepararse con el estudio de la Física, la Fisiología y la Historia natural, además de la teórica y práctica indispensables para la construcción del edificio con las debidas proporciones y requisitos, aunque fuese con auxilio de l 'a y el compás.

Para resolver el ex problema de alimentar los hijos sin darles de comer, debería, ante todo, tener conocimientos de las funciones de la respiración y absorción, y de la peculiaridad de las larvas de ser sólo absorbentes. Entonces podría ocurrirle la idea de colocar las larvas al lado de otros insectos vivos que las nutriesen con sus emanaciones; pero ¿cómo hacer para que estos animales no devoren á las tiernas crías? ¿y cómo conservarlos vivos por el largo tiempo de tres ó cuatro meses? Para eso sería indispensable que supiese que la araña goza el privilegio de poder vivir mucho tiempo sin comer; y

para evitar que ataquen á las larvas ni embaracen su desarrollo, idearía encerrar las arañas dentro de una casilla y colocar las larvas al rededor de este depósito. Mas para discurrir así, sería preciso que conociese la propiedad que tienen los gases de pasar al través de los cuerpos porosos y que esa porosidad existe en un tabique de tierra. También le sería necesario conocer la ferocidad de las arañas que llegan á devorar á las más débiles de su especie, porque si en el encierro en que las deja tuviese lugar esa carnicería, quedaría todo perdido.

Para evitar tal desastre habría de ocurrir al arbitrio de narcotizarlas, sabiendo que lo lograría por medio del veneno del aguijón y conociendo también la dosis homeopática que se debe suministrar para no producir la muerte de las arañas.

¿Y no habría el temor de que el veneno introducido en el organismo de la araña, siendo á la vez absorbido por la larva, causase la muerte de ésta? Debería, pues, la avispa estar enterada de que los venenos animales únicamente obran introducidos en una herida ó llaga, y pierden toda su fuerza recibidos por absorción é ingestión; por manera que la carne de un animal muerto de una mordedura ponzoñosa se puede comer impunemente, aunque impregnada de un virus deletéreo.

Aun llegada á este punto la solución del problema, todavía pudiera malograrse todo el trabajo con la asfixia de las larvas y sus forzadas nodrizas, si ignorase que unas y otras pueden vivir sin respirar el aire libre. Y, finalmente, sería necesario saber de antemano la duración del período del crecimiento de las larvas hasta su metamorfosis para poder

graduar la cantidad de provisiones vivas que se deben almacenar.

¿Llegaría el hombre á las conclusiones del insecto, sin pasar primero por las vacilaciones de la duda y por mil experimentos infructuosos?

CAPÍTULO XXII.

Los mosquitos.

Los mosquitos, las moscas, los piques y otros parásitos obligan al hombre á preservar su morada de los miasmas que inficionan la pureza del ambiente, necesaria para la vida, y á la práctica del aseo en su persona, que tanto importa para la conservación de la salud.

Las aguas encharcadas, las inmundicias y putrefacción de toda especie son los criaderos donde pululan las larvas de tan incómodos insectos, al mismo tiempo que son el foco de las emanaciones que alteran la bondad del aire respirable.

El único inconveniente real que tienen las islas es la molestia que causan los mosquitos en la estación del verano; pero, como sólo invaden por la noche, fácil es librarse de ellos con el uso del mosquitero, ó ahuyentándolos con zahumerios. El barón de Humboldt en sus viajes por la América ecuatorial observó que los mosquitos no pasaban de una capa muy baja de la atmósfera, de unos doce á quince pies de altura; de modo que estableciendo á algunas varas de elevación un retrete para pasar la noche, se puede uno librar completamente de

ellos, como vió el mismo Humboldt que lo había practicado cierto padre misionero.

Los indígenas habían hecho esa observación desde tiempos muy antiguos. Dice el padre Lafiteau que los conquistadores encontraron, en las márgenes del río de las Amazonas y del Orinoco, naciones numerosas que construían sus aldeas en el aire sobre troncos de palmas, á la altura de veinte pies del suelo, para librarse de la incomodidad de los mosquitos.

Puede asegurarse, porque se ha experimentado en estos países, que los mosquitos también desaparecen ó se disminuyen al paso que se aumenta la población. Sábese que el mosquito es un insecto que solamente en el agua se propaga, y ha de ser una agua completamente tranquila. Pretender, fundándose en la propia observación, que estos insectos se multiplican entre el follaje, es repetir un error vulgar que sólo prueba la falta de nociones sobre la historia natural.

Depone la hembra del mosquito sus huevecillos sobre la superficie del agua estancada, porque es necesaria la quietud del líquido para la incubación, el nacimiento de su prole y las transformaciones por que tiene que pasar. Permanece la nidada flotando hasta que empollada por el calor del ambiente, salen á los dos días unas larvas semianfibias que viven y crecen dentro del agua, hasta que llega la época de su metamorfosis, antes del mes. Entonces vuelven á flotar en estado de crisálidas, que es cuando se van transformando en insectos alados, y en breve tiempo, rompiendo la túnica que lo envuelve, sale el mosquito hecho y derecho, para tormento de los demás vivientes,

Ahora bien, con la población y el cultivo de las islas, habrá cada vez menos aguas detenidas, porque se despejarán los canales obstruídos por los camalotes y árboles derribados, se limpiarán todas las acequias de desagüe, y se harán desaparecer los lagunajos para utilizar el terreno. Hoy es ya notable la diminución de los mosquitos en los puntos habitados del delta. Si en nuestras ciudades los hay (á veces más tenaces y astutos que los de las islas), es porque tienen su criadero en los aljibes y otros depósitos de aguas pluviales.

Además de que, esa molestia, sólo sentida en algunas noches calurosas del verano, ¿no está suficientemente compensada con la seguridad de no ser uno incomodado por ningún otro insecto ni sabandija de los que en todas partes abundan? En el delta no existen aquellos ápteros chupadores que nos privan del sueño, y que no podemos evitar con el mosquitero. En la apacible mansión de las islas no hay insectos que causen la menor molestia durante las horas del día; no hay bichos ofensivos, ni reptiles ponzoñosos, ni se multiplica allí la oruga que despoja los árboles de nuestras quintas, ni existe la langosta que tala los campos, ni la hormiga destructora de las flores y las frutas. ¿Qué paraje hay en el mundo conocido, que con menos inconvenientes reuna mayores ventajas que las preciosas islas del río Paraná? ¡Cuántas regiones que hoy vemos cubiertas de plantas útiles y ganados de todas especies fueron antes el exclusivo dominio de las fieras! El hombre, atraído por la fertilidad del suelo, estableció allí su morada, destruyó los focos de infección, y ahuyentó los animales nocivos, taló

las selvas, desaguó los pantanos, purificó el aire, labró la tierra y la obligó á fructificar y alimentar numerosos rebaños para su sustento y su riqueza.

CAPÍTULO XXIII.

Las flores olorosas, la oruga de esquife.

Ha sido una creencia universal, desde los tiempos más remotos, que el olor de las flores y en general los perfumes vegetales purifican el aire. Si esta persuasión, que parece instintiva en el hombre, llegase á ser un hecho confirmado por la ciencia; si los aromas estuviesen dotados de la virtud de destruir los miasmas pestíferos, en tal caso tendríamos un defensivo natural, de facilísima aplicación, contra el azote cruel de las epidemias en el cultivo de las flores en torno de nuestras viviendas, como lo es contra las impurezas de la atmósfera la plantación de árboles en las ciudades.

« El aceite esencial, dice un autor moderno, que se desprende incesantemente de las flores en forma de vapor perfumado es un agente antipestilencial capaz de destruir los principios deletéreos de la fiebre amarilla, el cólera y demás contagios. »

Entre las plantas indígenas de suavísimos olores que las islas de nuestro delta nos ofrecen, hay tres notables por su perfume, que puede ser equiparado con el de las más suaves esencias: el *isipó,* el *duraznillo,* y el *arrayan.* El *isipó* es una magnífica enredadera vivácea que figuraría con ventaja entre

las que decoran los más lujosos jardines formando colgaduras, festones y pabellones de espeso y perpetuo verdor. Es de larga vida, crece sin enroscarse; sus hojas son grandes, coreáceas, parecidas á las del naranjo; sus tallos fuertísimos aunque delgados se extienden desmesuradamente. De ellos han hecho siempre los montaraces, sin ninguna preparación, fuertes cordeles para asegurar el armazón de las hangadas y para sus construcciones rústicas. Las flores purpúreas de este bejuco, semejante á la arvejilla, no carecen de belleza; su aroma recuerda el sahumerio de exquisitas pastillas ó pebetes; el fruto es una legumbre con hermosas habas color café, casi esféricas, muy duras.

El *duraznillo fragante* es un pequeño arbusto siempre verde, cuyos congéneres son muy comunes y conocidos en el país con los nombres de *duraznillo negro* y *duraznillo blanco*, gozando este último de gran crédito como planta medicinal. El que describo es, como éstos, de ramazón quebradiza; sus hojas son semejantes á las del durazno, orígen de su nombre; los ramilletes de sus humildes florecitas, de un amarillo verdoso, sólo á la caída de la tarde exhalan sus efluvios odoríficos que no difieren del balsámico olor de la *vainilla*, sin embargo de que la planta estrujada despide un hedor nauseoso. El exquisito aroma de estas flores y la abundancia del arbusto que las produce se brindan á la industria para reemplazar la valiosa *vainilla*, extrayendo su esencia para el tocador, para la confitería y la economía doméstica.

También debe ser el *duraznillo* de fácil cultivo, pues en el delta se le ve prosperar al sol y á la

sombra, en los terrenos secos y en los húmedos.

El día que descubrí esta planta en mi isla, me paseaba por entre mis frutales dedicándole mis cuidados, cuando al ponerse el sol percibí repentinamente un olor á vainilla, tan suave, grato y penetrante, que me embargó delcitosamente. No sabiendo á qué atribuir aquella improvisa fragancia, que no me parecía provenir de las flores, sino de esencias ó perfumes, se me figuró que había pasado por allí alguna apuesta dama de la ciudad, dejando en pos de sí la estela olorosa de sus ropas perfumadas. Pero muy luego ví un pequeño arbusto florido, el *duraznillo,* que me reveló la procedencia del exquisito aroma que se confundía con el de la preciada *vainilla.*

El *arrayán* es aquel vegetal favorito de los antiguos, conocido con el nombre de *mirto,* tan ensalzado por los poetas de todos los siglos, dedicado entre los Griegos y los Romanos á la diosa de la hermosura; emblema de los triunfos de los amantes y los guerreros; aquel poético *mirto,* con cuyas flexibles ramas se hacían coronas para honrar á los héroes y á los magistrados, y que los hebreos, en la fiesta de los Tabernáculos, llevaban en la mano junto con la palma y el olivo: ese mismo *mirto* es el que hoy, con el nombre de *arrayán,* embalsama y poetiza con su presencia los vergeles del delta; así como continúa y continuará siendo el ornato indispensable de los jardines en uno y otro hemisferio.

El *arrayán* es un arbusto elegante y delicado, siempre verde, que se eleva cinco ó seis metros; su follaje es denso y luciente; compuesto de hojas pequeñas de un verde claro, lanceoladas, agudas, de

un tejido consistente. Su madera es blanquecina, fuerte, correosa, susceptible del torno, propia para utensilios; sus florecillas blancas, de estambres mucho más largos que los pétalos; se agrupan formando lindos plumeritos que exhalan sin cesar un olor subido, embargante, que trasciende percibiéndose á larga distancia del arbusto. El fruto es una pequeña baya azul oscura que persiste todo el invierno como las hojas. Toda la planta es aromática; de ella se extrae el cosmético conocido con el nombre de *agua de ángel.* Por sus propiedades medicinales se coloca en la categoría de los vegetales aromáticos, astringentes y tónicos; por eso sus hojas y su corteza eran empleadas antiguamente en cocimiento para lociones y baños. Hoy día, aunque la medicina ha abandonado su uso, sus virtudes conservan el aprecio popular; y hay personas que prefieren el olor del mirto al de las mejores esencias, y se asegura que las modernas damas romanas emplean su agua destilada para aromatizar sus baños, considerándolo como específico más eficaz para la conservación de sus atractivos. La industria cuenta el arrayán ó mirto entre los vegetales útiles. En Italia y en Grecia se emplean sus hojas para curtir las pieles; en varios países se sirven de sus frutos en lugar de la pimienta; en el Brasil los llaman *craveiro da terra.*

Ignoro si nuestro arrayán es una especie nueva; mas aunque como vegetal se confunda con el mirto común ó con alguna de sus numerosas especies y variedades, hay en él una particularidad zoológica que lo singulariza. Esta consiste en una oruga singular, denominada por mí *oruga de esquife,* que vive entre sus ramas alimentándose de sus hojas con

exclusión de toda otra planta. Es de una pulgada de largo, lampiña, muy semejante á la oruga llamada *bicho de cesto.* Lo mismo que ésta, vive aquélla constantemente dentro de su vivienda portátil sin dejarla nunca, pues la disposición de sus miembros no le permite andar afuera sino arrastrándose penosamente. Dicha vivienda tiene la forma de buquecillo con cubierta, de dos pulgadas de largo y media de grueso, que llamo *esquife* por tener dos proas como el batel de ese nombre, las cuales se levantan con gracia formando una curva á semejanza de las góndolas; en cada proa hay una abertura ó escotilla, por donde la oruga marinera se asoma para dirigir su bajel sin salir de la bodega. Este esquife es formado de una pasta durísima de color aplomado, producida por el insecto, primorosamente graneada como la piel de zapa, pero suave al tacto y lustrosa.

Su sistema de locomoción es muy curioso; es propiamente una navegación aérea. El esquife está siempre suspendido entre dos ramas del árbol, como en un columpio, por dos hilos que llamaremos *maromas,* asegurados en una y otra proa. No he observado cómo se ingenia la oruga para tender las maromas que suspenden su nave, y para hacerla cambiar de rumbo cuando le conviene dirigirse á otra rama, ó pasar á otro arbusto; probablemente soltará al aire una hebra larga, como hace la araña para extender la primera cuerda de su red. Siendo la seda de la oruga sumamente leve volará al menor impulso del ambiente hasta dar con una rama en que se pegue, y una vez asegurada la hebra volante, queda establecida la maroma; entonces la oruga la va recogiendo desde abordo para dirigir su navecita

hacia el nuevo gajo que le presenta abundancia de hojas para su alimento. En las horas de su reposo, retira el esquife del amarradero y lo deja columpiándose entre sus dos maromas. La forma aovada del casco de la embarcación es necesaria para que la oruga pueda darse vuelta dentro de la bodega, á fin de sacar la cabeza, ya por una, ya por la otra escotilla, según lo exija la maniobra del equife.

Cuando le llega el tiempo de pasar al estado de crisálida, corta una de las maromas y ata fuertemente el esquife por una de sus proas á una rama delgada, quedando en posición vertical mientras se opera la metamorfosis. No conozco la mariposa ni he observado la historia de la *oruga de esquife;* pero tengo por cierto que tan peregrino insecto es indígena de este país, que sólo vive en el arrayán, y que ésta es la primera noticia que se publica de su existencia.

CAPÍTULO XXIV.

Las lianas, el pitito y la nueza.

Lo que constituye la belleza mayor de aquellos bosques son las lianas ó enredaderas que todo lo invaden, sin dejar árbol que no engalanen con su perpétuo verdor y con sus flores.

Extiéndense con increíble rapidez, adquiriendo muchas de ellas proporciones gigantescas con sus troncos como parras ó largos cables. Algunas veces pasando de copa en copa, cubren una considerable extensión de bosque, concluyendo por confundirlo en una sola masa de follaje.

Ellas son las que en la planicie del delta reemplazan las colinas, los barrancos, las cavernas, simulándolas sobre la armazón de los árboles más robustos.

Enramadas sombrías, graciosos kioscos, columnatas festonadas, colgaduras y guirnaldas de mil flores sobre la márgen de los arroyos, á cada paso incitan al viajero á detener su marcha para contemplar de cerca y disfrutar su amenidad y su frescura.

Cuando, en forma de festones, los entretejidos bejucos penden entre dos árboles, parecen hamacas

floreadas, donde se ven los nidos de las aves suavemente mecidos por las brisas.

Se ven magníficas tiendas de campaña que tienen por mástil central un seibo oprimido con el peso de un denso tejido de lianas, que, después de haber subido por su tronco, se descuelgan por toda la periferia de su copa, y arraigan de nuevo en el suelo, formando á su alrededor un gran círculo de cordones y cortinas.

Entre la confusión de tanta variedad de plantas trepadoras, son notables: el *isipó,* de tallos tan largos y fuertes que se emplean como cordeles; la afamada *zarzaparrilla,* única planta espinosa de las islas; una leguminosa que produce pequeños porotos que los leñadores saben aprovechar para su alimento; el *carapé,* que da una papa comestible en forma de torta; el *tasí,* que se señala por la magnitud y rareza de sus frutos, y más por la particular propiedad que tienen sus pequeñas flores de atrapar por la trompa á las mariposas que se le introducen para chupar el néctar.

Las enredaderas se agrupan en torno de los árboles en tal muchedumbre que he llegado á contar hasta diez especies sobre un solo tronco, trabándose entre ellas una verdadera lucha por encaramarse y ganar la luz.

Unas suben enroscándose; otras ensortijando sus zarcillos; otras agarrándose con sus garfios; otras asiéndose con los pedículos de sus hojas, y hay una que, aunque encuentre el tronco del árbol enteramente cubierto de otras lianas, se introduce como una sierpe con la punta de su tallo, dura y lisa, asegurándose con las espinas de que se va erizando, al

paso que adelanta camino, hasta que se sobrepone á sus rivales, y sólo entonces empieza á desplegar sus hojas.

Entre esa multitud de lianas, tres son las que más se han hecho conocer por su utilidad ó su belleza: el pitito, la nueza y el burucuyá, y son las más comunes, tanto en las islas como en el resto del país. La primera es del género tropeolo, que comprende una treintena de especies originarias de América (Méjico, Perú y Río de la Plata). La de flores naranjadas, conocida con los nombres de *capuchina, taco de la reina, flor de la sangre, alcaparra de Indios* y *berro del Perú,* es cultivada en los jardines, así del viejo como del nuevo Mundo. Con sus flores se aliñan las ensaladas; sus frutos encurtidos pueden reemplazar á las alcaparras; todas las partes de la planta tienen las propiedades del berro, y son antiescorbúticas.

El sabio Linneo ha admirado y celebrado el tropeolo por la rareza de sus formas; y su hija Cristina observó con asombro, que cuando está en flor la capuchina despide luces semejantes á las chispas eléctricas á la hora del crepúsculo vespertino.

Nuestro tropeolo, llamado *pitito,* por la figura del pito ó pipa común que tienen las flores, proviene de un tubérculo globoso, del tamaño y contextura de la papa de comer, que contiene un zumo glutinoso, cristalino, de olor fuerte y sabor picante como el rábano. Sus hojas son alternas, pequeñas, delicadas, lisas, de un bonito dibujo en forma de estrellas; cada una se compone de cinco hojuelas lanceoladas, circularmente unidas á un larguísimo pedículo que le sirve de zarcillo para trepar y asegurase, con la

particularidad de que no lo enrosca sino cuando encuentra de qué asirse. Crece con rapidez, echando tallos no más gruesos que un hilo de acarreto, que se extienden sin término y se ramifican copiosamente; de modo que en poco tiempo despliega anchos velos de verdura sobre el arbusto, la verja ó la glorieta que ha ocupado. Sus lindísimos festones pueden servir de modelo al bordado y para las artes de adorno.

El pitito merece un lugar preferente en los jardines por su bellísimo follaje que resiste á las heladas, recreando nuestra vista en el invierno. En la primavera se cubre de lindas y raras florecillas de coral, cuyos estrechos y hondos nectarios parecen sólo apropiados á la lengua del picaflor, el cual no cesa de girar en torno de ellas; y luego se transforman en pequeños frutos redondos, que, con sus largos pedúnculos, parecen alfileres de pecho con engarce de tres azabaches. Su jugosa pulpa da un hermoso color morado, y tiene las enérgicas propiedades de los tubérculos de la planta.

Arnold asegura que los frutos de la capuchina son purgantes, y tanto esa como las otras virtudes de la planta deben ser comunes al patito y demás especies, si es que todas gozan de las mismas propiedades, como lo cree Merat.

Digno objeto es de un estudio fisiológico la extraña peculiaridad del pitito de resistir al frío más intenso, á pesar de la extrema delicadeza de este bejuquillo; á la vez de no poder soportar el calor, pereciendo en el verano, aunque en las islas nunca le falte la humedad ni la sombra. Se ha observado que el tropeolo es un vegetal animalizado por contener el fós-

foro en grande cantidad. ¿No gozará esta liana la propiedad animal del calor interno, debido á la producción fosfórica que arde á medida que se va formando, produciendo al mismo tiempo los pequeños relámpagos que despide en su floración? Con esto quedaría explicado el fenómeno de su vegetación hienal, así como el de no resistir á la acción del calor estival, que, aumentando el fuego interior, la consume[1].

El tierno y gracioso pitito, que se burla de los fríos del invierno, no puede resistir á los calores del verano; y entonces lo reemplaza otra liana tosca y desairada que se extiende con sorprendente prontitud; propiedad que le ha dado el nombre griego *brionia* (*que crece con vicio*). La especie más común, en España se llama *nueza* ó *vid blanca*, en Francia *nabo del diablo*, y acá *sandía cimarrona*. Sus largos tallos herbáceos se elevan por las cercas y los árboles con el auxilio de zarcillos como los de la parra, sus hojas son grandes, palmadas como las de la vid y la sandía; la raíz es gruesa como el brazo y á veces más.

Cultívase en los jardines europeos, por la prodigiosa celeridad con que cubre los espacios que se le destinan. En Alemania los artistas la plantan en tiestos, y cuando sus tubérculos han adquirido el suficiente volumen, la trasplantan en el suelo, enterrando solamente las raíces más delgadas. Á la raíz gruesa, que queda fuera de la tierra, la tallan en forma de un rostro humano y le dan los colores

1. Branconot ha encontrado en la capuchina una cantidad notable de ácido fosfórico.

convenientes para hacer más propia la semejanza. La naturaleza parece que se complace en acceder á ese entretenimiento inocente; pues á pesar de semejante operación, la planta vive y prospera sin alterar su nueva figura artística, sirviéndole sus retoños de cabellera. Este extraño género de escultura serviría de curioso ornato á nuestros jardines, pudiendo amoldarse á todos los caprichos imaginables, puesto que las mismas formas caprichosas de los tubérculos de la nueza ofrecen campo vasto á la fantasía del escultor.

Con la raíz de esta planta era confeccionado el cosmético que las damas de la antigua Grecia tenían por más eficaz para embellecer el cutis y reparar los estragos de la vejez[1].

Su uso como purgante es popular en Europa, especialmente en Suecia y en Alemania, donde los lugareños suelen hacer un hueco en la raíz de la nueza durante la noche para que mane el jugo con que se purgan. También hacen rebanadas delgadas, que aplicadas á la piel irritan é inflaman, y forman así rubefacientes como los de mostaza.

La raíz de la brionia va adquiriendo gran fama en la medicina. Hoy han vuelto á acreditarse muchas de las admirables virtudes medicinales que le atribuían los antiguos, cuyo descrédito acaso provino de no haber hecho uso de la raíz fresca ó recién

1. Dioscórides atribuye á esta raíz la virtud de limpiar el cutis, quitar las arrugas y extirpar las quemaduras del sol, los barros, las pecas y las manchas. «La *vid blanca* (añade el Dr. Laguna, traductor de Dioscórides) es la que llamamos *nueza* en Castilla, planta muy conocida y de muchas y no vulgares gracias... El aceite que hubiese hervido en su raíz, quita todas las manchas y cardenales del rostro». Hoy es remedio popular para el reumatismo agudo.

arrancada, porque después de seca pierde toda su energía.

Además de ofrecer esta preciosa planta un remedio popular, siempre al alcance del pobre y del aislado habitante de la campaña, también se le brinda como un abundante y nutritivo alimento, que siempre tendrá á la mano el viajero y el desgraciado fugitivo. Hay una clase de mandioca en el Brasil (de la que se hace la *fariña*) que contiene, como la raíz de la nueza, un zumo muy acre y venenoso; pero ese zumo se extrae lavando la raíz después de molida ó triturada, quedando así en estado de poderse usar como alimento sano y agradable.

Sus cogollos, como los de la mayor parte de las plantas trepadoras, son buenos para comer, cociendo antes en agua los que tengan alguna acritud. «Yo los he comido así, dice Darwin, y me han parecido casi tan buenos como los espárragos.»

También es usada en nuestro país como planta tintórea. Cociendo el tallo, hojas y fruto, resulta un hermoso color amarillo con que se tiñe la lana para los tejidos en las provincias argentinas del interior.

CAPÍTULO XXV.

El burucuyá ó la pasionaria.

El bejuco que hemos colocado en tercer lugar en la categoría de los más preciados de este suelo, aunque no tiene las propiedades medicinales y alimenticias de los otros, merece la primacia por su hermosura, su magnificencia y sus caracteres simbólicos. En efecto, entre la innumerable variedad de lianas de nuestro emisferio, la que más cautivó la atención de los descubridores é historiadores de América, por la rara belleza de sus flores, fué el *burucuyá* de los Guaraníes, que los Europeos han realzado con el nombre de *pasionaria ó flor de la Pasión,* enredadera vivaz, de pomposo follaje verde-esmeralda, que se conserva todo el año, y que por espacio de cuatro meses luce esmaltada de hermosas flores en que se encuentran todos los matíces del azul, desde el celeste al turquí, y los del encarnado, desde el rosa al carmesí, y á veces en una misma flor reunidas todas estas tintas; viéndose, al mismo tiempo, cubierta de frutos naranjados, más bellos, cuando entreabiertos muestran los granates de su seno.

Admirable y singular como toda ella es la manera de operarse la fecundación en esta flor. Sus tres

estígmas, ú órganos hembras, al abrir el capullo se hallan juntos y erguidos, y se ha observado que, algunas horas después, se separan y se inclinan hasta encontrarse con los órganos machos ó estambres para recibir el polen, y luego de haber sido fecundados vuelven á levantarse, permaneciendo adheridos á la baya hasta su maduración. ¿Quién, al contemplar este simulacro de los más vivos sentimientos, no se ilusionará hasta atribuir la animalidad á esta flor maravillosa? El célebre autor del poema de los *Amores de las plantas* hubiera dicho que las tres novias, al impulso de la pasión, buscan á sus esposos que las aguardan en el tálamo nupcial, y que después, cual tiernas madres, permanecen inseparables del fruto de su consorcio.

Es tan numerosa la clase de las pasionarias, que ya se han descrito más de doscientas cincuenta especies con diferencias bien notables.

¿Cómo explicar la minuciosa semejanza de todas las flores de una misma pasionaria, cuando sus especies numerosas presentan tantas variedades? Las hay muy fragantes, y á algunas se le atribuyen virtudes medicinales. Su fruto, muy apetecido de las aves, tiene un sabor dulzaino, agradable á los niños; antes de la madurez se hace con él un dulce muy exquisito por su aroma y por su dejo.

Transportado á Europa, el burucuyá es objeto de los mayores cuidados en los jardines é invernáculos, sirviendo su follaje para tapizar las paredes y formar guirnaldas siempre verdes. Los hielos de nuestro clima no le ofenden; su vida es de largos años, y sus tallos se extienden sin término hasta la cima de los álamos más altos, frondoseándolos vistosa-

mente en el invierno con su verde manto tachonado con los discos cerúleos de sus flores y las esferas doradas de sus frutos.

Su nombre científico *pasiflora,* que significa *flor de la Pasión,* preconiza la singularidad de presentar en los órganos floreales un recuerdo tan marcado de los principales instrumentos de la pasión del Redentor, que no sólo ha impresionado la imaginación del pueblo, tan propenso á encontrar lo maravilloso, sino el espíritu ilustrado y pensador de muchos escritores.

Para representar en un vegetal unos objetos de formas entre sí tan discrepantes como extrañas á la conformación de los órganos de la fructificación, debía resultar un conjunto singular que formase una flor en nada parecida á las demás; y así es en efecto la *flor de la Pasión.*

En ella se ve la imagen de la corona de espinas que pusieron los judíos sobre la cabeza de Jesús, la columna donde fué azotado, los tres clavos con que traspasaron sus pies y manos, las cinco llagas, y las cuerdas con que lo ataron: penetrando con la fe en el corazón del fruto de la pasiflora, también hallaremos allí un recuerdo del cruento sacrificio en aquellos glóbulos que, en color, brillo, forma y tamaño, remedan gotas de sangre coaguladas.

¿Será que Aquel que para demostrar la verdad de su misión divina, mandaba á la naturaleza y la naturaleza le respondía con los más brillantes prodigios, haya querido dejar escrito en la misma naturaleza el recuerdo de su sacrificio? Y eligió para perpetuarlo, no el granito de las montañas, sino los órganos frágiles de una flor que perece el día

que nace; pero que en infinitas y perpétuas ediciones renueva la celeste inscripción, como en las débiles hojas del papel, la imprenta perpetúa la sublime doctrina de su Evangelio.

Ó ¿será todo esto una mera ilusión? ¡Venturosa ilusión que engendra la importante realidad del recuerdo saludable de la redención del hombre, á la vista de una flor, en los jardines y en los desiertos, por donde quiera que la suerte guíe sus pasos! Y esa misma planta que el cristiano admira como emblema del sacrificio que le abrió los cielos, también le enseña con su ejemplo, que no confíe en sus propias fuerzas para subir á ellos por el sendero de la virtud. ¿Qué habría sido de esa lozana pasionaria sin el arrimo del árbol que la sostiene? El hombre es una débil liana que se agobia por su propio peso; es una pasionaria frondosa que extiende sus primeros vástagos hacia el cielo; mas si le falta un apoyo se encorva y arrastra por la tierra. Sostened con la fe sus sentimientos; dadle el arrimo del árbol de la cruz; regadlo con la doctrina de la caridad, y crecerá vigoroso y dará las flores de las virtudes y copioso fruto de buenas obras.

Todo lo que nos conmueve en lo bello; todo lo que nos enajena en la virtud; todo lo generoso, todo lo heroico, se resume en esta palabra divina: «AMAD Á DIOS Y Á LOS HOMBRES.» Dios ha puesto la moral en el amor, para que estuviese al alcance de todos los hombres, hasta de los más pobres de espíritu. La inteligencia podrá desarrollarse más ó menos, pero el alma siempre será grande. ¡Doctrina sublime que toma sus discípulos en el primero y último escalón! Jesucristo por medio de la caridad,

eleva á la multitud ignorante hasta la sabiduría de Sócrates. Á la Religión, pues, corresponde vivificar á los pueblos. Serán justos delante de Dios, si aman á los hombres, y poderosos entre los hombres, si aman á Dios. El amor, esa caridad prescripta por el Evangelio, es una felicidad para este mundo y para la eternidad. Amad, y vuestros deseos quedarán satisfechos; amad, y seréis felices; amad, y seréis libres é invencibles; amad, y todas las potencias de la tierra se arrastrarán á vuestros pies. El amor es una llama que arde en el Cielo, y cuyos dulces reflejos brillan hasta nosotros. Ábrensele dos mundos, concédensele dos vidas. Por medio del amor á Dios y á los hombres, gozamos de la virtud, de la paz y de la libertad en la tierra, y nos uniremos á Dios en el Cielo.

No hay verdad ninguna, moral ó política, cuyo germen no se halle en algún versículo del Evangelio. Cada uno de los sistemas modernos de filosofía ha comentado uno, y lo ha olvidado después; la filantropía ha nacido de su primero y único precepto, —la caridad; la libertad ha seguido el camino trazado por él, y nunca servidumbre degradante ha podido subsistir ante su luz; la igualdad política ha provenido del reconocimiento que nos ha hecho hacer de nuestra igualdad, de nuestra fraternidad ante nuestro padre Dios; las leyes se han morigerado, los usos inhumanos se han abolido, las cadenas se han roto, la mujer ha reconquistado el respeto en el corazón del hombre. Á medida que su palabra ha resonado en los siglos, ha hecho desplomarse en ruinas un error ó una tiranía; y puede decirse que el mundo actual en su conjunto, en sus

leyes y costumbres, sus instituciones, sus esperanzas, no es más que el verbo del Evangelio, más ó menos encarnado en la civilización moderna. Pero su obra dista mucho de estar acabada: la ley del progreso ó de las mejoras, que es la idea activa y potente de la razón humana, es también la fe del Evangelio; él nos prohibe pararnos en el bien; nos llama siempre hacia la perfección; nos veda desesperar de la humanidad, ante la cual presenta, sin cesar, horizontes más luminosos: y cuanto más se abren nuestros ojos á la luz, más promesas leemos en sus misterios, más verdades en sus preceptos, más vasto porvenir en su destino.

CAPÍTULO XXVI.

El irupé.

La más admirable de todas las flores, la planta singular de la familia de las ninfáseas, llamada *irupé* por los Guaraníes, y *Victoria regia* por los botánicos, es una de las maravillas del reino vegetal, que se ostenta en nuestros grandes ríos. Aunque no se la encuentra en el archipiélago del delta del Paraná, ¿cómo es posible, al describir este río, dejar en silencio tan hermosa hija de sus aguas?

Los que hayan visto las balsas ó islas herbáceas que flotan en las ondas del Paraná, formadas de nenúfares, sagitarios y otras plantas acuáticas, vulgarmente llamadas *camalotes*, fácilmente concebirán cómo se extiende el *irupé* sobre las aguas. Figurémonos uno de esos mantos flotantes, del verdor más fresco, formado de gran número de bandejas redondas, de una brazada de ancho, coronadas de enormes espigas globosas de azabache, y de magníficas flores carmesíes de alabastro, de una vara de ruedo, que esparcen un aroma delicioso.

Todo es notable y raro en esta planta fluvial: sus flores, sus frutos, su fragancia y hasta sus movimientos espontáneos que la colocan entre las plantas dotadas de sensibilidad.

Los grandes discos de sus hojas natátiles, de cinco á seis pies de diámetro, lisas y verdes por encima, con un reborde vertical de dos pulgadas, se asemejan á una gran fuente, lo que ha dado origen á su nombre guaraní *irupé* (plato en el agua). Por debajo son rojizas, con una red de gruesas nervaduras huecas que contribuyen á mantenerlas sobre el agua, aunque aves de gran tamaño, como las garzas, se posen sobre las hojas que pueden sostener el peso de una criatura, sirviéndole de cuna flotante.

El peciolo sale del centro de la hoja. Los rizomos ó tallos de la planta, siempre sumergidos, están erizados de largas espinas, y lo mismo las nervaduras de las hojas, el pedúnculo y el cáliz, que está dividido en cuatro sépalos rojos. La flor, de un pie de diámetro, se compone de más de cien pétalos, interiormente blancos, simétricamente colocados, que, según se acercan al centro, van disminuyendo en tamaño y tomando un color encarnado hasta el carmín. Numerosos estambres forman en medio de la flor una bella corona amarilla y punzó.

Estas flores colosales del *irupé* brillan con singular hermosura á la luz del sol, esparciendo un olor suavísimo, comparable al de la *flor del aire*, y sobrenadan como las hojas de la planta, alargando para ello unas y otras sus pedúnculos y peciolos todo lo que es necesario para llegar al nivel del agua; y cuando esta se eleva accidentalmente, aquella prolongación continúa.

Á la flor sucede un fruto esférico del tamaño de la cabeza de un niño, que se cubre de semillas ó granos redondos del grueso de la pimienta, duros, lisos, negros y lustrosos, llenos de una fécula amilá-

cea propia para el sustento del hombre; por esta razón en el país es designada la planta con el nombre de *maíz de agua* y sirve de alimento á los naturales. Siendo el *irupé* ó *Victoria regia* planta anua que se reproduce por la simiente, sería muy fácil su multiplicación, con sólo echar sus granos en los arroyos y lagunas de fondo cenagoso; pero no prospera sino bajo un clima cálido. En Europa se ha logrado conservarla y hacerla dar flores en acuarios, á una temperatura de treinta grados.

La planta germina y crece desde los primeros días del otoño; pero permanece en el estado de inmersión hasta la primavera, cuando el calor constante de la atmósfera no puede ya dar lugar á una repentina destemplanza. Las flores retardan su aparición hasta el verano, saliendo diariamente del agua al amanecer, y desapareciendo con el astro del día, mientras que las hojas permanecen siempre sobrenadando.

La *Victoria regia* presenta con más propiedad que otras plantas el raro fenómeno del reposo nocturno que Linneo observó en algunos vegetales, denominándolo *sueño de las plantas.* Las flores del *irupé,* después de permanecer abiertas durante el día, según se ha dicho, hacen á la caída de la tarde sus preparativos para retirarse á su alcoba acuática. Se apimpollan poco á poco, ciérranse sus cálices, y así que se pone el sol, se sumergen y pernoctan debajo del agua hasta que vuelve la luz del día; y entonces aparecen de nuevo sobre la superficie desplegando sus capullos y difundiendo su perfume.

¡Cuán bello es! ¡Cuán majestuoso el momento en que la reina de las ondas desabrocha lentamente su

corola desenvolviendo uno tras otro sus anchos pétalos oblongos, cóncavos, rosados y brillantes, y mostrando su purpúreo seno! Al contemplar meciéndose sobre las aguas á estas hermosas náyades, y verlas ocultarse en las ondas luego que por la ausencia de la luz no pueden ya lucir sus galas y atractivos, nos parecen unos seres dotados de sensibilidad é inteligencia que se complacen en la admiración y simpatía que inspira el esplendor de su belleza, y el embeleso delicioso de quien, al contemplarlas aspira el hálito balsámico que exhalan.

En torno de ellas, todo parece reunirse para añadir á los placeres de los sentidos las goces del sentimiento. Al surcar la ligera nave por entre las islas frondosas del alto Paraná sobre una agua tranquila, velada con el verde manto de los nenúfares de corolas celestes y de plata y oro, y el pomposo ropaje y las soberbias flores encarnadas del *irupé*, galanteadas por lindas mariposas, encantadores colibríes y un variado cortejo de aves acuáticas, ¡qué dulce serenidad penetra en el alma del viajero! La soledad y el silencio de los bosques, las maravillas de la vegetación, la animación inocente de tantos seres, todo nos produce el olvido de los cuidados y afanes mundanales; todo concurre á dilatar el corazón, á renovar el recuerdo de nuestras más tiernas afecciones, y avivar nuestra ingénita aspiración á un retiro de paz, de descanso y de contento. El hombre siempre ha pedido á la naturaleza la calma del corazón perdida; y en verdad que sólo la naturaleza ha podido siempre restituírsela.

Siglos y siglos, miles de años habían corrido sin que se hubiese presentado en aquellas soledades

habitadas por el espléndido *irupé,* sin que se hubiera aparecido un ser que pudiese admirar y hacer conocer al mundo esta obra maravillosa del Creador; hasta que penetró allí el hombre culto, único capaz de apreciar y gozar tanta belleza. Haencke, botánico alemán, que murió en América en medio de sus doctas investigaciones, fué el primero que dió á conocer (en 1779) esta magnífica ninfeácea, denominándola *euriale amazónica,* en memoria del río en cuyas márgenes la descubrió. En 1831, d'Orbigny la encontró en los ríos Paraguay y Paraná... Después ha sido bautizada por el botánico inglés Lindley con el nombre de *Victoria regia,* en obsequio á su soberana, y últimamente el viajero alemán Schomburgh la describió preconizándola como la reina de las flores. Por cierto que no hay en todo el orbe otra planta que reuna como el *irupé* la hermosura á la magnificencia; la fragancia y belleza de las flores á la utilidad de los frutos, la singularidad de sus formas y la rareza de sus habitudes.

CAPÍTULO XXVII.

Los árboles.

¿Qué compañeros más útiles del hombre, que los árboles que, á la vez que amenizan su mansión, mantienen la fertilidad del suelo que cultiva? Los árboles protegen las vertientes, impiden la pronta evaporación de las aguas y atraen las lluvias y los rocíos. Los árboles depuran la atmósfera de los gases perniciosos, exhalan el oxígeno que nos da la vida, depuran y fecundan el suelo que los nutre, después de colmarnos de sus dones. Los árboles, nos dan alimento, medicina, vestido, casas, muebles, utensilios, embarcaciones, vehículos de toda clase y mil productos necesarios para las artes todas. Los árboles nos refrigeran con su sombra en el verano y mantienen el fuego del hogar en el invierno; nos protegen contra el huracán y contra el rayo; ofrecen abrigo á las aves y forraje á los ganados; proporcionan recreo á nuestros ojos, melodía á nuestros oídos, perfume á nuestro olfato, regalo á nuestro gusto, grata y útil ocupación á nuestros brazos, vitalidad á nuestro cuerpo, y elevación á nuestro espíritu.

Por poco que se observe la vegetación del delta argentino, se notará muy luego, que son dos los rasgos que la particularizan; el uno es la confusa

mezcla de árboles, diferentes en forma, en follaje y en color; el otro la prodigiosa variedad de plantas sarmentosas, llamadas enredaderas, bejucos y lianas; las cuales dan á sus arboledas un aspecto muy variado, é imprimen á sus paisajes cierto aire festivo y romántico en que consiste su mayor encanto. La vista no se harta de recorrer, ni la mente de admirar



la profusión de vegetales, aun de las más apartadas familias, que se agrupan y entretejen confundidos, sin perjudicarse al parecer; sirviendo además de apoyo á las plantas trepadoras, nutriendo las parásitas y abrigando las aéreas que no participan de los jugos de la tierra, ni usurpan la sustancia del árbol que las lleva.

Los árboles que han cumplido el período fijado á la existencia de cada especie, parecen aun por largo tiempo frondescentes con el prestado follaje de las lianas que los envuelven, y cuando sus carcomidos troncos caen al suelo para devolverle con su descomposición los principios que de él han recibido, todavía la naturaleza se apresura á velar las huellas de la muerte revistiéndolos de una túnica de verde musgo, adornada de helechos y agáricos, ¿Cómo explicar tan activa como inagotable fecundidad? El supremo grado de fertilidad del terreno, la extraordinaria profundidad de esa tierra vegetal,

el riego frecuente de las mareas, la propiedad fertilizante de las aguas del Paraná por su tibieza y de las del Plata por su limo, la ausencia completa de aguas corrompidas, y finalmente, la angostura de las zonas numerosas, que hace más accesibles las masas vegetales á la acción del sol y demás agentes atmosféricos, todas éstas deben ser las causas de tan copiosa y exhuberante vegetación.

Así también se comprende por qué la flora del delta nos presenta el aspecto de una latitud más elevada, por las numerosas especies de árboles y plantas de hoja permanente, que dan á sus bosques la fisonomía alegre de la primavera, á pesar de los fríos y heladas del invierno, formando un notable contraste con la vegetación agostada de la costa.

Mas ¡ay! que pronto desaparecerá tanta amenidad, tanta belleza, ante los rudos pasos de la industria desnaturalizada por la codicia y el error. Con dolor se ven caer ya los bellos árboles que hacían la delicia de nuestro Tempe á los golpes del hacha, acerada como los corazones en que el interés ha ahogado el sentimiento de lo bello, y ciega como la ignorancia que labra su propia ruina.

¡Árboles bienhechores, que fuísteis el encanto de mi infancia, y que siempre he contemplado con enajenamiento y gratitud! yo os ampararé, yo os conservaré ilesos como os crió la naturaleza, sobre los arroyos que rodean mi rústica vivienda, para que vuestro espeso ramaje continúe derramando sobre ella la frescura de vuestra sombra, el bálsamo de vuestras flores, la ambrosía de vuestras frutas, el canto de vuestras aves. ¡Ah! esparcid como siempre en torno de mi cabaña la fragancia y el regalo, la salud y la alegría!

CAPÍTULO XXVIII.

Los duraznos.

El *pérsico,* llamado así por su orígen, *melocotón* en España, y en esta parte de la América *durazno* ó *duraznero*, es el frutal que se ha propagado en las islas, lo mismo que el *naranjo,* de un modo asombroso, formando montes, que parecen interminables sobre las márgenes de los canales y arroyos del delta. Al observar la espontaneidad de su germinación, el vigor con que crece y prospera, á pesar de la espesura que lo circuye; al notar su frondosidad y larga vida, la abundancia, la grandeza, el colorido, la delicadeza y la fragancia de sus frutos, podría creerse que el Plata y no la Persia es la patria originaria de este árbol, si no constase que fué traído al Nuevo Mundo por los primeros colonos europeos.

No es raro ver en las islas durazneros de la corpulencia de un hombre, con una copa de cinco varas de radio, llena de duraznos, ó más bien, melocotones tamaños como naranjas. Generalmente crecen mezclados con los árboles silvestres, viéndose algunos tan oprimidos por la vegetación indígena, que apenas alcanza un rayo de sol por algún resquicio del tupido follaje que los rodea; y no obstante, se muestran vigorosos y fecundos. Sujetos al cultivo

del hombre, los arbolitos de un año que se trasplantan á cuatro ó cinco varas de intérvalo, al siguiente verano empiezan á fructificar, y al cuarto año ocupan ya todo el terreno, cruzando unos con otros sus ramas laterales, encorvadas hasta el suelo con el peso de la fruta.

El hermoso melocotón ó durazno silvestre de las islas no cede, en el conjunto de sus calidades, á ninguna otra de las frutas más preciadas de todo el orbe; pues que á la belleza de su forma esférica, matizada de lucidísimos colores, y á su olor aromático, reune una pulpa delicada; de una dulzura tan grata al paladar que no causa saciedad, aunque se coma con exceso. Y si á estas excelencias se agrega que es en alto grado alimenticio y saludable, ¿cuál será la fruta que se le pueda comparar?

Sólo tres variedades se conocen del durazno isleño, designadas con los epítetos de *blancos, amarillos* y *bayos*, éstos por el color de su piel y aquéllos por el de su carne. No hay *abridores* ó *priscos* ni *pelones;* todos son ligeramente vellosos y de carne adherida al hueso ó carozo. Aunque de variado sabor, son sin excepción dulcísimos y fragantes.

Su pulpa suculenta, más ó menos jugosa y refrescante, es un alimento que conviene á todas las edades, desde los niños de pecho hasta los ancianos, aunque no se tome con moderación, con tal que la fruta esté bien madura y se le quite la piel ó cáscara. Para los estómagos débiles conviene sazonarlos con vino y azúcar. Si los pérsicos, en todas sus variedades, son con razón universalmente apreciados como una de las producciones más agradables y sanas de las zonas templadas, nuestros duraznos

silvestres son los preferidos en Buenos Aires por su relevante bondad y exquisito aroma; ellos son el adorno de nuestras mesas y uno de los postres más deliciosos.

Antes de su madurez, se comen preparados en compota ó en conserva; y en mermelada, estando maduros. Para conservarlos sin dispendio, se secan al horno con su hollejo, ó al sol, descortezados y enteros, ó descarnados, y con más frecuencia reducidos á lonjas, lo que constituye los orejones; preparaciones todas que no les dejan sino una parte de su mérito, pero nada pierden de la propiedad nutritiva y saludable.

Se extrae de esta fruta, por su abundancia, el *aguardiente de durazno* para el comercio local, en alambiques establecidos en el delta. Con el hueso ó el carozo, haciéndolo infundir en aguardiente, se prepara uno de los mejores licores, conocido bajo el nombre de *agua de noyó,* de virtud estomacal. Un uso más importante de la parte leñosa de estos huesos es el que de ellos se hace para la preparación de un hermoso negro muy usado en la pintura al óleo bajo el nombre de *negro de albérchigo,* y muy estimado por el hermoso gris que de él se obtiene. Del tronco y ramas de este árbol suele manar una goma que tiene mucha analogía con la *goma arábiga,* y es considerada con razón como una sucedánea de ésta. Se la emplea en los mismos usos.

La madera del *duraznero*, que en otro tiempo era la única leña que se quemaba en las cocinas de Buenos Aires, y que continúa empleándose en la campaña como postes de corral, está hoy día clasi-

ficada entre las mejores maderas para taracea ó embutidos. Sus vetas son anchas y bien marcadas, de un bello rojo pardo, mezcladas con otras vetas de un color más claro; el contacto del aire, lejos de alterar sus colores, aumenta su hermosura; su grano fino y unido lo hace susceptible de un hermoso pulimento; es fuerte y durable, y entre las maderas del país es una de las más buscadas por la ebanistería ú obras finas de carpintería.

Tanto las flores del duraznero como la hoja, la pepita ó almendra y el carozo contienen *ácido prúsico,* el más terrible de todos los venenos sacados de los tres reinos de la naturaleza; pero que la medicina emplea como medicamento. Todas estas partes son amarguísimas. Las flores tienen una virtud laxativa, que es menos activa cuando están frescas; la infusión de los pétalos es la que se usa con frecuencia; con ella se hace el *Jarabe de durazno,* que se administra á los niños y á las mujeres débiles como purgativo y vermífugo[1]. Finalmente, las hojas y la almendra del durazno son empleadas por el arte culinario para mejorar el gusto de las cremas, pastas, etc.

El completo de tantas cualidades, así útiles como agradables, hacen de este árbol un don precioso de

1. Para hacer este jarabe se hace primeramente una infusión en agua hirviente de una gran porción de flores de durazno; después se mezcla el agua de la infusión con doble peso de azúcar refinado, y se pone al fuego para que hierva á fuego lento hasta que tome el punto de jarabe. La dosis á tomar: una cucharada cada media hora hasta que empiece á hacer efecto.

En el delta donde no hay médicos ni boticas, debían todos los quinteros recoger las flores cuando caen (que son los pétalos) hacerlas secar á la sombra y guardarlas para el uso de las familias.

la naturaleza de nuestro delta, que todo el país ha apreciado debidamente, habiéndose apresurado cada uno de sus habitantes á trasplantarlo en el recinto de su morada, aun en el centro de las ciudades. Por todas partes en los establecimientos de campo, sean estancias, chacras ó quintas, se ven *montes de duraznos.*

La presencia del duraznero despertará siempre recuerdos agradables á los hijos de este suelo. ¿Á quién, en la niñez, no llenó más de una vez de regocijo el galano aspecto de ese árbol, cuando, cubierto de un manto color de rosa, nos anuncia la cercana primavera? ¿A quién no ha encantado la vista de su copa agobiada por el peso de sus torneados frutos, rubios como el oro, ó blancos como el marfil, con las chapas de carmín que anuncian su sazón? El duraznero nativo de las islas no puede rivalizar con los árboles siempre verdes que crecen á su lado; pero su tronco extiende largos brazos cuyos flexibles gajos brindan sus racimos de duraznos á la mano que quiera recogerlos. Aunque no ostentan copas densas y elevadas; pero agrupados cerca de la casa, forman frondosos bosquecitos de fresca sombra y silencioso retiro, alfombrados de fina y tendida grama.

¿Quién no ha recorrido alguna vez en su infancia los espesos montes de duraznos de nuestras chacras, ya buscando los nidos de los pájaros, ya espiando la madurez primera de la fruta? ¿Cuántas veces no han suscitado nuestra inocente bulliciosa rivalidad, disputándonos la posesión de los duraznos más hermosos y maduros para tener el placer de presentárselos á las personas más queridas? El duraznero ha

sido el testigo de nuestros primeros goces, el compañero de nuestros placeres juveniles; jamás podremos contemplarlo sin cariño. Estas primeras emociones serán siempre caras al corazón sensible, y los objetos que las recuerdan no pueden serle indiferentes.

Empero, si queremos ver reproducidas con viveza esas imágenes risueñas de la primera edad, preciso será que penetremos por las amenas soledades del fortunado Tempe Argentino, por entre esos montes interminables de duraznos que las lianas floridas entrelazan con el mirto y el laurel, y que los arroyos retratan en sus tranquilas aguas, entreteniendo su lozanía y su frescura. En esos selváticos asilos, en que no se encuentran todavía huellas humanas que despierten ideas melancólicas, es donde la imaginación nos traza con delicia las candorosas escenas de la infancia, los afectos puros de nuestra juventud con sus nobles y santas aspiraciones, olvidando en horas apacibles los contínuos pesares de la vida.

CAPÍTULO XXIX.

El agarrapalo.

Entre las innumerables plantas desconocidas y raras de nuestras islas hay un árbol de condiciones singulares, cuyo nombre es apropiado á su rapacidad.

Es un verdadero constrictor vegetal, que se llama *agarrapalo,* por la propiedad que tiene de agarrarse del tronco de los otros árboles para hacerse un lugar entre la apiñada vegetación, y sobreponerse y suplantar á los demás.

Su pequeña simiente conducida por los vientos, se fija y germina sobre el tronco de un árbol cualquiera, y allí se nutre y crece segura entre las ramas, desplegando sus humildes raíces por encima de la corteza. Las crecientes del Paraná ahogan mil plantas tiernas que apenas levantaban sus débiles tallos sobre la tierra que las vió nacer; pero el *agarrapalo* se salva en lo alto del tronco que lo ampara. Las tempestades sacuden y desgajan el árbol protector; mas el *agarrapalo* se preserva al abrigo de la copa hospitalaria. Continúa así medrando y extendiendo sus raíces hacia el suelo, hasta que las introduce en la tierra, y entonces se desarrolla y crece con nuevo vigor, ostentándose siempre verde y frondoso. Dotado el *agarrapalo* de

una vegetación activa muy superior á la del árbol oprimido, absorbe todos los jugos del terreno, envuelve con sus raíces al tronco hospitalario, y lo sofoca; y al fin el humilde advenedizo descuella soberbio, enseñoreado del suelo, y enriquecido con los despojos del extinto árbol nativo.

Un gran fenómeno social semejante á este fenómeno vegetal se está efectuando hoy en el seno del Nuevo Mundo, un acontecimiento que se desenvuelve en proporciones inmensas, y de un resultado funesto sobre la suerte de muchos millones de seres humanos. Él opera una revolución, un cambio completo y rápido en todas las condiciones políticas, morales y materiales de los pueblos sometidos á su influencia. Sus efectos son la extinción de las nacionalidades, la degradación de las razas, la ruina y la miseria de los individuos. Su acción es tanto más segura ó incontrastable, cuanto que es pacífica y legítima en sus medios; y tanto más temible, cuanto más desconocida es en sus verdaderas causas, é inapercibida en sus efectos del momento. Este fenómeno social es producido por la SUPERIORIDAD INDUSTRIAL É INTELECTUAL sobre la ignorancia.

Una nación en otro tiempo prepotente y opulenta, hoy en lastimosa decadencia, ha hecho pesar los males del idiotismo sobre treinta millones de sus hijos y descendientes; raza atrasada é inerte, que se encuentra circuída de otras adelantadas, industriosas, activas y emprendedoras, que la explotan, le absorben sus industrias, la empobrecen, la debilitan y por fin la dominan y anonadan.

Esa raza que se encuentra hoy en lucha tan desigual, y que ha cedido su riqueza y su influencia en

todos los puntos del globo donde ha entrado en libre competencia con otras más aventajadas, es la raza ibera, es nuestra raza. Y necesariamente ha de ceder á la conquista pacífica, operada por la superioridad científica é industrial, si no despierta de su sopor, si no se coloca al nivel intelectual de las demás por medio de la instrucción.

En medio de los actuales progresos de la ciencia y la actividad humana, no puede ser otra la suerte de los pueblos ignorantes.

El peligro es inminente, permanente, y crecerá de día en día, porque crecen con espantosa rapidez las fuerzas industriales que se desenvuelven en torno de nosotros, y afectan nuestros medios de vivir y de prosperar. Reconcentremos todas nuestras fuerzas sobre nosotros mismos; levantémonos por un supremo esfuerzo. El remedio está ahí: INSTRUCCIÓN PRIMARIA Á TODOS, NIÑOS Y ADULTOS.

Cultivar el corazón y la inteligencia del pueblo, enseñarle los rudimentos de la ciencia para exponer ante sus ojos los tesoros de la naturaleza y de la industria, y la importancia de sus deberes y derechos; he aquí el único remedio para tamaño mal que amenaza con la miseria á nuestros hijos, presentando á su vista á los extraños sentados sobre la herencia de nuestros padres.

Para este grande objeto deberían unirse todos los hombres de todas las condiciones, sean cuales fuesen sus ideas. De esta cuestión debe separarse toda querella de partido, de círculo, de aspiraciones. No se debe permitir que se la mezcle con las opiniones políticas. El pueblo todo debería consagrarse á este objeto con la unidad de acción de un solo hombre,

¿Quién puede calcular el grado de progreso, de elevación, de moralidad y de engrandecimiento á que llegaría nuestra patria, con el inmenso campo que se brinda en ella á la industria en su dilatado territorio virgen, en sus riquezas no explotadas y en las que yacen ignoradas, si se levantase un dia una generación compuesta de individuos todos educados y en posesión de los medios poderosos de la ciencia y de los procederes de la industria moderna? Con el desarrollo de la inteligencia y la moralidad, ¡cuanto no crecería su potencia de producción! ¡cuánto la fecundidad de la industria! ¡cuántos recursos nuevos, no sospechados aún no descubriría en las artes y en la naturaleza! Con la educación y la instrucción así difundidas, se aumentarían en igual proposición las probabilidades de la aparición de las grandes capacidades y los genios creadores que ilustran y engrandecen á los pueblos.

Aquel gran pensamiento de Leibnitz: *Si se reformase la educación de la juventud, se conseguiría reformar el linaje humano;* paradoja en aquel siglo, sueño dorado de las almas nobles, que ha tenido en la época presente su realización en la América del Norte, produciendo la nación más poderosa, libre y próspera del mundo; ese pensamiento formulado para nosotros por Rivadavia en esta bella frase: *La escuela es el secreto de la prosperidad y del engrandecimiento de los pueblos nacientes*, es hoy bien comprendido por todas las inteligencias; es ya una verdad casi trivial, de la que nadie duda, y que sólo espera el impulso del Poder para dar á nuestra sociedad un nuevo ser, y salvar de su inminente ruina nuestra nacionalidad y nuestra raza.

CAPÍTULO XXX.

El seibo y el ombú [1].

El ombú de nuestras costas y el seibo de nuestros ríos son los primeros objetos que hieren la vista del extranjero que desde lejanas tierras viene en busca del metal precioso que da nombre á estas regiones. ¡Dos árboles estériles por única muestra de las producciones del *Río de la Plata*, á las ávidas miradas de los peregrinos que pisan, llenos de esperanza, la nueva Canaan, la tierra de leche y miel, prometida á su infortunio! ¡Qué inesperada desilución! ¡Qué desencanto! Dos árboles improductivos, ¿cómo pueden anunciar el suelo más feraz, el clima más hermoso de los dos mundos?

Pero, que penetre el extranjero en nuestras pampas que producen el oro en verdes hebras: que penetre en nuestras islas que vuelven en pomas de oro las simientes confiadas á su seno; y sabrá estimar aquel árbol magnífico que, después de haberle servido de norte para llegar al puerto deseado, le

1. El ombú, árbol peculiar de esta parte de la América del Sud, pertenece al género «Fitolaca» especie dióica (*Compendio botánico* de Ortega, y *An encyclopedia of plantes*, de Leudon). A la particularidad de ser estos árboles, unos masculinos y otros femininos, deben el nombre griego dióica que significa «dos casas».

ofrece fresca sombra y seguro albergue en medio de los prados pingües que le han de dar la anhelada opulencia sin más trabajo que el cuidado de un rebaño: y sabrá estimar aquel otro árbol florido que prepara el terreno fertilísimo que le dará la riqueza en retorno de un poco de industria y de sudor.

El ombú es el árbol del pueblo pastor, á quien ofrece sombra y casa en medio de las vastas dehesas que alimentan sus ganados.

El seibo es el árbol del pueblo labrador, para quien prepara el suelo fértil, surcado de canales navegables; y los materiales para improvisar su choza, sus muebles y su barquilla.

El ombú incita al pastor á dejar sus habitudes nómadas, brindándole un asilo cómodo, grato y bello. El seibo contribuye á estrechar la sociedad humana y acelerar su progreso, preparando un terreno capaz de una densa población.

Para eso los creó la Providencia, diseminando al uno por las pampas, y agrupando al otro sobre los ríos. ¡Singular armonía entre dos vegetales de tan distinta naturaleza como el seibo y el ombú, y de ambos, árboles estériles, con la civilización humana.

Uno y otro son plantas peculiares y exclusivas de la región del Plata, donde desempeñan una misión providencial.

El junco y el seibo son los operarios que la naturaleza emplea para elevar los bajíos y los bancos sobre el nivel de sus aguas y reunir los materiales que deben componer la tierra vegetal de las islas nacientes. Un juncal, apesar de su aparente debilidad, es el firme pilotaje que sirve para formar el

cimiento del futuro terreno. Los tenaces juncos, naciendo sobre las playas de los bancos, aseguran el arenal por medio de las espongiolas de sus raíces entrelazadas, y entre la tupida muchedumbre de sus vástagos retienen las nuevas arenas sucesivamente arrojadas por las ondas; también protegen la germinación de otras plantas acuáticas, que con sus despojos y el légamo del río van preparando el terreno para la vegetación arbórea.

El *seibo* es el primer árbol que aparece entre el juncal; al principio, pequeño, tortuoso, raquítico y lento en su crecimiento, como si viviese luchando con la muerte; mas al fin trunfa, mejorando él mismo las condiciones del terreno, y entonces crece vigoroso y corpulento, pero desairado é irregular como aquellos deformes saurios antediluvianos que los geólogos nos pintan. Se propaga con rapidez, formando en torno de la isla naciente una estacada de robustos troncos, que entretejidos con las plantas trepadoras, se oponen á la acción de los vientos y las olas, y conservan en calma el agua que cubre el terreno en las crecientes diarias, obligándola á depositar toda la materia sólida que trae en suspensión.

Por otra parte, sus gruesas raíces solevantan el suelo notablemente, haciéndolo apto para la vegetación de nuevas yerbas y arbustos; y la misma ramificación rala del seibo es una condición necesaria para su destino de terraplenador, porque es una espaldera viva, preparada por la naturaleza para sostén de las plantas sarmentosas.

Mil enredaderas se apiñan bajo su copa que no las priva de la luz del sol, y trepan á porfía por su

rugoso tronco y espaciada ramazón para cubrir la desnudez del patriarca con un manto de follaje, mezclando sus variadas flores con las del árbol protector. En su espesura encuentran las aves seguro asilo para dormir, y abrigo para sus nidos. Así es como al pie de los seibos se acumula lentamente un gran depósito de detrito, resultado de la decomposición de las sustancias orgánicas depuestas por las plantas, los insectos y los pájaros.

El ombú, lejos de propagarse como el seibo, se cría siempre solitario y á largas distancias en la pampa.

De ningún modo convenía que el ombú participase de la fecundidad del seibo, porque éste fué destinado para formar el terreno y prepararlo para el hombre; pero aquél solamente para proteger su habitación sobre un terreno ya preparado. La naturaleza, para asegurar la multiplicación y perpetuidad de las especies vegetales, se ha mostrado pródiga en la producción de la semilla, é ingeniosa en los medios de su propagación. Á unas les ha dado alas ó velas para que sean llevadas por los vientos; á otras garfios para que se agarren de los animales encargados de transportarlas sin saberlo; estos mismos diseminan otras muchas después de haberles servido de alimento; á otras las ha rodeado de una pulpa apetitosa que las hace transportar á largas distancias por el hombre.

A las habas del seibo las dotó de la misma gravedad específica del agua para que fuesen fácilmente trasladadas por el líquido, y detenidas en los juncales donde debían germinar; é hizo además bisexas las flores de este árbol para asegurar su fructificación.

Con el ombú ha seguido la naturaleza un plan opuesto. En primer lugar, ha hecho de él una planta *diódica*, es decir, que tiene los sexos separados en individuos distintos; de modo que para que el ombú hembra pueda dar semilla, no sólo necesita tener un ombú macho inmediato, sino que una brisa favorable ó algún insecto alado en la época precisa, lleve el polen sobre las flores femeninas. Dado que se logre la fecundación, siendo su fruta incomible, no apetecida por las aves, y no teniendo ninguna facilidad para mudar de sitio, debe germinar al pie del mismo ombú, donde muy luego la tierna planta parece ahilada por la densidad de la sombra; y las que por cualquier accidente logran nacer al aire libre, generalmente mueren por los hielos del invierno.

Si así no fuese, si el ombú tuviera la facultad reproductiva de los otros vegetales, no existieran hoy las pampas; serían un terreno perdido para la agricultura; las cubriría una selva impenetrable de ombúes que rechazarían toda tentativa, todo esfuerzo humano para la ocupación útil del suelo. ¡Cuánto trabajo, gastos y años de fatiga no le cuesta al norte-americano el desmonte de sus bosques, aunque sean de maderas utilizables! ¿Con qué provecho se podría talar un monte, cuya madera inútil se renueva vigorosa detras del hacha que la derriba?

¡Cosa admirable! Después del transcurso de miles de años desde la formación del suelo de las pampas, no se ha formado un solo bosque de ombúes; sólo se encuentran individuos aislados, que, lejos de embarazar el cultivo del terreno, son los mejores

protectores de la estancia y de la chacra, defendiendo del sol y de la intemperie sus animales, sus aves, sus carros y sus útiles de labranza. La Providencia ha conservado por largos siglos, preparadas para el hombre, esas inmensas llanuras cubiertas de una gruesa capa de tierra vegetal, libre de piedras, bosques y matorrales, para que le fuese fácil su cultivo. Sólo plantó allí un árbol frondoso, vedándole la ocupación del terreno, hasta que llegase el pueblo que debía ser favorecido con tan rica posesión.

El ombú es el único objeto que se eleva sobre la dilatada pampa, destruyendo la monotonía de ese océano de verdura. Sus abultadas raíces, que se levantan en una enorme masa cónica, base de un tronco, imitan las rocas simulando en los huecos de su seno sombrías cavernas que pueden servir de cómoda habitación en el desierto. Casi siempre su presencia indica desde bien lejos, la morada humana al caminante extraviado que apresura hácia él sus pasos para gozar el seguro reposo del rancho hospitalario de la pampa.

En las dilatadas llanuras sin caminos, el ombú es el norte del viajero; y levantándose sobre la planicie de las costas del Plata, en forma de colinas invariables como las montañas, son la guía segura del navegante para tomar el puerto, evitando los bajíos peligrosos.

Uno de los caracteres distintivos del ombú es su longevidad, condición requerida en un ser que con dificultad se reproduce. No se conoce el término de su vida. Nadie ha visto hasta ahora un ombú seco de vejez. No hay tradición que recuerde la edad juvenil de algunos. Por las enormes dimensiones de

ellos, con treinta varas de circunferencia en su monstruosa base y quince en su tronco, puede juzgarse que tiene miles de años de existencia.

¿Será sin límites la vida del ombú? Una existencia perpétua estaría en contradicción con las leyes del organismo animal y vegetal, que señalan á la vida un término más ó menos largo; pero puede admitirse que el ombú goza, como ciertos pólipos de una vida múltiple, que se renueva incesantemente por su parte exterior, mientras en la interior va feneciendo la organización originaria: de manera que el ombú que hoy juzgamos milenario, no sea en realidad sino un ser nuevo, sepulcro vivo de sus progenitores. El estudio de la fisiología del ombú nos decifrará este enigma; entretanto hay un hecho observado por todos, que prueba que en este árbol extraordinario efectivamente muere y se destruye su parte interior, pues todo ombú antiguo tiene hueco su tronco y aniquiladas sus raíces primitivas.

Un fenómeno de longevidad igualmente indefinida, aunque por un proceder muy diferente, se verifica en el mangle, que descuelga algunos vástagos hasta el suelo, para echar nuevas raíces que lo rejuvenecen y eternizan.

El seibo, que no ha sido creado como el ombú para compañero del hombre, y que se multiplica con exceso, vive solamente el tiempo necesario para cumplir su destino de formar el terreno, y cuando cae decrépito al impulso del viento, todavía contribuye con sus despojos á aumentar y bonificar la tierra; ó bien, ofrece al isleño una madera leve y débil, pero durable, y á propósito para sus rústicos muebles y vajillas.

Además de su extraordinaria longevidad, tiene el ombú tal fortaleza que no hay huracán que lo derribe; y es su vitalidad tan prodigiosa, que ni la sequedad ni el fuego tienen poder para destruirla. Si por acaso algún violento torbellino llega á destrozar su copa, muy pronto se rehace con asombroso vigor y lozanía. ¡Prodigiosa duración y solidez del edificio levantado en el desierto por la mano de Dios para el hombre!

El ombú siempre ha resistido las sequias destructoras que, de tiempo en tiempo, han asolado las campañas. ¿Cómo una planta de tanto follaje, y situada sobre un terreno árido, puede soportar tan prolongada privación del agua? Ahora podemos inquirir el destino de las desmedidas raíces del ombú, que más bien parecen una dilatación ó protuberancia de su tronco. Sin duda aquella es la despensa donde tiene un abundante acopio de jugos que absorbe en los días de abundancia, para no perecer en los de esterilidad. El camello y el dromedario, creados como el ombú para vivir en el desierto, tienen en su cuerpo grandes depósitos de grasa y de agua, á los cuales deben la facultad de poder pasar muchos días sin comer ni beber, al cruzar dilatados páramos donde no se encuentra ni una gota de agua, ni una hebra de yerba. Así el ombú también tiene su abundante provisión de sávia, que le permite soportar lo sequedad de la atmósfera y el suelo sin perder nada de su frondosidad, sin faltar con la protección de su sombra, cuando más la necesitan los vivientes. ¿No hay en todo esto una admirable y sabia previsión que nos revela al Creador?

Mas, en medio de los furores del hambre y de la

sed abrasadora de una larga seca, el tierno, sucoso y fresco ombú sucumbiría á la voracidad de los animales, si su autor no hubiera evitado esta otra causa de destrucción, dando á los jugos de este árbol un sabor que repugna á los cuadrúpedos, á las aves y á los insectos. Y á esto también se debe que el ombú pueda germinar y crecer en medio de los campos sin sufrir la menor lesión del diente de las bestias.

No goza el seibo igual privilegio, pero se salva por su fácil y excesiva multiplicación; también ha sido dotado de una vitalidad no inferior á la del ombú, porque tiene que resistir á un agente más poderoso de destrucción, cual es el fuego de las quemazones que frecuentemente devora los montes de las islas. Todos los árboles y plantas quedan reducidos á cenizas, menos este gran obrero de la naturaleza, que, retoñando con nuevo vigor, sigue cumpliendo su destino.

Parece que el Hacedor hubiera querido que dos seres que desempeñan un rol tan importante fuesen respetados por toda la creación. Y ésta es la ocasión de defenderlos contra el mayor reproche que se les hace, cual es la inutilidad de su madera. Si ésta fuese de algún valor, ¿qué hubiera sido de la única sombra y amparo de las pampas? ¿qué de la fertilidad de nuestro delta? En un país sin bosques, las necesidades del hogar y la explotación ciega de la codicia los habría exterminado. Primeramente el salvaje, que suele derribar el árbol para tomar su fruta, los hubiera talado para calentarse al fuego de sus leños; después el civilizado, no menos egoísta é imprevisor, hubiese dado cabo á la devastación.

Véase, pues, como la desestimación de su madera

es también una de las condiciones indispensables para el objeto de su creación.

El ombú no sirve ni para el fuego, es frase repetida por el hombre irreflexivo; pues á eso cabalmente se debe su conservación, de tanta importancia para los habitantes de la pampa. El seibo tampoco es bueno para la lumbre, y aunque su frágil madera es de algún provecho, su aplicación, antes indicada, es limitadísima y de poco interés.

Así como el ombú refrigera con la frescura de su sombra á los hombres y animales, cuando el sol abrasa la tierra con sus rayos; así el seibo, cuando las aguas se retiran, derrama sobre las plantas que lo rodean una lluvia de agua cristalina que mana de sus ramas. Algunas veces he plantado al pie de un seibo algunas tomateras que han prosperado admirablemente en un suelo constantemente humedecido por las fuentes del árbol.

Suelen verse varias de sus ramas envueltas en grandes espumarajos, de los cuales destila la savia gota á gota. Dentro de esa espuma se rebulle un enjambre de larvas, cuyas madres seguramente han sido las que, picando la corteza al desovar, han abierto las fuentes para la extravasación de la savia. Es creencia vulgar que de esas larvas salen los tábanos, pero no es así. Yo he observado sus transformaciones; de ellas resulta un insecto alado, verde, saltón, como de seis líneas de largo, de corselete muy ancho terminado en dos puntas agudas; el cual ninguna semejanza tiene con el tábano.

Si el hombre no se halla satisfecho con los servicios que le prestan estos vegetales, analícelos, estudie sus propiedades, y quizá encontrará muchas

de gran provecho para su salud y conveniencia.

Lo que está comprobado es que posee una singular virtud, de infalible efecto, no simplemente para curar una dolencia física, sino para cortar de raíz un vicio de los que más degradan al hombre, —la ebriosidad. Hubo en Buenos Aires, á principios de este siglo, una señora, conocida de muchas personas que actualmente viven, que con el mejor éxito hacía profesión de esta especialidad médica. Suministraba en cierta dosis (que ella nunca reveló) el jugo de la raíz del ombú, mezclado con el licor favorito del paciente; lo que daba por resultado una repugnancia tal á las bebidas alcohólicas, que el borracho dejaba de serlo para siempre. A personas fidedignas y respetables he oído citar varios casos de semejante curación, que generalmente se practicaba con los soldados y esclavos de aquel tiempo.

Debe también poseer nuestro ombú la virtud antisifilítica de su congénere la *fitolaca* de la América setentrional!

Si aquel secreto se recuperase; si esta importante virtud fuese comprobada por la medicina, ¿qué mayor recomendación para el árbol argentino? Entonces sí, que la presencia del árbol providencial tendría mucho más inmediata relación con el bienestar del hombre en este suelo. La civilización, en su nueva evolución en la región del Plata, hallaría en él un antídoto para las dos ponzoñas que más corroen y degradan á la civilización actual: el alcohol y la sífilis[1].

1. Dice Rambosson que los hijos engendrados durante la embriaguez resultan ordinariamente epilépticos. (*Les lois de*

No debe olvidarse otra condición importante del seibo y el ombú, aunque sea común á la generalidad de los vegetales, y es la propiedad que tiene de purificar el aire, absorbiendo los miasmas perniciosos, y exhalando el oxígeno necesario para la vida del hombre. Las grandes poblaciones, por un error fatal á su salud, han extirpado en su recinto esos morigeradores de la atmósfera, destruyendo el equilibrio y la armonía que la naturaleza ha establecido entre el animal y el vegetal. Las pequeñas poblaciones, impulsadas por el deseo pueril de parecerse en algo á las ciudades, hacen lo posible por destruir las arboledas de su seno, acabando así con el más bello adorno de un pueblo, sea ciudad ó aldea, y con las fuentes más puras y perennes de la salubridad del aire que respiran.

El seibo para los jardines y el ombú para los paseos públicos; no hay planta que los aventaje en la pureza de sus emanaciones, y pueden competir en belleza con el resto de los árboles. El ombú sobre su extensa base que ofrece cómodos asientos, su robusto tronco terso y limpio, y su ramaje pintoresco, ostenta una magnífica copa esférica, sin par en frondosidad y colorido. El seibo, que nació como

la vie.) Morel relata en comprobación de este aserto los ejemplos más tristes y desgarradores, exclamando: «¡Qué de hechos no podría yo añadir en confirmación de la degenerescencia de los descendientes de individuos entregados al alcoholismo crónico!» «No debe, pues, sorprendernos observar en las naciones civilizadas tantas aberraciones de inteligencias y tanta perversión de sentimientos.» (*Traité des dégénérescences.*) ¿Quién ignora que el uso del aguardiente ha sido y es la causa principal de la rápida y enorme disminución de la población indígena de ambas Américas, y de la extinción de muchas tribus?

la mujer para mostrarse engalanado, es preciso, para verlo en su esplendor, que ostente sus grandes ramos de hermosas flores carmesíes sobre su atavío de pasionarias y enredaderas floridas. Así es como lo presenta á nuestros ojos la madre naturaleza en su patria el Tempe de los Argentinos.

El ombú prospera en los lugares más áridos y en toda clase de terrenos, con tal que no tengan una humedad excesiva. Sólo se multiplica por la semilla, y es preciso, mientras es pequeño, ponerlo á cubierto de las heladas. Trasplantándolo joven, no requiere ya ningún cuidado, ni el del riego; y á los cuatro ó cinco años, ya es un árbol muy frondoso. El seibo, por el contrario, quiere una tierra suelta y medianamente húmeda. Se multiplica por estaca, y desde el primer año se puede tener un árbol hecho y florido plantando un grueso poste. Pero, ¡cuidado! que como la rosa, tiene sus espinas, pequeñas pero enconosas, que se extienden desde el tronco hasta las mismas hojas.

No hay árbol como el ombú para formar umbrosas alamedas ó avenidas arboladas. La naturaleza de nuestro clima, madrastra de los árboles exóticos, parece que les niega el sustento, exigiendo la solicitud y constante atención del hombre. El ombú, su hijo predilecto, prospera admirablemente sin necesidad de estos cuidados. Y ¿cuál es el árbol de otros climas que aventaje á nuestro ombú en frondosidad, majestad y hermosura? Bien puede herir su copa un sol abrasador, bien puede faltarle el refrigerio de los rocíos y el alimento de las lluvias, no por eso dará paso á un solo rayo del astro, ni soltará una sola de sus hojas; mientras que los

demás árboles languidecen, se angosta su follaje y ralea su sombra en la estación de los calores.

En otro tiempo, añosos copudos ombúes recibían al viajero delante del muelle de Buenos Aires, y por su belleza y su frescura se hacían amar y admirar del extranjero, desde que pisaba nuestras playas; empero fueron despiadadamente arrancados por el gusto pervertido de los que no encuentran nada hermoso en su patria; por los que no se impresionan de la sublimidad de la pampa ni de la magnificencia del gigantesco vegetal que forma su mejor ornamento. Despreciamos el ombú porque no lo hemos visto ensalzar en los idilios de Gésner ó de Meléndez, por más que nuestros poetas le hayan consagrado bellísimas estrofas. ¿Será menester que vengan los extraños á enseñarnos á apreciar y admirar lo que es bueno y bello en nuestro suelo?

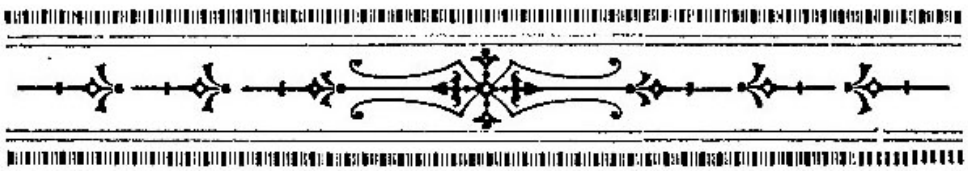
¡Seno hermoso de la patria que siempre encontré lleno de encantos, que has hecho siempre las delicias de mi vida! ¡Cada día hallo en tí nuevas gracias que gozar, nuevas maravillas que admirar! Niño todavía, yo amaba los bosques misteriosos de tus islas y las llanuras solitarias de tus pampas. ¡Con qué embeleso, desde la altura de las raíces del ombú, seguía con la vista el arado del labrador, y las crecidas bandas de pájaros que se precipitaban sobre el reciente surco, en pos de los insectos arrancados de la tierra! Otras veces, desde la enramada de un seibo florido, escuchaba con alborozo el canto de las aves, mezclado con las canciones y los golpes del leñador. Niño todavía, encontraba un objeto de placer, siempre nuevo, en la observación de cada ave, cada insecto, cada planta. En la cabaña de las

pampas, como en la choza de las islas, hallaba siempre corazones ingénuos y sencillos como el mío.

¡Oh! ¡qué dulce es la paz de nuestros campos! ¡Oh! ¡qué plácida es la mansión de nuestras islas! ¡Calma deliciosa, alegría pura, tesoro de un corazón sencillo! hoy siento tus trasportes como los sentía en los bellos días de mi adolescencia, cuando, libre de cuidados, el cultivo, la lectura y la naturaleza hacían todas mis delicias. Mi corazón, puro como el pimpollo que se despliega al nacer la aurora, no se abría sino á las impresiones gratas y á los afectos tiernos y generosos. Una agradable ilusión me presentaba la tierra como un edén venturoso... ¡Ah! yo no había presenciado aún las miserias de la humanidad; aun no había sufrido los golpes del infortunio!

¡Oh! ¡Con cuánto placer vuelvo mi vista hacia aquella dichosa época de mi vida! Lo que yo amaba entonces, aun lo amo ahora. ¿No me será dado volver á la quietud de mi cabaña, bajo la sombra del ombú, al lado de las almas sencillas que la habitan? ¿No me será posible echar al olvido los excesos é injusticias de los hombres, entre los bienes y armonías de la naturaleza? Soliciten otros con afán los favores de la fortuna, aten su libertad al carro de la ambición, compren al precio de su reposo un vano renombre; yo he vivido y viviré contento en el seno de los pacíficos campos. Que mi corazón, siempre penetrado del amor de la virtud, sólo aspire á los bienes inmortales; y guste yo, hasta el fin de mis días, de los placeres de mi infancia. Prefiera siempre los rústicos cuadros de la naturaleza á las tumultuosas escenas del

mundo; un albergue campestre á un palacio orgulloso, y la calma del espíritu á una brillante posición. Que mi imaginación se represente siempre los mortales, buenos para amarlos, y sinceros para creerlos; que una dulce ilusión me transporte á los bellos días de la edad de oro; y que el amor y la amistad me hagan siempre sentir sus goces inefables.



CAPÍTULO XXXI.

Á la caída de la tarde.

Era una hermosa tarde de verano, en uno de los arroyos más frondosos de nuestro Tempe, donde todavía la naturaleza no había sido despojada de sus inimitables atavíos. El río rebosaba, precipitándose por los arroyuelos á refrescar el seno de las islas. Los árboles con sus frutos y las lianas con sus flores, vivamente retratados en el agua, añadían á la natural belleza del arroyo el nuevo atractivo que se encuentra siempre en la armonía de las formas gemelas.

¡Qué banquete tan espléndido el que la naturaleza ofrecía á todos los vivientes, en aquellas frutas delicadas, de las más apetecidas en todo el mundo, derramadas allí con profusión!

Bosques interminables de durazneros silvestres orillan los canales, encorvándose hasta el agua, cargados de melocotones maduros que no ceden en tamaño, en sabor, en fragancia ni en colorido, á las más peregrinas variedades obtenidas por el cultivo.

Los *costeros,* los carapachayos, y todos los que viven ó se ocupan en las islas, hombres, mujeres y niños, en fin, todos los que tienen una pequeña barca, todos suspenden sus habituales trabajos, para aprovecharse de esta cosecha gratuita é inagotable. Se emplean millares de embarcaciones en el trasporte de los duraznos á los pueblos de las costas del Plata, del Paraná y del Uruguay. Durante los dos meses de la *temporada de la fruta* el canal de la villa de San Fernando se convierte en una feria incesante, donde día por día entran numerosos cargamentos de duraznos, y salen centenares de carretas y carros que llevan á granel la sazonada fruta para la ciudad de Buenos Aires y toda la campaña. Y á pesar de este inmenso consumo, suele ser tan excesiva la abundancia, que á veces, en el puerto no vale más de medio peso fuerte toda la cantidad de melocotones que puede cargar un hombre.

También nosotros habíamos escogido algunos de los más hermosos en los duraznales del Tempe Argentino y tratábamos de regresar, aprovechando la bajante y la frescura de la noche. Al ponerse el sol emprendimos nuestra marcha. Liviana la canoa, y diestro el remero, pronto empezamos á dejar atrás todos los barcos que cargados de fruta, de borda á borda, se dirigían al canal como nosotros.

Desde que entramos en uno de los brazos principales, íbamos alcanzando los buques que venían del interior de los ríos con sus altas trojas de maderas, carbón, cuerambre y demás frutos del país. Por no exponerse á naufragar en la travesía del río de la Plata, se dirigen al *Puerto nuevo* de San Fernando, donde, tienen que alijar para continuar su viaje hasta

Buenos Aires, á veces con muchos días de espera, sufriendo el comercio y la industria el gravamen que es consiguiente.

Mi espíritu se angustiaba con estas reflexiones como siempre que dirijo mi consideración sobre los males de la sociedad humana; pero la naturaleza instantáneamente recobró sus derechos sobre mi corazón, llamando mi atención hacia uno de sus más esplendentes espectáculos.

De repente, al transponer de la punta de un bosque, hiere mis ojos un luminoso disco de oro; era el sol en su ocaso. Yo contemplaba absorto la sublime hermosura de los cielos en aquel conjunto armonioso de luz, de colores y de formas. Como si una emanación celestial penetrara todo mi ser, me anegaba en inefables dulzuras.

El sol no irradia ya un calor ardiente; su luz no ofusca nuestra vista; ya no es sino un globo de oro, cuyo limbo toca el borde aparente de la tierra. Magnífico y despojado de sus rayos, parece un nuevo astro, más grandioso y bello que cuando resplandece en el meridiano. Brillantes nubes nacaradas le componen un magnífico dosel, desplegándose con las formas más graciosas, teñidas de púrpura y azul, contorneadas por un filete de oro, diáfano y luciente. La cortina del gran dosel, es del más subido escarlata en torno del sol, y pasando por los matices intermedios, siguen el morado y al jacinto, confundiéndose al fin con el límpido azul celeste de nuestro cielo.

Es inútil que me detenga á describir un espectáculo de belleza y magnificencia tal, que no hay símil que no le sea inferior, y tan diversificado, que no

había momento en que no presentara un nuevo aspecto, ostentando nuevas armonías de formas, de tintas y de luces, desde que el sol llegó al horizonte hasta que se acabó de ocultar de nuestra vista. Solamente me propongo excitar la curiosidad de los que visitan nuestras islas; porque desde los canales del delta, es de donde se debe contemplar la puesta del sol en toda su belleza. El aire transparente y puro de esta vasta llanura, donde no hay polvo ni vapores que puedan empañar la atmósfera, hace más perceptibles los fenómenos de la luz y los más delicados juegos de los suaves contornos de las nubes.

Nuestra atención se dirige á los objetos que nos rodean, atraída por el ruído del aire agitado por las alas de las aves que eligen la caída de la tarde para retirarse á su acostumbrado asilo. Por donde quiera que se dirija la vista se descubren bandadas de diferentes especies, siguiendo todas la misma dirección del centro del delta. Las unas vuelan apiñadas y en desorden, en forma de nublados, tales son las palomas, los tordos, los jilgueros y las cotorras bulliciosas; otras van en hileras ordenadas, como las vandurrias, los patos, los cisnes de cuello negro, y los flamencos de alas de fuego; vuelan solitarios acá y allá las águilas, los halcones, los caracaraes, las cigüeñas, los toyuyúes y las garzas color de rosa. El zorzal, el piririguá, el bienteveo, la calandria y tantas otras avecitas se cruzan por todas partes, en busca de sus nidos, haciendo resonar los ecos del bosque con sus mutuos reclamos.

Los peces entran en cardúmenes á disfrutar del gran festín y se precipitan por los arroyuelos para tomar su parte en el suelo sembrado de melocotones,

ahora cubierto por la *marea*. Bien se conoce su premura y muchedumbre en el escarceo de las aguas y en sus frecuentes brincos y colazos. El dorado que no quiere sugetarse al régimen frugívoro, salta á veces sobre el agua tras su presa, luciendo sus escamas cubiertas de oropel.

La entrada de la noche es la hora en que más se difunden los olores. Abren las flores sus cálices al relente y á las brisas de la tarde, y radiosas parecen dar al sol un tierno adiós exhalando sus más suaves perfumes. El mirto, cuyo solo nombre expande nuestros pechos con dulcísimos recuerdos; el siempre verde mirto, delicado y elegante, todo lo llena con su exquisita fragancia, que trasciende entre los demás aromas, como la pasión de que es emblema domina sobre todas las pasiones. ¡Con qué delicia se respira, á la caída de la tarde, el aire embalsamado de las islas!

El sol se ha ocultado bajo el horizonte; las nubes han perdido sus galas y el cielo su esplendor; la débil luz del crepúsculo precede al manto oscuro de la noche. La meditación acompañada de un vago sentimiento de melancolía, ha reemplazado las efusiones de nuestro gozo.

El ocaso del sol, nos daría la imagen del ocaso de la existencia! Si la mañana de la vida es la época más placentera, ¿no es la tarde más tranquila y templada? El sol, cuando se pone, ¿no es tan bello y magnífico como cuando nace? Y ese sol, después de embellecer nuestro occidente, ¿no va á anunciar la aurora á otras regiones, dejándonos aquí los recuerdos de un hermoso día? Así el hombre, cuando se acerca al término de la vida, se goza en la calma

de las pasiones; los inocentes placeres que encantaban su infancia vuelven entonces á regocijar su corazón; se ejercita en la práctica de las buenas obras; y cuando llega á su ocaso, pasa tranquilamente á un nuevo mundo, donde su existencia será perdurable y su dicha sin amarguras, dejando acá la memoria de sus virtudes.

CAPÍTULO XXXII.

La noche en las islas.

Las sombras y el silencio de la noche habían sucedido á la agitación y al bullicio; más luego una suave claridad ilumina de nuevo los objetos; era la plácida luz de la luna en toda la plenitud de su esplendor. Las aguas tranquilas del Tempe resplandecían como ríos de plata líquida fluyendo de los senos misteriosos de sus bosques. ¡Cuán delicioso es navegar por estos frondosos riachuelos, en una noche serena, á la luz argentada de la luna! ¡Oh, cuánto, en la edad juvenil, cuánto se enajena el alma al contemplarla, transportándonos al ideal de nuestros primeros sueños de ventura! Y después que el tiempo ha descorrido el velo de las dulces ilusiones, todavía su luz apacible nos infunde la calma y nos inspira al recogimiento.

Nuestra barquilla ha penetrado por una abra espaciosa, cuyas márgenes no se ven sino como dos fajas uniformes y sombrías. En la una y en la otra innumerables luciérnagas hacen centellear como relámpagos sus doradas luces fosfóricas. Una aura fresca y perfumada templa el calor sin rizar la tersa

superficie de las aguas que nos muestran en su espejo el firmamento. La chalana boga por el medio del ancho río. Bajo de nuestros pies miramos el cielo y las estrellas; la embarcación parece suspendida en el espacio inmensurable, circundada de los astros. Bosques, islas, aguas, todos los objetos terrestres han desaparecido de nuestra vista, que sólo contempla en derredor la bóveda estrellada del firmamento.

¿Qué son las grandezas de la creación terrestre en parangón con los portentos de la creación del firmamento? ¡Espectáculo grandioso y sublime! ¡Espacio sin límites, en cuya insondable inmensidad encuentra el alma algo que está en armonia con el sentimiento vago, pero indeleble, de eternidad y perfección que la impele á la aspiración de lo infinito.

La imaginación se pierde en esa extensión inmensa del universo, poblada de innumerables mundos, entre los que no es más que una estrella nuestro sol, de más de un millón de leguas de circunferencia, acompañado de nuestro globo y demás planetas que hacen sus revoluciones dentro de un espacio de dos mil y doscientos millones de leguas. ¡Y á esta vasta esfera, que abarca nuestro sistema planetario, la separa de los demás mundos un asombroso vacío! Se mide por millones de millones de leguas la distancia de la más próxima estrella; y cada una es un sol que no cede en magnitud á nuestro sol; y cada una de ellas dista tanto de las demás como de nosotros.

Y cuando se reflexiona que el telescopio ha descubierto muchos millones de estrellas, consideradas como otros tantos soles con sus sistemas planetarios;

y que millones de mundos no son sino las orillas de la creación, porque si pudiéramos llegar al más lejano, divisaríamos desde allí nuevos abismos del espacio, sembrado de otras miriadas de estrellas, de otros mundos sin número y sin que *más allá* pudiésemos alcanzar los límites de la fábrica del universo.... ¡Oh Dios! ¿quién puede comprender la inmensidad de tu sabiduría y tu poder? ¿Quién puede penetrar en lo infinito de tus obras?

¿Y qué seres pueblan esos astros innumerables? ¡Qué infinita variedad de criaturas gozarán de la vida en esa serie interminable de mundos! Si en el breve espacio del globo terráqueo, si en este átomo del universo es tan variada y admirable la creación, ¿qué será en la infinidad de las esferas creadas por el Omnipotente para prodigar los beneficios de su infinita munificencia?

El astro que nos alumbra es á su vez arrebatado hacia un centro desconocido. La ciencia ha descubierto que el sol gira por una órbita ignorada, llevando en pos de sí todos los planetas de su séquito. ¿Habrá algún astro más poderoso allá en las profundidades del espacio, que por planetas tenga sistemas enteros de mundos? ¿Y no será ese mismo astro poderoso, atraído junto con sus mundos, por otro astro superior, y así sucesivamente hasta llegar al primer centro de atracción de lo creado? Se desarrolla ante mi espíritu un sistema de sistemas de mundos, cada vez más vasto, cuyos límites no alcanza mi razón, y cuyo primer móvil será ¡quién sabe! el mismo Creador. Mi mente se confunde. Abrumado y perdido en las oscuras regiones de lo infinito, callo y adoro el Increado.

Los cielos manifiestan su gloria y ostentan su sabiduría y su poder; sólo él podrá hacernos comprender las maravillas de sus obras; sólo él podrá manifestarnos los misterios de la creación. ¡Oh Dios mío! ¡Oh mi Creador! mi alma, ansiosa de la verdad, ve en tí la fuente de toda sabiduría; mi alma, sedienta de felicidad y de vida, ve en tí la fuente de la beatitud y la inmortalidad. ¡Quién pudiera llegar á tí para saciar estas aspiraciones imprescindibles, á las cuales nada puede satisfacer sobre la tierra!

Más allá de esta ciencia llena de ignorancia; más allá de estos goces tan mezclados de amarguras; más allá de esta breve existencia está el término imcomprensible de nuestras innatas aspiraciones, como hay un centro para cada planeta y cada mundo. Dios es el centro invisible que atrae nuestras almas por medio de las tendencias indelebles que en ellas imprimió como en los astros. Cualquiera que sea la naturaleza de mi alma, es un ser inmortal, y tengo la firme esperanza de que ha de gozar en otra vida mejor, toda la felicidad á que aspira.

Aquel que todo lo creó, y gobierna los mundos desde su excelsa gloria, ¿no dirigirá también á la familia humana al término de su anhelo por la paz y la ventura? ¿Hallará ó no el género humano ese centro desconocido, esa estrella invisible que ha buscado al través de los siglos, para entrar como todos los astros del firmamento en la órbita del orden y de la armonía universal? ¡Qué sublime es la religión que santifica estas esperanzas, y las vigoriza con la fe, y nos inspira la caridad, para hacernos dignos de nuestro glorioso destino!

¡Qué satisfacción y qué alborozo para una alma elevada, el pensar que sobre las ruinas de todas las potestades del orbe, se levantará á la voz del Salvador una soberanía, única é indestructible, en una sociedad universal, que realizará todas nuestras ideas de orden, de justicia, de unión, de amor y de felicidad; que será el fin de todo progreso y el principio de una armonía inalterable, semejante á la del portentoso conjunto del universo!

¡Ved ahí como la sociedad, por el carácter divino y por los altos destinos que le da el cristianismo, es un objeto grandioso y augusto, digno de todos los sacrificios y de toda la veneración de los hombres! ¡Oh verdades eternas, sin las cuales sería un misterio impenetrable la naturaleza humana! ¡Oh divina Religión! sólo el que tiene profundamente grabada en su corazón tu sublime y consoladora doctrina, es el que conoce nuestra verdadera misión aquí en el suelo, y el verdadero valor de las cosas terrenales. Sólo en su alma, el amor á los hombres, el amor al bien público, es un sentimiento que lo hace abrazar con entusiasmo todas las ocasiones de ser útil á sus semejantes, que le hace repeler todos los movimientos egoístas del interés personal; que le imprime no sé qué de grande, de santo y heróico, que lo asemeja al mismo Dios, haciéndolo digno de ser venerado en los altares.

Una fe divina, una esperanza que acalla todas las inquietudes, todas las aspiraciones y ansiedades del alma humana, nos muestra un mundo resplandeciente y glorioso más allá de este mundo, una vida inmortal más allá de esta vida perecedera; una perfección celestial superior á toda perfección humana;

una felicidad más grande, más verdadera que cuanto se puede imaginar sobre la tierra; y que nos persuade que los mismos males que sufrimos son para nuestro propio bien. ¿Qué son entónces los trabajos, las angustias, los dolores? ¿qué son todos los pesares de la vida, comparados con una bienaventuranza superior á todas las alegrías y goces imaginables, y de una duración que se prolongará de siglo en siglo eternamente?

Que nos cerquen los peligros; que nos abrumen los males; bendeciremos como Job á la Divina Providencia; y si ya nos rodean las sombras de la muerte... ahí está Dios que nos sostiene; que quiere recibirnos en su seno; que nos llama á la patria celestial, donde nos encontraremos, padres, hijos, hermanos, esposos, amigos, reunidos en una sociedad bienaventurada que subsistirá en la inmensidad de los siglos eternos.

¿Quién soportaría la idea de que un inocente pueda morir en el oprobio y en los suplicios, y que esta pobre alma no sea recibida por su creador? » ¡Vida futura! ¡oh última palabra de la ciencia humana! ¡oh dulce esperanza! ¡oh santa creencia! ¿podríamos sin tí comprender el mundo, y podríamos sin tí soportarlo?

Si el justo recibe acá, por recompensa de los hombres, la ingratitud, las persecuciones, la calumnia, la infamia, no importa, él beberá como Jesús el cáliz de la amargura, y esperará. Él no mira el instante de la muerte como el de sus últimas relaciones con los hombres, ¡no! él lleva, con la fe de la inmortalidad, la gozosa certidumbre de que, desde la mansión de los cielos verá fructificar sobre la

tierra la semiente de sus buenas obras, él lleva también la dulce esperanza de que llegada la época feliz en que sea conducida la gran familia humana á la perfección y á la perpetuidad, morará con todos los buenos en el reino de la felicidad, el cual no tendrá fin.

¡Sublimes pensamientos! transportes inefables los de una alma que se siente formada para ser eterna, y que, elevándose sobre la tosca envoltura que la sujeta, y sobre las pequeñeces de esta vida, se engolfa en la deliciosa contemplación de su glorioso porvenir.

CAPÍTULO XXXIII.

El Tempe de la Grecia.

El *Valle de Tempe*, tan celebrado de los antiguos por su amenidad, era un pequeño territorio muy fertil y de clima benigno, situado en la Tesalia, parte de la antigua Grecia que hoy pertenece á la Turquía europea con el nombre de *Romelia*. «El valle llamado en Tesalia *Tempe* (dice un escritor antiguo), está entre los montes Olimpo y Ossa, y lo atraviesa el río Peneos, juntándose con él muchos arroyos que aumentan su caudal. La naturaleza adorna aquel sitio admirablemente. La yedra, la zarzaparrilla, y otras enredaderas florecen subiendo y entretejiéndose con los árboles, formando grutas sombrías donde los caminantes en medio de la siesta se recogen y refrescan. Por toda aquella llanura de campos corren fuentes de frías y cristalinas aguas, que son muy saludables á los que se bañan en ellas Hay en todo este contorno gran muchedumbre de aves, que recrean con suaves cantos. El Peneos pasa por el medio, muy sosegado y manso, cubierto de muchas sombras de los árboles que se crían en sus orillas, estorbando al sol la entrada de sus rayos; lo que hace muy ameno el viaje á los que por él nave-

gan. Concurren anualmente á este valle todos los pueblos comarcanos, y juntándose allí, hacen grandes sacrificios á los dioses, festejándose después con banquetes[1]»

Barthelemy, que redujo á breves y brillantes páginas cuanto los Griegos dijeron de su *Tempe,* parece que al describirlo fuera trazando las escenas deleitosas de nuestro delta. «El río presenta casi por todas partes un canal tranquilo, y en varios lugares abraza lindas islas cuyo verdor perpetúa. Las grutas de sus riberas y el césped que las tapiza parecen el asilo del reposo y del placer. Los laureles y diferentes clases de arbustos forman por sí mismos bosquecillos y glorietas, y las plantas que serpentean por sus troncos se entrelazan en sus ramas y caen en festones y guirnaldas. Mientras seguíamos lentamente el curso del Peneos, mis miradas, aunque distraídas por una multitud de objetos deliciosos, volvían siempre sobre el río. Ora veía centellear sus aguas al través del follaje que sombrea sus orillas; ora contemplaba la marcha apacible de sus ondas que parecían sostenerse mutuamente, llenando su carrera sin tumulto y sin esfuerzos. Tal es la imagen de una alma pura y tranquila; sus virtudes nacen las unas de las otras; y todas obran de concierto y sin ruido.»

Tan resaltantes analogías del Paraná con el valle delicioso y fértil del Antiguo Mundo, ha sido lo que me movió á aplicarle el nombre de *Tempe;* aunque puede decirse con propiedad que el griego es una

1. Eliano, *Historias varias.* 1, III, citado por Juan de Guzmán, en su traducción de las *Geórgicas* de Virgilio.

miniatura en parangón del argentino, que abraza más de doscientas leguas cuadradas, cuando aquel sólo se extiende en una faja angosta, de menos de dos leguas de longitud. Pero esa faja no es más que una extremidad del gran valle de Tesalia, fertilizado por una gruesa capa de limo que dejó allí el Peneos (hoy *Salembria*), convirtiéndolo en el terreno más feraz de la Grecia, y el más célebre del mundo por su amenísimo Tempe; del mismo modo que el Paraná fertiliza, con su légamo y su riego, más de cuatro mil leguas cuadradas de islas y costas, además del incomparable Tempe de su delta.

El Peneos, aunque en proporciones diminutas respecto al Paraná, tiene como éste numerosos afluentes que fertilizan las llanuras de su hoya; y otra analogía presenta en el color, la tersura y mansedumbre de sus aguas, que movió á Homero á darle el epíteto que constituye el nombre de nuestro caudaloso río, *el Peneos de las ondas argentinas.*

Ambos Tempes gozan de un mismo clima, iguales en temperatura, en salubridad y en fecundidad. Uno y otro son patria del laurel y del mirto, emblema de la gloria y del amor.

Hay con todo una diferencia inmensa entre los dos valles y sus ríos, y es que aquél ha perdido ya gran parte de su primera fertilidad, y con ella su antigua fama, porque el Peneos no tiene las crecientes fertilizantes del Paraná, que en esto es sólo comparable con el Nilo. Si la fertilidad proverbial del Egipto, que data de época inmemorial, es hoy tan admirable como en sus tiempos primitivos, con mayor razón debe contarse con la perpetuidad de la feracidad de nuestro Tempe, que es bañado y abo-

nado por las crecientes, no una vez, sino treinta y más todos los años.

A pesar de la identidad de este importante rasgo, que es el característico de los delta del Nilo y el Paraná, no hubiera sido propio aplicar á éste un nombre de tan hermosos recuerdos, pero empañado por un clima desastroso y por las frecuentes calamidades que alejan de aquella celebérrima región el bienestar y las delicias con que la región del Plata se brinda á los mortales.

Los principales azotes de Egipto son los frecuentes temblores de tierra, la lepra y las oftalmías; el ardor de su verano de ocho meses, insoportable para los Europeos; los vientos secos y ardientes; la escasez de las lluvias; y finalmente, la subsistencia de sus habitantes está á merced de las crecidas del Nilo, que á veces son insuficientes para asegurar las cosechas del año.

Herodoto llama con razón el valle de Egipto, *un don del Nilo;* pues la extensión que riega este río, computada en dos mil leguas cuadradas, es la única parte arable y fértil de todo el país; así es que el Egipto, bajo un cielo ardiente y seco, sería, sin la inundación, un desierto como el Sahara.

Los depósitos del valle de Tempe fueron el resultado de una prolongada permanencia de las aguas del Peneos, que repentinamente dejaron en seco aquellas llanuras. Según las antiguas tradiciones, hubo un tiempo en que no tenían salida esas aguas; el país no era más que un gran lago; hasta que un temblor de tierra, rompiendo los diques de granito, abrió paso al río Peneos por entre el monte Ossa y el Olimpo hasta el Archipiélago, resultando de este

desagüe la desecación del terreno, que quedó dotado de asombrosa fertitidad, sólo comparable á la del valle del Nilo, y la del valle del Paraná, porque los tres valles deben su feracidad á la misma causa: los depósitos limosos de las aguas.

Los pueblos, y muy especialmente los antiguos, inclinados siempre á suponer causas maravillosas á los grandes fenómenos de la naturaleza, atribuyeron aquel inmenso beneficio, efecto del terremoto, al tridente de Neptuno. Así también los Egipcios hacían descender del cielo las fuentes del Nilo, al cual conservan todavía un respeto religioso; lo llaman *santo, bendito, sagrado,* y cuando se abren los canales para la inundación, las madres sumergen á sus hijos en la corriente, creyendo que esas aguas tienen una virtud purificante y divina. Hay en Necrópolis un templo magnífico, con una estátua gigantesca, de mármol negro, que representa al Nilo como un dios coronado de laureles y espigas, y apoyado sobre una esfinge. Igualmente los antiguos griegos, en el valle de Tempe, que miraban como un lugar santo, tenían un altar donde se reunían á celebrar sus ritos, y después de hacer grandes fiestas, regresaban con guirnaldas de los laureles del valle.

Los pueblos que circundan el maravilloso valle del Paraná, lejos de consagrarle algún sentimiento de admiración ó aprecio, lo han mirado con la mayor indiferencia; porque, dueños de campos fertilísimos, regados por las aguas del cielo, no han examinado el valor de las tierras bonificadas por el riego y sedimentos de las aguas de los ríos. Mas, llegará día (y hoy sucede ya con muchos terrenos de las costas)

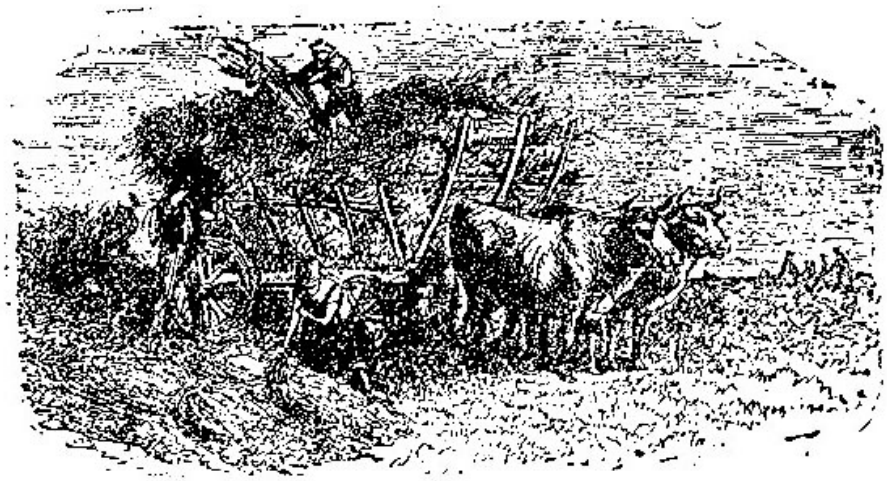
en que un suelo exhausto se negará á dar á sus habitantes las pingües cosechas de otro tiempo, y entonces se lamentarán de no haber sabido aprovecharse de aquel invalorable regalo que les ofrecía la naturaleza, á la puerta de sus casas. Irán al delta, y quedarán asombrados de ver las maravillas que habrá creado allí la industria y actividad de los *diligentes*, con el poderoso auxilio de una feracidad sin ejemplo; de un clima inmejorable y propio para toda clase de cultivos; de un riego y abono seguros y gratuitos, que en donde quiera cuestan á la agricultura grandes sumas. Sí, irán al delta, pero ya será tarde, porque lo encontrarán todo ocupado por una población rica y floreciente.

Pero los *negligentes* podrán al menos, como los viajeros del Tempe Griego, pasearse libremente por los arbolados arroyos del Tempe Argentino; gustar de la frescura de sus sombras, de las pintorescas vistas de sus *chalets*, sus puentes y sus góndolas; de la presencia de las producciones más raras y las frutas más delicadas del globo; de las armonías del gorjeo de las aves; mezclado con la música y alegres cantares de sus dichosos moradores.

CAPÍTULO XXXIV.

Agricultura del delta.

Al hablar del cultivo de la tierra, con relación al delta, no me propongo hacer una exposición de las reglas y prácticas que todo el mundo puede encon-



trar en los libros de agricultura, ó en la rutina. Todo lo contrario, trataré de hacer abandonar, por innecesarias y dispendiosas, muchas de esas reglas y prácticas usuales, fundándome para ello en los principios de la agronomía y en el estudio de nuestro suelo.

DRENAJE.

Dice el geopónico inglés Stephens, que «aunque la observación haya probado hasta la evidencia que el agua detenida, sea en la superficie del terreno, sea en lo interior, perjudica al crecimiento de todas las plantas útiles, sin embargo todavía no se ha averiguado bien como se produce ese fenómeno;» pero, á mi ver, la fisiología vegetal con el auxilio de la química, lo ha explicado perfectamente. No se puede ya dudar que las plantas necesitan un suelo permeable al aire, al oxígeno y al ácido carbónico. Es preciso que estos elementos aeriformes se hallen en estado de penetrar entre las moléculas del suelo para asegurar á las raíces un desarrollo libre y vigoroso, pues está demostrado hasta la evidencia que los vegetales absorben, por medio de sus raíces, los principios de la tierra, no solamente en estado de combinación con el agua, sino también los gaseosos; así como se asimilan, por medio de las hojas, los fluidos nutritivos que la atmósfera contiene.

Por consecuencia, un terreno inundado ó empapado en agua, siendo inaccesible al aire, debe necesariamente causar un entorpecimiento más ó menos grande á la nutrición de las plantas. Así es como el agua que permanece sobre las raíces, aunque sea pura y corriente, es perniciosa, y lo es también la excesiva humedad de la tierra.

Á primera vista parecerá que la geopónica del delta es la que más reclamará el drenaje, á causa de las frecuentes inundaciones y de los bañados, ciénagas y lagunas interiores; pero en este punto

como en otros, no menos capitales, la naturaleza es la que se ha anticipado á los deseos del hombre, estableciendo allí un sistema de desecación que reune todas las condiciones del mejor *drenaje*.

El desagüe en las islas se opera por canalizos que entrelazan todo el delta. Empiezan por hilos de agua que de cada bañado parten en todas direcciones por lechos someros, y que juntándose en diferentes puntos forman arroyitos, y éstos concurren á formar largos arroyos que corren largas distancias recibiendo en su curso numerosos arroyuelos, hasta que á su vez desaguan en canalejas, en canales y en verdaderos brazos del Paraná. Además, la contextura del terreno deja rezumar el agua, la que se ve manar por toda la extensión de los ribazos y bordes de los arroyos; de modo que el suelo está siempre enjuto y saneado, como lo muestra la lozanía de la vegetación.

Lo único que tiene que hacer el hombre, es conservar limpios todos esos arroyos de desagüe, para que corra libremente el agua; y, cuando más, abrir algunas zanjas angostas en los lugares convenientes, para facilitar el escurrimiento de la humedad, ó para la más pronta salida de las aguas en ciertos recodos de los albardones en que se forman aguazales.

Á mi parecer no se puede adelantar más en la desecación de las islas por medio del *drenaje*. Los bañados ó ciénagas no se pueden secar, porque están, con mucha frecuencia, bajo el nivel de las aguas del río; y aunque se impidiese la entrada de éstas en las crecidas ordinarias, ¿cómo se podría impedir su infiltración por un subsuelo tan pene-

trable? Lo mejor es dejar que entren y salgan libremente por sus canales naturales, para que no se estanquen y corrompan. Pienso que la escrupulosa limpieza de todos los arroyos produciría el efecto de enjutar mayor extensión de terreno, y disminuiría además los criaderos de mosquitos.

DESMONTE.

Para el plantío de frutales ú otros árboles, la única preparación necesaria en las tierras del delta es desmontar ó voltear la arboleda silvestre, y rozar ó cortar las malezas. El descuajo y la roturación, no solamente son innecesarios, sino perjudiciales.

Descuajar ó arrancar de raíz los árboles y matorrales, y *roturar* ó sea labrar las tierras con arado, pala ó azada (operaciones que requieren mucho tiempo y gastos), pueden y deben omitirse en terrenos de las condiciones del suelo de las islas.

El trabajo del simple desmonte queda bien compensado con el precio de la leña y las maderas.

Los árboles que causan mayor embarazo en el desmonte son los seibos. Su corpulencia y su enorme peso hacer perder mucho tiempo en cortarlos, desgajarlos, trozarlos y arrojarlos como inútiles fuera del terreno, entre tanto no tenga demanda su madera. Mas para evitar este trabajo hay un remedio muy sencillo, y es *dejarlos en pie*. Bastará quitarles con el hacha un palo de corteza en rededor del tronco cerca del suelo, para que en el primer año se sequen sin retoñar y sin que en nada perjudiquen á los plantíos ó sementeras que se hagan entre

ellos. «El jardín frutal (dice un cultivador norte-americano) se planta sobre la paja de la primera cosecha de trigo *sin derribar los grandes árboles silvestres.* La vista se complace con el agradable contraste de los manzanos frondosos creciendo en medio de un bosque de árboles secos. Como se necesitaría mucho tiempo para cortarlos, el norte-americano se contenta con quitarles la corteza; y planta en seguida los jóvenes frutales entre los árboles viejos, que, despojados de sus hojas, parecen enormes esqueletos. ¡Qué espectáculo instructivo, ver así el reinado de los antiguos hijos de la naturaleza concluir y ceder ante la industria que se adelanta armada de su hacha, aguijoneada por la necesidad y seguida de la abundancia!»

Para el cultivo del *lúpulo* y de la vainilla (si se lograra aclimatarla), servirían los seibos de zarzos á estas plantas trepadoras.

Los árboles son, en cierto modo, una parte constituída del delta; sin ellos no se habría formado éste; y suprimidos, desaparecerían las tierras para formar barras movibles en la entrada del Paraná y el Uruguay, como las que tanto embarazan la navegación del Plata. Á una simple observación salta á los ojos que el polvo impalpable que forma el terreno de las islas no ha podido depositarse, ni podría haberse localizado, sino en virtud de la tranquilidad de las aguas sobre el suelo, aun en medio de los más récios temporales; y esa tranquilidad es debida á la arboleda y los juncales.

Es pues de la mayor importancia, es de necesidad suma para la conservación de las islas, que el poder público reglamente el corte de sus montes,

que hasta hoy están sin limitación de período ni estación, á merced de la imprevisión de los cultivadores y de todo el que se presente con una hacha. Ya la experiencia ha enseñado á muchos de ellos, que deben dejar las orillas de los canales y arroyos guarnecidos de su herbazal, para impedir el desmoronamiento y los derrumbes.

Es tan deleznable el suelo, que si estuviese desnudo, bastaría el movimiento ordinario de las corrientes para disolver en breve tiempo la obra de muchos siglos; pero la naturaleza lo defiende con un tejido compacto de juncos, espadañas, totoras, cardos, camalotes, (nayádeas flotantes), y mil especies de enredaderas y arbustos siempre frondosos.

Mas todavía era necesario proteger toda la superficie de los albardones contra la acción de las aguas. A esto proveyó también la naturaleza, por medio de los seibales que impiden las oleadas, y de otras plantas de hoja permanente, que sirven de abrigo á las partes bajas del interior de las islas para que continúe la obra del crecimiento del suelo.

Otra ventaja ofrece la conservación de algunos árboles silvestres en las márgenes y en el centro, y es la de proteger contra los vientos los plantíos de frutales.

LABOR.

El labrador de hoy como el de ayer, el rústico como el instruído, cavan, aran, revuelven, desmenuzan la tierra, sin que lo preocupe la causa á que es debida la utilidad de la labor; causa cuyo conocimiento los conduciría á regularizar el empleo de

la fuerza y los capitales de una manera ventajosa y económica. Lo que indudablemente obra en beneficio del terreno es su desmenuzamiento que hace segregar nuevos elementos minerales, poniéndolos en disposición de ser absorbidos por las plantas, y lo hace penetrable á los principios alimenticios contenidos en la atmósfera, al mismo tiempo que deja libre el paso á las raíces y á las lluvias. ¿Qué necesidad hay pues de pasar el hierro por las tierras del delta que están divididas y desmenuzadas hasta lo infinito, que no contienen nada segregable porque se componen de partículas impalpables, y que no pueden ser más permeables á las influencias atmosféricas, ni más accesibles para las raíces y las aguas?

Increíble parece cuánto ciegan al entendimiento el empirismo y la rutina. Está el labrador sobre el suelo de las islas con su azada en las manos para ejecutar la tradicional labranza; siente que el terreno se unde bajo sus pies; prueba calarlo con el mango de su herramienta; y sin esfuerzo se le entierra hasta el ojo; aplica la mano en la tierra y la levanta á puñados que se lleva el viento; ve toda clase de plantas y árboles, de las frutas más delicadas, que prosperan sin cultivo; y con todo, agacha el lomo á la labor pensando fertilizar el suelo con su sudor. No lo juzgo tan idiota que crea esto; pero obra como si lo creyera, en fuerza de la rutina. Gasta sus fuerzas y su tiempo sin provecho, echando á perder un don perfecto del cielo.

El suelo inmejorable del delta, no solamente no necesita labor alguna, sino que al contrario, en lugar de mullirlo, es preciso consolidarlo para que las

mareas no lo laven, las lluvias no lo arrebaten, los vientos no lo levanten, y el calor no lo reseque. Su excesiva fertilidad es debida principalmente á su contextura esponjosa y suelta que da facilísimo acceso á las raíces capilares, y les presenta todos los principios minerales que contiene; que da salida, ya por la infiltración, ya por la evaporación, á todo exceso de humedad; que atrae de las capas inferiores la necesaria para la nutrición de las plantas; que se impregna de los rocíos, y se deja penetrar lo bastante del sol y del aire para suministrar á las raíces el calórico y los gaces que necesitan.

Conforme á estas condiciones, la experiencia ha enseñado que en el delta, para el cultivo de los árboles de toda clase, no se ha de remover el terreno, sino únicamente hacer el hoyo necesario para plantar los de raíz, y meramente clavar los de estaca. Mas para las plantas anuas, ú hortalizas, conviene hacer una cava somera para desarraigar las malas yerbas y facilitar la operación de cubrir las semillas. Una vez hecha la plantación, ó la sementera, no se vuelve á tocar la tierra, sino para sachar ó carpir las malezas, trabajo que se debe hacer con guadañas de hoja corta y fuerte.

ABONO.

La fertilidad de un terreno es inagotable cuando es administrado según las sabias leyes de la naturaleza. Un prado, un bosque incultos, jamás se esterilizan, porque la mano inhábil del hombre no ha entrado á perturbar la armonía de estas leyes. Flo-

restas tan antiguas como la tierra, reverdecen, fructifican y se reproducen incesantemente, sin que el suelo pierda un ápice de su virtud primitiva, porque le vuelven día por día, en sus hojas, en sus bayas, en su propia disolución, en los excrementos y cadáveres de los insectos, aves y brutos que nutren, toda la sustancia que reciben de sus fecundas entrañas, y lo enriquecen con nuevos principios minerales que absorben de la atmósfera.

Las sabanas, las pampas, las llanuras donde se suceden sin intermisión las generaciones de las yerbas que sirven de sustento á las aves y demás animales silvestres, restituyen también en sus despojos á la madre común lo que recibieron de su seno exuberante. Y se fertiliza más y más el terreno cuando se hallan reunidas las condiciones más favorables para la fertilidad, á saber, la humedad, una tierra apropiada y un temperamento elevado. Entonces, como acontece en el delta, la vegetación apenas se halla limitada por el espacio; los despojos de las generaciones que mueren, las raíces, troncos, ramas, vienen á constituir un terreno donde se desarrolla la simiente con redoblado vigor.

Empero, ¿qué hace el hombre? ¿Imita acaso á la naturaleza que debió siempre ser su guía y su maestra? Retira del suelo todas sus producciones, por una larga serie de años, sin dejarle ni aun la paja, sin darle siquiera los desechos de las riquezas que recibe. Empobrecido el terreno de sus principios constitutivos en el desarrollo de los vegetales, mengua la fertilidad de los campos, y disminuyen las cosechas al grado de no compensar el trabajo del labrador. Entre otros mil, tenemos un reciente

ejemplo en la Virginia, región en otro tiempo tan fértil, y que no puede producir hoy día el tabaco ni los cereales.

Cuando el mal está hecho, el remedio es muy difícil, pues consiste en restablecer el equilibrio perdido, restituyendo los principios minerales extraídos de la tierra que la atmósfera no puede proporcionar; y esto no se logra sino con el auxilio de abonos importados, y otros medios, siempre costosos.

Lo mejor es evitar el mal, adoptando un sistema de cultivo que conserve el equilibro, á imitación de la naturaleza.

A juzgar por la abundancia y feracidad de los depósitos de tierra vegetal en el delta, y por analogía con otros países que se encuentran en condiciones análogas, la fertilidad de su terreno no sufrirá disminución alguna, mientras las crecientes continúen depositando sobre él el cieno que acarrean, por muy poco que coopere el hombre de su parte para suministrar al suelo los principios que han de ser sustraídos por las cosechas.

Se sabe que en Egipto, país pobre en maderas, el estiércol de los ganados forma la principal parte de sus combustibles, y sus cenizas es el único abono que reciben los terrenos del valle del Nilo, que hasta el presente no han perdido nada de su celebrada fertilidad.

El sistema de los barbechos es en general inadmisible, y en nuestro caso enteramente inútil, porque la tierra no se cansa sino porque ha perdido los principios minerales absorbidos por las plantas, y se sabe con la certeza posible, que ni el aire ni las lluvias pueden dárselos.

Sucede, sí, que ciertas tierras adquieren por una disgregación, debida á la acción de la atmósfera y del tiempo, algunos principios necesarios, por ejemplo, para la producción del trigo, pero no es menester para eso dejarlas en barbecho, pues que pueden, entre tanto, sembrarse plantas tuberculosas sin que se menoscabe ni perturbe su fertilización para los cereales. Pero esa disgregación no puede tener lugar en el terreno pulverulento del delta, donde ya nada hay que dividir.

El medio más eficaz y económico para obtener siempre abundantes cosechas sin esquilmar jamás la tierra, es la adopción de un buen sistema de *rotación* y de *abonos*.

En cuanto á la rotación de las sementeras, nada diré por la estrechez del espacio, pero hablaré algo á cerca del abono de las tierras, porque creo necesario llamar la atención de nuestros cultivadores sobre este punto.

La química ha demostrado que en las materias fecales sólidas y líquidas del hombre y de todos los animales, y en los huesos y en la sangre de los que consumimos, se encuentran todos los principios que fueron extraídos del suelo en forma de semillas, frutos y forrajes, por consiguiente depende de nosotros restaurar, con poco trabajo, las pérdidas en la composición de nuestras tierras; para lo cual basta recoger con cuidado todas esas materias y abonar con ellas el terreno. Haciendo constantemente esta operación, como lo practica la naturaleza, no habrá ningún desperdicio y la tarea será insignificante.

Los habitantes del delta, por ningún motivo deben arrojar al río los troncos, la ramazón ni las malezas

del desmonte y de la roza, ni los residuos, huesos, ni basuras de ninguna clase. Los animales muertos deben ser enterrados sin demora, con el doble objeto de estercolar la tierra é impedir los miasmas de su putrefacción.

Hay dos consideraciones más que imponen la abstención de arrojar al agua esas basuras; la una es la conveniencia de contribuir con ellas al levantamiento del suelo bajo de las islas, y la otra la necesidad de conservar la pureza de las aguas. No quieran incurrir en el error de la nación que, á pesar de ser una de las más adelantadas en agricultura, ha privado á su suelo de los elementos más necesarios al desarrollo de las plantas, arrojándolos á los ríos, donde se han acumulado de tal modo, que inficionan las aguas y la atmósfera, hasta el grado de hacerla mortífera para los habitantes de las riberas, como sucede hoy mismo en la ciudad de Londres.

En éste como en los demás casos en que la ciencia, á una con la experiencia, han dado su fallo, es necesario que éste sea sancionado por las prescripciones de la ley; porque, por desgracia, todavía las verdades más importantes para la salud y el bienestar del hombre, no han penetrado en el entendimiento del pueblo, ni aquí ni en las naciones más preciadas de su civilización y sus progresos.

EPILOGO.

Al tratar de la geoponia del Tempe Argentino, me he propuesto aplicar los principios de la ciencia á las condiciones del terreno, tan raras y excepcio-

nales como proficuas, con el fin de sacar de él el mayor producto, con el ahorro posible de tiempo, trabajo y gasto; es decir, con la mayor economía de fuerzas. Los actuales cultivadores han seguido un camino diametralmente opuesto al que yo señalo y que he practicado con fruto. Ellos no han hecho más que seguir las prácticas generales de la labranza, juzgando que observaban los dictados de la ciencia, cuando no hacían más que aplicar empíricamente las reglas establecidas para el cultivo de la generalidad de los terrenos, á uno de condiciones singulares. Han labrado á fuerza de brazos una tierra que no necesitaba ser removida; han derribado y descepado árboles que no necesitaban ser tocados, han roturado un suelo que no requería más que una simple sacha ó escarda para hacer fructificar prodigiosamente cuanto pudiese contener en su espacio; y en otras muchas operaciones han procedido de un modo inverso al que convendría para obtener los productos mejor y más baratos.

La civilización es la economía de la fuerza, la ciencia nos da á conocer los medios más sencillos para obtener con la menor fuerza posible el mayor efecto y utilizar los medios para obtener un máximum de fuerza. Toda manifestación y disipación inútil de fuerza, ora en la agricultura, ora en la industria, ora en la ciencia, ora por fin en el Estado, es un rasgo característico del estado salvaje y de la falta de civilización.

Ya que la naturaleza parece que ha querido en el delta anticiparse al hombre, preparándole un suelo pingüe hasta lo maravilloso, conservándolo siempre mullido é incesantemente regado ¿por qué no apro-

vecharse de este trabajo hecho? ¿para qué ese desperdicio de fuerzas que no conducen á mejorar las condiciones productivas del terreno?

¡Cuán poco tiene que hacer el hombre para ser el dichoso dueño de esta joven naturaleza que lo espera con los brazos abiertos para inundarlo de los goces más puros y embriagarlo con sus encantos! Ella todo lo tiene allí preparado para la cómoda y deliciosa mansión de sus amantes: boscajes deleitosos, suavísimos aromas, aguas saludables, aire purísimo, mieles y frutas delicadas, aves y peces variados, sabrosas carnes, preciosas pieles, leña y madera en abundancia, animales dóciles y útiles, vías cómodas, y riegos practicados por la misma naturaleza; sin fieras que domeñar, sin especies ponzoñosas que temer, sin cenagales infectos que desecar, sin matorrales espinosos ni troncos robustos que talar, y sin necesidad de labrar ni bonificar la tierra para hacerla producir cuanto el hombre pueda apetecer para su regalo y su riqueza. Tales son las islas que forman el delicioso TEMPE ARGENTINO, donde confunden sus aguas el PARANÁ, el URUGUAY y el PLATA.



APÉNDICE

I.

Aves útiles.

Cuando los mormones, después de su larga peregrinación por el desierto, se establecieron en el valle del Lago Salado, se dedicaron con afán al cultivo de la tierra por proveer á su subsistencia. Tanto les escasearon las provisiones, que se alimentaban con las pieles de los animales que habían carneado desde su llegada, y todas sus esperanzas se cifraban en las sementeras que prosperaban admirablemente. Ya se contaba por segura una abundante cosecha, cuando repentinamente se presenta un enemigo formidable que empieza á destruirla. Era una invasión de escarabajos negros, en tal muchedumbre, que venían devorando y arrasando toda la vegetación que se encontraba al paso de sus legiones. Sólo un milagro podía salvar á los mormones de la espan-

tosa calamidad del hambre; pero confiando en la divina Providencia, la invocaban en su desolación con fervorosas preces, cuando he ahí que numerosas bandadas de pájaros blancos, semejantes á las gaviotas, se presentan en el valle, y en poco tiempo concluyen con los insectos. Tenían aquellos pájaros la particularidad de no hartarse de tragar escarabajos; pues así que llenaban de ellos el buche, los vomitaban ya muertos para volver á engullir los vivos. Las gaviotas, las lechuzas y otros animales tienen la misma propiedad de desembuchar los restos indigeribles de los insectos y animalejos tragados.



En una reciente reunión agrícola de Suiza, el barón von Tschudi, célebre naturalista suizo, insistió con energía en demostrar los importantes servicios de los pájaros en la destrucción de los insectos.

Sin pájaros, dijo, no hay agricultura posible, ni vegetación. Los pájaros realizan anualmente en pocos meses la tarea de la destrucción provechosa que millones de manos humanas no podrían desempeñar en otros tantos años; y el sabio, por tanto, censuró severamente la estúpida costumbre, tan general en Europa, de destruír á los pájaros, recomendando, al contrario, que se tratase de atraerlos á los jardines y á los sembrados.

Entre las aves más meritorias cuenta á las golondrinas, á los pinzones, á los paros, á los gorriones, etc.

Merecen una recomendación especial, por lo mismo que sin el menor fundamento en toda época han sido reputados como aves de mal agüero, y generalmente se les persigue á muerte, los buhos, las lechuzas, los mochuelos. Las aves de rapiña diurnas, osadas ladronas, vienen á robar de nuestros corrales las gallinas y palomas, y destruyen toda caza; más con las lechuzas y otros rapaces no sucede así; por el contrario, hacen grandes servicios á la agricultura, destruyendo muchos pequeños roedores molestos, y los insectos que viven á costa de nuestras cosechas. Las, pequeñas especies sobre todo, domesticadas y criadas en los jardines, nos harían importantes servicios.



Por regla general son exclusivamente insectívoras todas las avecitas de *pico fino,* de diferentes especies, llamadas colectivamente así, por que su pico es recto, delgado y en forma de punzón ó de alezna.

Muchas aves hay en esta América recomendables como perseguidoras de insectos. Tenemos un género (*Mirmothera*) que consta de muchas especies de pájaros hormigueros, todos americanos, á excepción de una sola especie que es del antiguo mundo. Los principales (nombrados por Bouillet) son el *rey de los hormigueros,* el grande y pequeño *befroi,* el *campanero,* el *arada cantante,* el *tetema* y el *policur.*

En este país son muy comunes y conocidos como

insectívoros: el pirirí ó urraca, el hornero, el espinero, el carpintero, el bienteveo, el churrinchi ó brasa de fuego, la tacuarita, el sietecuchillos, la calandria, el terutero, la gaviota, la garza, la cigüeña, el avestruz y otros. Los mencionados son los que más se acercan á nuestras casas, á pesar de la guerra cruel que se les hace, consentida por las autoridades y por las leyes que debieran protegerlos.

Cuando el hombre, menos ignorante y egoísta, conozca mejor las armonías de la creación, y sus propios intereses, extenderá esa protección, no sólo á las aves destructoras de insectos voraces, de sabandijas nocivas y de cadáveres de animales, sino también á muchos mamíferos, y reptiles, y aun á insectos que le prestan iguales servicios[1]. Entonces, restablecido el equilibrio, verá preservadas sus cosechas, verá perpetuado el verdor de los campos, el follaje de los árboles y una vegetacióo activa purificando constantemente el aire que respira.

1. Nadie ignora que hay varias especies de culebras que sirven al hombre destruyendo las sabandijas y todo animalejo perjudicial; pero no dejará de causar sorpresa la noticia que trae Alcado en su *Diccionario de América* de una *culebra hormiguera*. «*Quinquetenoto*, culebra que se alimenta de hormigas; es muy común en la provincia de Piritú, del Nuevo Reino de Granada, donde le dan este nombre. No es menos singular por esta propiedad, que por la simétrica distribución que tiene de manchas blancas y negras; su extensión es de catorce pies, y de cuatro ó cinco pulgadas de diámetro; se deja acercar á ella y agarrar sin hacer daño, como el animal más manso, y por eso algunos negros le dan adoración.»

II.

Martín Triste.

(Del diario «La Nación Argentina»)

Conocidos son los desastrosos efectos de la plaga terrible de la langosta que invadiendo periódicamente en cantidades asombrosas, tala todo género de vegetación y trae consigo la muerte de los ganados, la ruina de las fortunas, el hambre de las poblaciones, y hasta las epidemias mismas, sin que se haya ensayado aun entre nosotros un medio eficaz de librar los campos del agente devastador.

Nadie tiene idea de lo que es una invasión de langosta, sinó viéndola.

Hace seis ó siete años que pudimos presenciar uno de estos espectáculos en la ciudad del Paraná.

La masa incalculable de insectos que oscurecía la atmósfera, se había abatido sobre la tierra. Todo lo que era vegetación, hasta los grandes árboles, estaba talado. Los campos y hasta las calles de la ciudad presentaban el aspecto de una gran inundación en que se agitaban olas verdes y vivientes con un movimiento repugnante y contínuo.

Los campos de Buenos Aires son á menudo castigados por este flagelo, que actualmente se siente en algunos puntos del oeste de la campaña.

Se comprende, pues, que encontrar el medio de combatir y hacer desaparecer esta plaga es prestar á la población un servicio de importancia incalculable.

Considerándolo así, tenemos mucho placer en insertar la siguiente interesante comunicación con que el Dr. D. Antonio J. Almeyra nos favorece desde el 25 de Mayo.

«25 de Mayo» Agosto 2 de 1868.

« Sr. Redactor de *La Nación Argentina.*

« Me tomo la libertad de ocupar su atención por ser con un motivo de interés general, no sólo para la Provincia, sino para toda la República, que ve casi todos los años devastados sus montes, sembrados y campos por la langosta.

« Quien no ha estado en la campaña, no puede hacerse una idea de lo que puede este insecto; yo lo he visto por la primera vez este año en el partido de Navarro. Veía avanzar la langosta, talando todo y sin que quedara para las ovejas más que la tierra. ¿Qué esperanza tenemos para que concluya esta plaga? Ninguna, pues por desgracia en nuestro país no nos ocupamos de estas cosas, y sin embargo nos sería muy fácil imitar en esto á la Francia, que como usted sabe, tiene su jardín de aclimatación para hacer el bien al país, á sus colonias y aun á los países extranjeros.

« Al decir esto del jardín de aclimatación, no

quiero decir que se establezca uno aquí, aún cuando esa era mi idea al regresar de Europa; pues tenemos aquí todos los medios y ventajas para hacerlo, como ser hombres inteligentes en diversos ramos de historia natural, tierra fértil y barata, buen clima, etc., etc.

« En el boletin mensual de la sociedad imperial zoológica de aclimatación, del mes de marzo, he leído lo que están haciendo en Francia para concluir en Argel con la langosta, como concluyeron con ella en la isla Reunión; y la mejor prueba es copiar algunos párrafos de dicho boletín.

« Los desastres ocasionados en Argelia por la « langosta han dado la dichosa idea á Mr. Alfred « Gradidier de aplicar á esta grande colonia el « remedio eficaz que fué empleado el siglo pasado « en las islas Macareñas. Muchos años seguidos, « el producto de las tierras de estas ricas colonias y « particularmente de la isla Borbón, era periódica- « mente devorado por estos insectos y la miseria « más profunda sucedía á la prosperidad. Fué en- « tonces cuando el hábil intendente de estas islas « tuvo la idea de aclimatar allí el pájaro cazador de « langosta, el *martín triste*. Este pájaro, voraz de « estos insectos y de sus huevos, se propagó con « tan prodigiosa rapidez, que poco tiempo después « de su introducción, las nubes de langosta desapa- « recieron, y después de un siglo, este flagelo no se « ha reproducido más.»

«Á nuestros gobiernos no les costaría mucho introducir algunos cientos de estos pájaros que, diseminados en los alrededores de los pueblos, se aclimatarían perfectamente, y dictando las penas más

severas contra el que destruyese estos pájaros ó sus huevos.

« Algunos dirán que aquí tenemos pájaros que destruyen la langosta, pero si los hay acá, estos no se ocupan de ello, pues, no teniendo agua en los arroyos, se van á buscarla á los ríos; estos pájaros son: la gaviota y la cigüeña, que no pueden ni compararse con el *martín triste* que destruye hasta los huevos de la langosta.

« Tengo la esperanza que á más de publicar esto, usted escribirá algo sobre el particular para llamar la atención de nuestro ilustrado gobierno, y ordenará á

« S. S. y affmo. S.

« ANTONIO J. ALMEYRA. »

« La especie tipo del género *martín* (*gracula*), es el *martín triste* (*gracula tristis*) que se halla en Bengala, Java y la Isla de Francia. Los martines se reunen y vuelan en grandes bandadas. Son pájaros viajadores cuya presencia es un beneficio para las comarcas que visitan, porque destruyen una enorme cantidad de insectos y particularmente de langostas. » (BOUILLET, *Dictionnaire universel des sciences*, etc.

III.

El rey de los buitres, el urubú, el aura y el condor.

Los agentes que en el reino animal parecen principalmente encargados de la limpieza, sustrayendo á la putrefacción todo viviente que expira ó perece sobre el suelo, son las aves designadas con el nombre genérico de *buitres;* razón por la cual existen en todas las comarcas, bajo todos los climas. Inclinados á nutrirse de cuerpos muertos, carnes corrompidas é inmundicias de toda especie, libran la atmósfera de esos focos pestilenciales. Convencido el hombre de que esto redunda en su provecho, los ha puesto bajo su salvaguardia, y hay países en uno y otro emisferio en que ciertas especies viven bajo el amparo de las leyes.

Vamos á recordar los nombres y algunas particularidades de los *buitres* de América, á fin que sus habitantes, especialmente los del Sud, sobrepongan la estimación por los servicios que nos prestan, á la repugnancia que inspiran sus habitudes asquerosas.

Los *buitres* propiamente dichos pertenecen exclusivamente al antiguo Mundo; pero se comprende bajo el nombre general de *buitres* muchas aves de rapiña de diferentes géneros.

El *urubú* (*iribú,* según Azara) es el más común en el nuevo Mundo, y el más sociable, pues se les suele ver en bandadas por centenares. Por su utilidad para la limpieza pública, gozan de la protección de las leyes en muchas ciudades y villas de la América meridional y en los Estados del sud de la septentrional. Á esa protección es debida en parte su gran multiplicación, mientras que el *cóndor* y *el rey de los buitres* son cada día más raros.

El urubú puede estar más largo tiempo sin comer que ninguna otra ave. Su carne es hedionda, y de ese mal olor participa su piel y sus plumas; por eso no son de ningún provecho para la mesa. Su largo es de dos pies.

D'Orbigny ha visto en Cármen de Patagones, sobre el río Negro, reuniones numerosísimas de urubúes. En un saladero se habían carneado doce mil animales vacunos para la exportación de carne salada. Durante esta faena de algunos meses, los huesos, que quedaban con bastantes restos de la carne, eran amontonados á la márgen del río Negro, y se veían constante y enteramente cubiertos de *urubúes* y *caracaraes* ó caranchos en número tan asombroso, que el viajero no ha creído exagerar computándolo en más de diez mil de ambas especies.

El *aura* es otro buitre americano, menos común que el *urubú.* En guaraní se llama *acabiray,* que significa *cabeza calva;* es todo negro, lustroso con aguas violadas; tiene la cabeza desnuda, roja, y arrugada, y pies rojizos. Su largo es de dos tercias de vara. Cuando remonta el vuelo y gira en arcos pausadamente, parece que no agita sus alas, bajando luego al paraje en que su vista perspicacísima ha

descubierto algún animal muerto, sobre el cual se arroja con sus compañeros para destrozarlo y comerlo vorazmente hasta no dejarle más que los huesos.

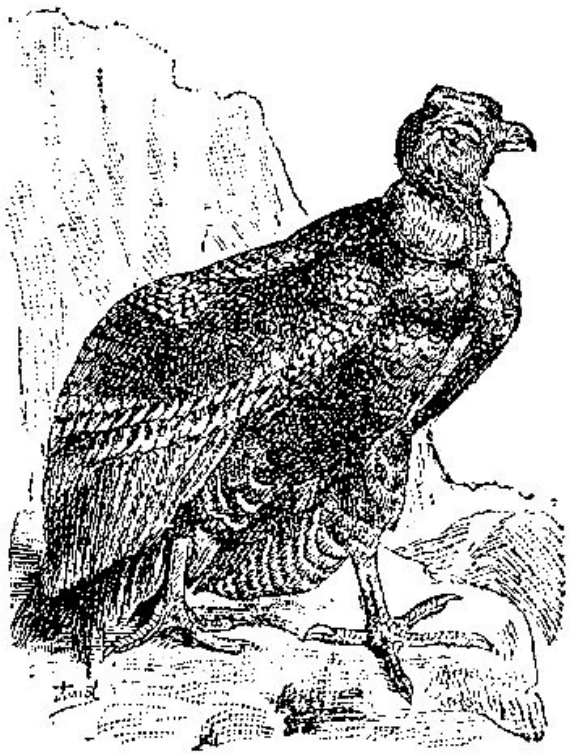
Come también caracoles é insectos, y no persigue las aves, ni es pendenciero. Retíranse al campo á dormir juntos sobre algún árbol, y al salir el sol se les ve posados en los cercos y tejados de las casas. La hembra pone dos huevos de un blanco azulado, manchados de rojo, en un nido hecho en el suelo sin arte; cuando pichón es blanco.

Los Guaraníes llaman *iribu-bichá,* que significa *gefe de los iribúes,* al ave que los naturalistas denominan *rey de los buitres,* á causa de la cresta carnosa, de un naranjado vivo, que adorna su cabeza como una diadema. Es la especie más hermosa de todas las de este grupo, por el variado colorido de su cabeza y cuello y por la lindeza de los matices de su plumaje. Su pescuezo desnudo está cubierto de carúnculas multicoloras de un bello efecto, y rodeado en su base por un lindo collar de plumas azules. El color general del ave es negro sobre las alas y la espalda, y blanco todo el resto, incluso el iris de los ojos. Es de gran talle, acercándose á una vara de largo. Se alimenta de animales muertos y de inmundicias, sin atacar jamás al más pequeño pájaro ni al más débil cuadrúpedo. El *rey de los buitres* abunda en el Brasil y en el Paraguay.

El *cóndor* ó *gran buitre de los Andes* es la especie más notable por su gran tamaño. No es, á nuestro juicio, de aquellas aves que merecen ser patrocinadas, pues no sólo se alimentan de animales muertos, sino que también atacan con frecuencia á

los vivos que encuentran débiles ó recién nacidos.

Tiene un metro y treinta centímetros desde la punta del pico hasta la extremidad de la cola, y la envergadura de sus alas es de tres metros. Humboldt ha medido algunos que tenían hasta cuatro metros y medio. Esta notable diferencia proviene indudablemente de la variedad de razas. Según las observaciones del limeño D. Santiago Cárdenas (citado por



Des Murs)[1], hay en los Andes tres especies de cóndores. La primera, de color ceniciento, designada con el nombre de *moromoro,* no tiene menos de cuatro metros y sesenta centímetros de envergadura. La segunda especie no tiene nombre particular; es de color café, y tiene cuatro metros y treinta centímetros.

1. *Les trois règnes de la nature.*

La tercera es el cóndor de espalda y cola blancas, la única conocida por los naturalistas europeos; es de tres metros á tres metros y sesenta y seis centímetros la extensión ó envergadura de sus alas.

Los cóndores habitan igualmente los países fríos y los más calientes; se encuentran, tanto en las alturas de los Andes como en todas las costas del océano Pacífico, y en las del Atlántico en la Patagonia, á gran distancia de las montañas. El cóndor es, sin contradicción, entre todas las aves la que remonta más el vuelo. D'Orbigny los ha visto cernerse al nivel de la cumbre del Ilimani que tiene 7,500 metros de altura; mientras que á 6,000 metros el hombre no puede resistír á la rarefacción del aire.

Según Lemery, la grasa del cóndor es resolutiva y nerviosa. En Turquía y en Grecia emplean la grasa del buitre como un excelente remedio contra los dolores reumáticos, y como emoliente y resolutiva.

Se ha exagerado mucho el poder del sentido olfático de los buitres, suponiendo que son guiados por el olor para venir sobre la presa desde prodigiosas distancias. Aunque esta creencia ha sido apoyada por Humboldt, la destruyen completamente las observaciones de Leybold, consignadas en su interesante *Excursión á las Pampas Argentinas*. « Mi experiencia; dice, me da la convicción de que el cóndor anda á caza de su alimento, guiado solamente por la vista y no por el olfato. ¡Cuántas veces he tenido ocasión de encontrar por sus pestíferas exhalaciones el cadáver de alguna res, escondido entre peñascos, que sin embargo ninguno de los numerosos cóndores había husmeado!»

Humboldt asegura « que en el Perú y en Quito para dar caza al cóndor, matan una vaca ó un caballo, y que al poco rato el olor del animal muerto atrae de lejos estas aves ». Mas para que estos buitres puedan, sin verlo y sólo por el olfato, venir casi instantaneamente á precipitarse sobre el animal que se les acaba de sacrificar, sería necesario suponer que desde el momento de caer muerto el caballo ó la vaca, se desarrolla el grado de corrupción indispensable para que haya emanación de moléculas pútridas odoras y que éstas crucen el espacio con velocidad eléctrica; todo lo cual es un absurdo. Debemos creer más bien lo que es verosímil, lo que el hecho aducido por Leybold pone fuera de toda duda: que el cóndor está contínuamente de centinela sobre alguna altura, ó remontado sobre las regiones altas de la atmósfera hasta que divisa algún animal muerto ú otra presa que le convenga. Lo que decimos del cóndor debe aplicarse á todos los buitres y aves de rapiña. Todas son guiadas por la vista y no por el olfato, al buscar su alimento. Esto es lo que había pensado Buffón; esto es lo que las observaciones de Levaillant y Audubón tienden á demostrar, y que Leybold ha constatado.

No tendrá, pues, que temer la madre de familia, de la voracidad y atrevimiento de nuestros buitres, respecto á las provisiones de la casa, porque para librarlas de su pico, basta la precaución de taparlas con un simple lienzo. Audubón hizo repetidas veces la experiencia con los catartos, tanto silvestres como domésticos, y nunca se dirigieron á la presa que no podían descubrir con la vista.

IV.

Domesticidad del carpincho.

Desde la segunda edición del *Tempe Argentino* está en mi poder una interesante descripción de las habitudes de un carpincho domesticado por el canónigo D. José Sevilla Vasquez, en su antiguo curato de Bella Vista, en la provincia de Corrientes. No habiéndola podido publicar en las sucesivas ediciones de mi libro, á causa de su mucha extensión, me he resuelto á darla hoy en extracto:

« Zárate, diciembre 1º de 1860.

« Señor D. Márcos Sastre.

« Siendo suscritor á la *Biblioteca Americana* del Dr. D. A. Magariños Cervantes, leí con mucho interés el *Tempe Argentino* de D. Marcos Sastre, que tanto ha llamado la atención de los amantes de la literatura, y hoy he vuelto á leer con igual gusto la segunda edición, en que encuentro nuevas páginas, llenas de instrucción, de elocuencia y de verdad; pero lo que más ha llenado de gozo mi alma, lo que más la ha elevado á su altura son los Consejos de

ORO SOBRE LA EDUCACIÓN. Quiera el que todo lo puede, que todos lean, estudien, aprendan y practiquen cuanto de noble, santo y bello Vd. ha proporcionado á las madres y á los preceptores. Dios quiera que las madres de los Argentinos pongan en acción los preceptos que Vd. establece para bien y provecho de ellas, de sus hijos y de la sociedad en general. Que los preceptores, verdaderos sacerdotes de la inteligencia, cumplan y observen los *Consejos de oro*, entonces, no hay que dudarlo, merecerán bien de la patria. La sociedad les agradecerá como agradecer y respetar deben todos á su autor.

« La descripción del delta del Paraná y Uruguay, me trajo á la memoria un dicho de M. Bompland. En 1842 me hallaba en el pueblo de San Borjas, uno de los siete de Misiones, donde Mr. Bompland poseía una quinta, jardín botánico que él cultivaba por sus propias manos. Ponderando un día lo benigno del clima de las Misiones, lo productivo de su suelo, y sus exquisitas y abundantísimas frutas, añadió dirigiéndose á mí en tono festivo: «Sr. Cura, « cuando Moisés prometió á los Israelitas conducirlos á la tierra de promisión, no la conocía ni « sabía en qué parte del globo estaba esa tierra; « pues si así no hubiera sido, habría marchado con « su pueblo, sin descanso, hasta llegar á esta verdadera tierra de promisión, donde nos hallamos.»

« Entre los objetos de la historia natural que Vd. describe, ha atraído particularmente mi atención la capibara ó carpincho; por haber tenido la oportunidad de observarlo muy de cerca y por mucho tiempo.

« En el año 1843, siendo cura de Bella Vista,

compré por un real plata un carpincho mamoncito que, á juzgar por su pequeñez, tendría quince ó veinte días. Principié á alimentarlo con leche de vaca. A los cinco meses estaba muy crecido, me seguía por todas partes, me acompañaba en mis paseos al rededor del pueblo, y aun en las visitas que hacía á mis feligreses. Cuando en el tránsito encontraba verde y fresca gramilla, solía quedarse saboreando su alimento natural; mas al reparar que yo me había alejado algunas cuadras, levantaba la cabeza, hacía una ó más gambetas, acompañándolas con un resoplido, cual si estuviese en el agua, y á grandes saltos llegaba y se rozaba dando vueltas sobre mis pies, de tal modo que me privaba seguir caminando. Estas gambetas, vueltas y revueltas, cesaban cuando yo, acariciándolo, le decía en alta voz: *Basta*. Si por mi orden, alguno de mis sirvientes le impedía salir conmigo, el carpincho obedecía y quedaba cabizbajo, espiando la ocasión oportuna para la fuga. Rara era la vez que dejaba de conseguirlo, y entonces se presentaba en las casas donde otras veces él me había acompañado.

« Todos mis feligreses, hasta los niños de la escuela, querían al carpincho; unos le daban pan, otros *chipa* (torta de maíz), quien dulce; y rara vez despreciaba el convite. Jamás siguió á otra persona más que á mí y á una sirvienta de color que cuidaba de su alimento.

« También me acompañaba al baño, llevando sobre el lomo la ropa, sujeta por una cincha. Llegábamos al puerto, mas el carpincho no se movía de la orilla, hasta tanto que le aliviaba de su carga y entraba yo en el río. Entonces se arrojaba con estrépito y con-

tínuos resoplidos. Era cosa digna de notarse, que cuando yo zambullía, me esperaba en el mismo lugar donde yo salía, y nadando á mi lado regresaba á la orilla.

« Vd. sabe que no hay, y añadiré, ni puede haber un Correntino que no sea un gran nadador. Las bellas y generosas Correntinas tambien hacen de ello alarde y tanto, que he visto á muchas hijas de Goya, de Bella-Vista, y de la Capital, vadear el río Paraná y regresar casi sin descansar en la orilla opuesta que pertenece al Chaco. Todos á la vez invitaban al carpincho, lo acariciaban y aún lo obligaban á nadar con ellos; pero jamás lo hizo, permaneciendo siempre á mi lado y nadando al rededor. Quedaba en el río mientras yo me vestía; mas viendo que doblaba la sábana, salía á recibir su pequeña carga, marchaba adelante y me esperaba en la puerta de mi habitación, tendido de largo á largo. Ya la sirvienta le había quitado la ropa y entonces recibía un *chipá* que devoraba en dos minutos.

« En un viaje que hice á la ciudad de Corrientes» me embarqué con el carpincho y lo hacía dormir en la cámara. Al segundo día de navegación, el viento contrario nos obligó á tomar puerto, y luego el patacho estuvo asegurado con un cable á un corpulento sauce, rozando su costado con la barranca, un poco más baja que el casco del buque. Salto yo sin plancha á tierra, siguiéndome el carpincho, que muy luego desaparece entre el follaje. Dos largas horas habían transcurrido; el sol se aproximaba al ocaso, y mi carpincho no volvía. Poco después un marinero, que desde lo más alto del palo mayor observaba la costa, me grita: « El carpincho se ha reu-

« nido á una piara de carpinchos. » Regreso en el acto al buque, subo á la cofa ó cruz del palo mayor y le llamo á gritos. El carpincho oye mi voz, la reconoce, deja la compañía de su especie, y ufano y corriendo á grandes saltos por la masiega, llega, salta sobre la cubierta, y mirando á lo alto, esperó que yo descendiera.

« Continuaré refiriendo cuanto he observado en mi carpincho doméstico, durante cuatro años, hasta dejarlo en poder del Jefe de la escuadra inglesa en el Plata, M. Hotham, quien lo condujo á Inglaterra. Entonces el carpincho era corpulento, manso cual un perro faldero, sufrido como un cordero. Este animal semi-anfibio se reduce con suma facilidad á la domesticidad, á la que se presta de suyo, sin esfuerzo de parte del hombre; come de todo, carne cocida, legumbres; gusta mucho de la mandioca y batata; pero jamás ví á mi carpincho comer carne cruda ni pescado. No era glotón; por el contrario era parco; no despreciaba jamás el dulce, y tanto era sí, que recibiendo en los postres su parte, pronto la concluía, y saboreándose volvía por otra. Testigo Mr. Hotham que, enamorado y admirado de su mansedumbre y de sus cualidades, lo llamaba, y luego que estaba á su lado, le ofrecía con su propia mano, colocando sobre la palma, el dulce que el carpincho comía con pulidez.

« Los empeños de la amistad consiguieron que cediese mi carpincho, para regalárselo á Mr. Hotham. Yo mismo lo conduje á bordo, donde hallé una casita de madera, pintada al óleo, dispuesta para hospedar al carpincho, dividida en tres separaciones; una con arena, la segunda con su alfombra de triple, la ter-

cera de dos varas y tres cuartas de largo, por dos varas de ancho, llena de agua. Por los periódicos de aquella época, supe que Mr. Hotham regresó á su patria; pero nada puedo decir á Vd sobre mi carpincho desde entonces.

« S. A. S.

« José de Sevilla Vázquez. »

V.

La Flor de la Pasión.

La *pasionaria* se encuentra en Asia y en América, mas su primera patria es todavía un misterio. El Sr. Magariños Cervantes ha tenido una feliz inspiración, tan piadosa como patética, al atribuir su primer origen á una gota de la sagrada sangre del Redentor del mundo, en los preciosos versos que ha consagrado á la misteriosa *Flor de la Pasión.*

EL MBURUCUYÁ.

(FLOR DE LA PASIÓN.)

Embalsamando la erguida
Frente de mi patria hermosa,
Hay una flor primorosa
Del trono de Dios caída.
Como virgen pudorosa
Velada en su manto serio,
Ella sujeta á su imperio
Alma y corazón;—el hombre
La llamó al ponerle el nombre:
« De las flores el misterio ».

Sobre el trono purpurino
De sus hojas de esmeralda.
En enlace peregrino,
Levántase una guirnalda
De espinas, y alabastrino
Pedestal, en cuya punta
Tres clavos se ven que el aura
Separa amorosa y junta,
Cuando su brillo restaura
El nuevo sol que despunta [1].

Y se ven al par en ella
Con rojo polvo imitadas,
Cinco llagas, como huella
De las heridas sagradas
Que en su santa mision bella
El Hijo de Dios un día,
Por la humanidad impía
Enclavado en el madero,
Recibió del pueblo fiero
Que lo ultrajó en su agonía.

Y acaso cuando él herido
Ya sin fuerzas, tristemente,
Al pecho inclinó la frente
Sin exhalar un gemido,
De aquella sangre inocente
Una gota cayó al suelo.
Y la tierra sin consuelo
Brotó una flor de esperanza,
Como prenda de la alianza
Entre los hombres y el cielo.

1. Esta flor se cierra y marchita al ponerse el sol, y no se abre ni recobra su brillo hasta que el astro reaparece.

El soplo de la tormenta
Arrebató sus semillas
Y las trajo á las orillas
Que el Atlántico sustenta;
Aquí, de las maravillas
De la creación entera
Como estrellas en la esfera
Derramó la santa mano
Del único Soberano
Que en todas partes impera.

Y cuando llegó el instante
En que la grey castellana
En sus playas clavó ufana
Su enseña y la cruz triunfante;
Halló en esa flor, radiante,
Sobre su cáliz posado,
Como en un germen fecundo
El trasunto idealizado
De ese misterio sagrado,
Vida y luz del Nuevo Mundo;

De esa Religión sublime
Que igual no tiene en la tierra,
Que toda virtud encierra,
Que alivia á todo el que gime;
Que si injusto nos oprime
Encarnizado el destino,
Levanta una mano al cielo
Y con la otra en el suelo,
De la virtud el camino
Nos muestra con santo anhelo.

(A. MAGARIÑOS CERVANTES, *Brisas del Plata.*)

VI.

El ombú.

Como el ombú es una de las especies del género *fitolacca*, y según Linneo, *las plantas de un mismo género tienen las mismas virtudes*, para venir en conocimiento de las propiedades químicas y medicinales de nuestro árbol, que no están aún averiguadas, debemos informarnos de las de la segunda especie de este género (*fitolacca decandria*) que crece espontáneamente en la América del Norte, donde se hace mucho uso de ella en la medicina y en las artes.

La descripción botánica de esta última (según el examen hecho á solicitud mia por el Dr. D. Vicente López) conviene enteramente con la del ombú en los caracteres botánicos; la diferencia está solamente en la estatura colosal de nuestro árbol comparada con aquélla, y en la particularidad de ser de un solo sexo cada individuo.

En cuanto á las propiedades químicas del ombú, conocemos ya la gran cantidad de potasa que dan las cenizas de sus hojas y ramas. En la provincia de Entre-Ríos lo he visto preferir á otras plantas para la fabricación del jabón, por la fortaleza de su lejía. Según Branconnot, las cenizas de la fitolacca

de Norte-América dan lo menos el 42 por 100 de álcali cáustico puro ó potasa pura. También abunda este principio en la baya ó fruta del ombú. Las lavanderas de Buenos Aires saben aprovecharse de la virtud que tiene de quitar las manchas y limpiar perfectamente la ropa. Ningún pájaro come este fruto; así es que permanece largo tiempo en el árbol, proporcionando un excelecte jabón al campesino.

Las bayas de la fitolacca de Norte-América exprimidas dan un jugo dulzaino y algo nauseoso, y también levemente acre, con poco olor. Este jugo contiene materia sacarina, y después de fermentado cede alcohol por la destilación. El sabor de la raíz es también dulzaino y suave al principio, pero seguido luego de una sensación de acrimonia.

Propiedades medicinales de la fitolacca Norte-Americana.

La raíz principalmente es vomitiva, purgante y algún tanto narcótica. Como vomitiva es muy lenta en su operación, pues muchas veces no comienza hasta una ó dos horas después de tomada, y entonces continúa obrando mucho tiempo, tanto en el estómago como en las tripas; rara vez pasa de cuatro horas. El vómito que produce no es acompañado de mucho dolor ó espasmo; pero algunos médicos han observado juntamente efectos narcóticos, como entorpecimiento, vértigo ó vahídos y alguna oscuridad en la visión. Se ha propuesto como sustituto de la ipecacuana; pero la lentitud y continuación larga de su operación y su tendencia á purgar el vientre,

la hace menos propia para los objetos que aquella acostumbra desempeñar. La dosis del polvo de la raíz como vomitivo es de diez á treinta granos. Cuando se da en dosis menores, como un grano hasta seis, solo obra como alterante, y está muy recomendado para curar el reumatismo crónico ó antiguo.

Se hace de los frutos bien maduros, puestos en infusión en aguardiente común por unos pocos días, una tintura bien cargada que se da en dosis de una cucharita de café, tres veces al día, en un poquito de agua, ú otra bebida cualquiera, para el reumatismo crónico; es un remedio popular en los Estados Unidos. El Dr. Zollickoffer, médico norte-americano, curó ocho enfermos de dicha afección, dando cada cuatro horas una cucharada común del zumo exprimido del fruto maduro. Para conservar este jugo libre de fermentación y listo para usarlo durante el verano, aconseja añadir ocho onzas de aguardiente común de beber á cada cuarta del zumo dicho. La virtud de este jugo, dice, no puede atribuirla á ninguna propiedad narcótica, sino á una propiedad alterante general que se ejerce sobre toda le economía animal.

El mismo zumo, condensado al fuego, ha sido empleado contra los lamparones y las llagas cancerosas. «Yo uso las hojas, dice Quer, para las úlceras inveteradas y callosas, y he experimentado bellísimos efectos».

Los doctores Jones y Kollok, del Estado de Savannah, aseguran que la fitolacca cura el gálico en sus diversos períodos, aun sin el auxilio del mercurio.

POESÍAS

Á un ombú.

Eres la verde guirnalda
De la cabaña pajiza
Que va marchando de prisa
Con el pasado en la espalda
Y á tu frente el porvenir.

Donde huye la turba errante
Y clava el hombre su planta,
Tu cabeza se levanta
Cual la de inmenso gigante
Que está diciendo: Hasta aquí.

Tu señalas las barreras
Que dividen al desierto,
Y oyes el vago concierto
Que alzan las auras ligeras
De la pampa en el umbral.

Eres lo último que muere
De la morada del hombre,
Y aunque en tu tronco no hay nombre,
Estás diciendo al viajero,
Que allí descansó un mortal.

Mas ¿qué miras? ¿La campaña
Que á lo lejos se dilata,
El arroyuelo de plata,
El cielo que nada empaña,
O el inmenso pajonal?

No, tu miras á lo lejos,
Al trasponer aquel monte
En el lejano horizonte,
Como en mágicos espejos
Lo que es y lo que será.

Miras la Pampa argentina
De ciudades matizada,
Y por mil naves surcada
La laguna cristalina
Que hoy cubre verde juncal;
Miras la pobre cabaña
Que en palacio se transforma,
Y que al tomar nueva forma
Una nueva luz la baña
Con resplandor sin igual.
Miras al Indio tostado
Que lanzando un alarido,
Va huyendo despavorido
Por el llano dilatado
En pavoroso tropel;
Y tras él el tigre fiero
Que abandona su dominio
Hoy, teatro de exterminio,
Que ocupa un pueblo altanero
Y que transforma en verjel.

No pases más adelante,
Que más lejos, abatido,
Marchito y descolorido,

Verás al ombú gigante.
Hoy de la pradera rey,
Y en su lugar la corona
Verás alzarse del pino,
Que unido al hierro y al lino,
Sirve al hombre en toda zona
Para dar al mundo ley.

Ese destino te espera,
Arbol cuya vista asombra,
Que al caminante das sombra
Sin dar al rancho madera,
Ni al fuego una astilla dar:
Recorrerás el desierto,
Cual mensajero de vida,
Y, tu misión concluida,
Caerás cual cadáver yerto
Bajo el pino secular.

(BARTOLOMÉ MITRE, *Rimas.*)

El ombú.

Cada comarca en la tierra
Tiene su rasgo prominente;
El Brasil su sol ardiente,
Minas de plata el Peru,
Montevideo su Cerro,
Buenos Aires, patria hermosa,
Tiene su Pampa grandiosa,
La Pampa tiene el ombú.

. . . . . .

No hay allí bosques frondosos,
Pero alguna vez asoma
En la cumbre de una loma
Que se alcanza á divisar,
El ombú solemne, aislado,
De gallarda, airosa planta,
Que á las nubes se levanta
Como el faro de aquel mar.

El ombú! Ninguno sabe
En qué tiempo ni qué mano
En el centro de aquel llano
Su semilla derramó:
Mas su tronco tan nudoso,
Su corteza tan roída,
Bien demuestran que su vida
Cien inviernos resistió.

Al mirar como derrama
Su raiz sobre la tierra,
Y sus dientes allí entierra
Y se afirma con afán,
Parece que alguien le dijo
Cuando se alzaba altanero:
Ten cuidado del pampero,
Que es tremendo su huracán.

Puesto en medio del desierto,
El ombù como un amigo,
Presta á todos el abrigo
De sus ramas con amor;
Hace techo de sus hojas
Que no filtra el aguacero,
Y á su sombra el sol de enero
Templa el rayo abrasador.

Cual museo de la Pampa.
Muchas razas él cobija;
La rastrera lagartija
Hace cuevas á su pie;
Todo pájaro hace nido
Del gigante en la cabeza:
Y un enjambre en su corteza
De insectos varios se ve.

Y al teñir la aurora el cielo
De rubí, topacio y oro,
De allí sube á Dios el coro
Que le entona al despertar
Esa Pampa, misteriosa
Todavia para el hombre,
Que á una raza da su nombre
Que nadie pudo domar.

¡Cuánta escena vió en silencio!
¡Cuántas voces ha escuchado
Que en sus hojas ha guardado
Con eterna lealtad!
El estrépito de guerra
Su quietud ha interrumpido;
A su pie se ha combatido
Por amor y libertad.

En su tronco se leen cifras
Grabadas con el cuchillo,
Quizá por algún caudillo
Que á los Indios venció allí;
Por uno de esos valientes
Dignos de fama y de gloria,
Y que no dejan memoria
Porque murieron aquí.

A su sombra melancólica
En una noche serena,
Amorosa cantilena
Tal vez un gaucho cantó;
Y tan tierna su guitarra
Acompañó sus congojas,
Que el ombú de entre sus hojas
Tomó rocío y lloró.

Sobre su tronco sentado
El señor de aquella tierra,
De su ganado la *yerra*
Presencia, alegre tal vez;
Ó tomando el *matecito*
Bajo sus ramos frondosos,
Pone paz á dos esposos,
Ó en las carreras es juez.

A su pie trazan sus planes,
Haciendo círculo al fuego,
Los que van á salir luego
A correr el avestruz...
Y quizá para recuerdo
De que allí murió un cristiano,
Levantó piadosa mano,
Bajo su copa una cruz.

Y si en pos de amarga ausencia
Vuelve el gaucho á su Partido,
Echa penas al olvido
Cuando alcanza á divisar
El ombú, solemne, aislado,
De gallarda, airosa planta,
Que á las nubes se levanta
Como el faro de aquel mar.

(LUIS L. DOMÍNGUEZ, *América Poética.*)

Cuando salió á la luz el *Tempe Argentino* en su primera edición, el Dr. D. Juan María Gutiérrez tuvo á bien enviarme los hermosos versos siguientes, acompañados de estos halagüeños conceptos que agradezco cordialmente: « En prueba y en humilde « recompensa del placer que me ha causado su « libro, le incluyo, dedicándosela, esa composición « inédita y, sin esta circunstancia, condenada á « perpetuo olvido... »

El Ombú.

Sobre la faz severa de la extendida Pampa
Su sombra bienhechora derrama el alto ombú,
Como si fuese nube venida de los cielos
Para templar en algo los rayos de la luz.

Él solo, poderoso, puede elevar la frente
Sin que la abrase el fuego del irritado sol,
En la estación que el potro discurre en la llanura
De libertad sediento, frenético de amor.

Èl solo, hijo gigante de América fecunda,
Aislado se presenta con ademán audáz
A desafiar el golpe del repentino rayo,
A desafiar las iras del recio vendaval.

En tanto que las hojas de su guirnalda inmensa
Apenas se conmueven sobre su altiva sien,
Apuran sus corceles los hombres del desierto,
Asilo, temblorosos, pidiéndole á su pie.

Y encuentran, cobijados del pabellón frondoso,
Abrigo contra el soplo del viento destructor,

Y en calorosa siesta la sombra regalada
Que inspira dulces sueños cargados de ilusión.

¡Oh! necio del que inculpa por indolente al gaucho
Que techo artificioso se niega á levantar;
El cielo le ha construido palacio de verdura,
Al pie de la laguna, su transparente umbral.

¿No mira cuál se mecen las redes de la hamaca
Al viento perfumado que ha calentado el sol,
Y dentro de ella un niño, desnudo y sin malicia,
Fruto de los amores que el árbol protegió?

¿En derredor no mira los potros maniatados,
Las bolas silbadoras, el lazo y el puñal?
¿La hoguera que sazona riquísimos hijares,
Y el poncho y la guitarra y el rojo chiripá?

En todos los placeres del gaucho y los dolores,
El árbol del desierto derrama protección;
Con su murmurio encubre la voz á los amantes,
Ó el ¡ay! del que en la liza herido sucumbió.

Por eso muchas veces se miran levantados,
Al pie del vasto tronco de un olvidado ombú,
Pidiendo llanto y preces al raudo pasajero
Los siempre abiertos brazos de la bendita cruz.

FÍN DEL APÉNDICE.